

Antología poética
OCTAVIO PAZ



Selección de
ELIOT WEINBERGER

OCTAVIO PAZ

OCTAVIO PAZ

ANTOLOGIA POÉTICA

Selección de Eliot Weinberg

1986



Índice

[Antología poética](#)

[Índice](#)

[PRIMEROS POEMAS \[1931–1940\]](#)

[Juego](#)

[Nocturno](#)

[Otoño](#)

[Tu nombre](#)

[Monólogo](#)

[Raíz del hombre](#)

[de «Bajo tu clara sombra»](#)

[de «Oda a España»](#)

[Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón](#)

[Jardín](#)

[POEMAS \[1941–1948\]](#)

[El pájaro](#)

[Dos cuerpos](#)

[Vida entrevista](#)

[Epitafio para un poeta](#)

[Mar por la tarde](#)

[Mientras escribo](#)

[La calle](#)

[Relámpago en reposo](#)

[Elegía interrumpida](#)

[Agua nocturna](#)

[Más allá del amor](#)

[Virgen](#)

[El prisionero \(D.A.F. de Sade\)](#)

[de «¿ÁGUILA O SOL?» \[1949–1950\]](#)

[de «Trabajos del poeta»](#)

[Paseo nocturno](#)

[Llano](#)

[Mariposa de obsidiana](#)

[La higuera](#)

[Dama huasteca](#)

[Hacia el poema](#)

[POEMAS \[1948–1957\]](#)

[«DE SEMILLAS PARA UN HIMNO» \[1950–1954\]](#)

[El día abre la mano](#)

[Fábula](#)

[Una mujer de movimientos de río](#)

[Un día se pierde](#)

[Piedra nativa](#)

[Refranes](#)

[Lección de cosas](#)

[En Uxmal](#)

[Piedras sueltas](#)

[de «LA ESTACIÓN VIOLENTA» \[1948–1957\]](#)

[Himno entre ruinas](#)

[Máscaras del alba](#)

[Mutra](#)

[¿No hay salida?](#)

[El río](#)

[El cántaro roto](#)

[PIEDRA DE SOL \[1957\]](#)

[de «SALAMANDRA» \[1958–1961\]](#)

[Madrugada](#)

[Aquí](#)
[Disparo](#)
[Peatón](#)
[Pausa](#)
[Certeza](#)
[Paisaje](#)
[Identidad](#)
[Andando por la luz](#)
[El mismo tiempo](#)
[Cosante](#)
[Movimiento](#)
[Duración](#)
[Palpar](#)
[Complementarios](#)
[Rotación](#)
[El puente](#)
[Interior](#)
[A través](#)
[Pares y nones](#)
[Alba última](#)
[Salamandra](#)

[de «LADERA ESTE» \[1962–1968\]](#)

[El Balcón](#)
[El mausoleo de Humayún](#)
[En los jardines de los Lodi](#)
[El día en Udaipur](#)
[El otro](#)
[Epitafio de una vieja](#)
[Felicidad en Herat](#)
[Efectos del bautismo](#)
[Prueba](#)
[Pueblo](#)
[Himachal Pradesh 1](#)
[Madrugada al raso](#)
[Intermitencias del oeste 3](#)

[Un anochecer](#)
[La exclamación](#)
[Lectura de John Cage](#)
[Concierto en el jardín](#)
[Prójimo lejano](#)
[Escritura](#)
[Concorde](#)
[Viento entero](#)
[Madrigal](#)
[Con los ojos cerrados](#)
[Pasaje](#)
[Maithuna](#)
[Eje](#)
[Custodia](#)
[Domingo en la isla de Elefanta](#)
[Cuento de dos jardines](#)

[BLANCO \[1966\]](#)

[de «VUELTA» \[1969–1975\]](#)

[El fuego de cada día](#)
[La arboleda](#)
[Paisaje inmemorial](#)
[Trowbridge Street](#)
[Objetos y apariciones](#)
[Vuelta](#)
[A la mitad de esta frase ...](#)
[Petrificada petrificante](#)
[Nocturno de San Ildefonso](#)

[PASADO EN CLARO \[1974\]](#)

[De «ÁRBOL ADENTRO» \[1976–1988\]](#)

[Decir: hacer](#)
[Bashō-An](#)

[Al vuelo 1](#)
[Viento, agua, piedra](#)
[Entre irse y quedarse](#)
[Este lado](#)
[Hermandad](#)
[Hablo de la ciudad](#)
[Conversar](#)
[Un despertar](#)
[La cara y el viento](#)
[Fábula de Joan Miró](#)
[La vista, el tacto](#)
[Un viento llamado Bob Rauschenberg](#)
[Cuatro chopos](#)
[Árbol adentro](#)
[Antes del comienzo](#)
[Pilares](#)
[Como quien oye llover](#)
[Carta de creencia](#)

[POEMAS \[1989–1996\]](#)

[Estrofas para un jardín imaginario](#)
[Colofón](#)
[Verde noticia](#)
[Respiro](#)
[Soliloquio](#)
[Instantáneas](#)
[Lo mismo](#)
[Ejercicio de tiro](#)
[Respuesta y reconciliación](#)

PRIMEROS POEMAS
[1931–1940]

Juego

Saquearé a las estaciones.
Jugaré con los meses y los años.
Días de invierno con caras rojas de verano.

Y por la senda gris,
entre la muda procesión
de los días duros e inmóviles
colocará a los azules y gimnásticos.

Una mañana ondulante
y de labios pintados,
fresca, como acabada de bañar,
con un crepúsculo otoñal.

Y cogeré a las nubes
—rojas, azules, moradas—
y las arrojaré en el papel inexpresivo
del lívido firmamento,
para que escriban una carta,
en el lenguaje universal,
a su buen amigo el viento.

Para ayudar a los burgueses,
haré anuncios luminosos,
con foquitos de estrellas.

Quizá asesine a un crepúsculo,
para que, desangrado,
tíña de púrpura una nube blanca.

Venderé en la tienda de las estaciones,
manzanas maduras de otoño
envuelto en papel de neblina invernal.

Me raptaré a la Primavera,
para tenerla en casa,

como una bailarina.

El viento alterará sus horarios.
Travesías inseguras de las nubes.

Y por la carretera del Futuro, arrojaré al Invierno,
para tener la sorpresa de encontrarlo después,
mezclado con el Verano.

En el tapete verde del espacio,
apostaré a los días,
que rodarán como los dados.

Jugaré con los meses y los años.

Nocturno

Sombra, trémula sombra de las voces.
Arrastra el río negro mármoles ahogados.
¿Cómo decir del aire asesinado,
de los vocablos huérfanos,
cómo decir del sueño?

Sombra, trémula sombra de las voces.
Negra escala de lirios llameantes.
¿Cómo decir los nombres, las estrellas,
los albos pájaros de los pianos nocturnos
y el obelisco del silencio?

Sombra, trémula sombra de las voces.
Estatuas derribadas de la luna.
¿Cómo decir, camelia,
la menos flor entre las flores,
cómo decir tus blancas geometrías?

¿Cómo decir, oh Sueño, tu silencio en voces?

Otoño

El viento despierta,
barre los pensamientos de mi frente
y me suspende
en la luz que sonrío para nadie:
¡cuánta belleza suelta!
Otoño: entre tus manos frías
el mundo llamea.

1933

Tu nombre

Nace de mí, de mi sombra,
amanece por mi piel,
alba de luz somnolienta.

Paloma brava tu nombre,
tímida sobre mi hombro.

Monólogo

Bajo las rotas columnas,
entre la nada y el sueño,
cruzan mis horas insomnes
las sílabas de tu nombre.

Tu largo pelo rojizo,
relámpago del verano,
vibra con dulce violencia
en la espalda de la noche.

Corriente oscura del sueño
que mana entre las ruinas
y te construye de nada:
húmeda costa nocturna
donde se tiende y golpea
un mar sonámbulo, ciego.

Raíz del hombre

I

Más acá de la música y la danza,
aquí, en la inmovilidad,
sitio de la música tensa,
bajo el gran árbol de mi sangre,
tú reposas. Yo estoy desnudo
y en mis venas golpea la fuerza,
hija de la inmovilidad.

Éste es el cielo más inmóvil,
y ésta la más pura desnudez.
Tú, muerta, bajo el gran árbol de mi sangre.

II

Ardan todas las voces
y quémense los labios;
y en la más alta flor
quede la noche detenida.

Nadie sabe tu nombre ya;
en tu secreta fuerza influyen
la madurez dorada de la estrella
y la noche suspensa,
inmóvil océano.

Amante, todo calla
bajo la voz ardiente de tu nombre.
Amante, todo calla. Tú, sin nombre,
en la noche desnuda de palabras.

III

Ésta es tu sangre,
desconocida y honda,
que penetra tu cuerpo
y baña orillas ciegas
de ti misma ignoradas.

Inocente, remota,
en su denso insistir, en su carrera,
detiene a la carrera de mi sangre.
Una pequeña herida
y conoce a la luz,
al aire que la ignora, a mis miradas.

Ésta es tu sangre, y éste
el prófugo rumor que la delata.

Y se agolpan los tiempos
y vuelven al origen de los días,
como tu pelo eléctrico si vibra
la escondida raíz en que se ahonda,
porque la vida gira en ese instante,
y el tiempo es una muerte de los tiempos
y se olvidan los nombres y las formas.

Ésta es tu sangre, digo,
y el alma se suspende en el vacío
ante la viva nada de tu sangre.

de Bajo tu clara sombra

I

Bajo tu clara sombra
vivo como la llama al aire,
en tenso aprendizaje de lucero.

III

Mira el poder del mundo,
mira el poder del polvo, mira el agua.

Mira los fresnos en callado círculo,
toca su reino de silencio y savia,
toca su piel de sol y lluvia y tiempo,
mira sus verdes ramas cara al cielo,
oye cantar sus hojas como agua.

Mira después la nube,
anclada en el espacio sin mareas,
alta espuma visible
de celestes corrientes invisibles.

Mira el poder del mundo,
mira su forma tensa,
su hermosura inconsciente, luminosa.

Toca mi piel, de barro, de diamante,
oye mi voz en fuentes subterráneas,
mira mi boca en esa lluvia oscura,
mi sexo en esa brusca sacudida
con que desnuda el aire los jardines.

Toca tu desnudez en la del agua,
desnúdate de ti, llueve en ti misma,
mira tus piernas como dos arroyos,
mira tu cuerpo como un largo río,
son dos islas gemelas tus dos pechos,
en la noche tu sexo es una estrella,
alba, luz rosa entre dos mundos ciegos,
mar profundo que duerme entre dos mares.

Mira el poder del mundo:
reconóciate ya, al reconocerte.

de *Oda a España*

Si. Los hechos hablan.
Calladamente hablan
los duros hechos de esta guerra.

Este cielo nocturno,
eléctrico, pesado,
que nos hunde los hombros
en su jadeo callado de amenaza;
el abandono de esta casa,
por la que corre el aire ciego
y habita la parálisis;
la soledad insomne;
el rumor de las voces en tinieblas;
este muerto que grita en cada esquina,
que vigila la angustia y la renueva;
este silencio desgarrado y negro
y estos duros ojos impasibles,
que esperan ya a la muerte,
son testimonio vivo. Hablan.

Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón

I

Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del mundo.

Y brotan de tu muerte
tu mirada, tu traje azul,
tu rostro sorprendido por la pólvora,
tus manos, ya sin tacto.

Has muerto. Irremediablemente.
Parada está tu voz, tu sangre en tierra.
¿Qué tierra crecerá que no te alce?
¿Qué sangre correrá que no te nombre?
¿Qué palabra diremos que no diga
tu nombre, tu silencio,
el callado dolor de no tenerte?

Y alzándote,
llorándote,
nombrándote,
dando voz a tu cuerpo desgarrado,
labios y libertad a tu silencio,
crecen dentro de mí,
me lloran y me nombran,
furiosamente me alzan,
otros cuerpos y nombres,
otros ojos de tierra sorprendida,
otros ojos de árbol que pregunta.

II

Yo recuerdo tu voz. La luz del valle
nos tocaba las sienes,
hiriéndonos espadas resplandores,

trocando en luces sombras,
paso en danza, quietud en escultura
y la violencia tímida del aire
en cabelleras, nubes, torsos, nada.
Olas de luz clarísimas, vacías,
que nuestra sed quemaban, como vidrio,
hundiéndonos, sin voces, fuego puro,
en lentos torbellinos resonantes.

Yo recuerdo tu voz, tu duro gesto,
el ademán severo de tus manos.
Tu voz, voz adversaria,
tu palabra enemiga,
tu pura voz de odio,
tu frente generosa como un sol
y tu amistad abierta como plaza
de cipreses severos y agua joven.

Tu corazón, tu voz, tu puño vivo,
detenidos y rotos por la muerte.

III

Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del mundo.
Has muerto cuando apenas
tu mundo, nuestro mundo, amanecía.
Llevabas en los ojos, en el pecho,
tras el gesto implacable de la boca,
un claro sonreír, un alba pura.

Te imagino cercado por las balas,
por la rabia y el odio pantanoso,
como relámpago caído y agua
prisionera de rocas y negrura.

Te imagino tirado en lodazales,

sin máscara, sonriente,
tocando, ya sin tacto,
las manos camaradas que soñabas.

Has muerto entre los tuyos, por los tuyos

México, 1937

Jardín

A Juan Gil-Albert

Nubes a la deriva, continentes
sonámbulos, países sin substancia
ni peso, geografías dibujadas
por el sol y borradas por el viento.

Cuatro muros de adobe. Baganvilias:
en sus llamas pacíficas mis ojos
se bañan. Pasa el viento entre alabanzas
de follajes y yerbas de rodillas.

El heliotropo con morados pasos
cruza envuelto en su aroma. Hay un profeta:
el fresno—y un meditabundo: el pino.
El jardín es pequeño, el cielo inmenso.

Verdor sobreviviente en mis escombros:
en mis ojos te miras y te tocas,
te conoces en mí y en mí te piensas,
en mí duras y en mí te desvaneces.

POEMAS
[1941–1948]

El pájaro

En el silencio transparente
el día reposaba:
la transparencia del espacio
era la transparencia del silencio.
La inmóvil luz del cielo sosegaba
el crecimiento de las yerbas.
Los bichos de la tierra, entre las piedras,
bajo la luz idéntica, eran piedras.
El tiempo en el minuto se saciaba.
En la quietud absorta
se consumaba el mediodía.

Y un pájaro cantó, delgada flecha.
Pecho de plata herido vibró el cielo,
se movieron las hojas,
las yerbas despertaron . . .
Y sentí que la muerte era una flecha
que no se sabe quién dispara
y en un abrir los ojos nos morimos.

Dos cuerpos

*Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos olas
y la noche es océano.*

*Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos piedras
y la noche desierto.*

*Dos cuerpos frente a frente
son a veces raíces
en la noche enlazadas.*

*Dos cuerpos frente a frente
son a veces navajas
y la noche relámpago.*

*Dos cuerpos frente a frente
son dos astros que caen
en un cielo vacío.*

Vida entrevista

Relámpagos o peces
en la noche del mar
y pájaros, relámpagos
en la noche del bosque.

Los huesos son relámpagos
en la noche del cuerpo.
Oh mundo, todo es noche
y la vida es relámpago.

Epitafio para un poeta

Quiso cantar, cantar
para olvidar
su vida verdadera de mentiras
y recordar
su mentirosa vida de verdades.

Mar por la tarde

A Juan José Arreola

Altos muros del agua, torres altas,
aguas de pronto negras contra nada,
impenetrables, verdes, grises aguas,
aguas de pronto blancas, deslumbradas.

Aguas como el principio de las aguas,
como el principio mismo antes del agua,
las aguas inundadas por el agua,
aniquilando lo que finge el agua.

El resonante tigre de las aguas,
las uñas resonantes de cien tigres,
las cien manos del agua, los cien tigres
con una sola mano contra nada.

Desnudo mar, sediento mar de mares,
hondo de estrellas si de espumas alto,
prófugo blanco de prisión marina
que en estelares límites revienta,

¿qué memorias, deseos prisioneros,
encienden en tu piel sus verdes llamas?
En ti te precipitas, te levantas
contra ti y de ti mismo nunca escapas.

Tiempo que se congela o se despeña,
tiempo que es mar y mar que es lunar témpano,
madre furiosa, inmensa res hendida
y tiempo que se come las entrañas.

Mientras escribo

Cuando sobre el papel la pluma escribe,
a cualquier hora solitaria,
¿quién la guía?
¿A quién escribe el que escribe por mí,
orilla hecha de labios y de sueño,
quieta colina, golfo,
hombro para olvidar al mundo para siempre?

Alguien escribe en mí, mueve mi mano,
escoge una palabra, se detiene,
duda entre el mar azul y el monte verde.
Con un ardor helado
contempla lo que escribo.
Todo lo quema, fuego justiciero.
Pero este juez también es víctima
y al condenarme, se condena:
no escribe a nadie, a nadie llama,
a sí mismo se escribe, en sí se olvida,
y se rescata, y vuelve a ser yo mismo.

La calle

Es una calle larga y silenciosa.
Ando en tinieblas y tropiezo y caigo
y me levanto y piso con pies ciegos
las piedras mudas y las hojas secas
y alguien detrás de mí también las pisa:
si me detengo, se detiene;
si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.
Todo está oscuro y sin salida,
y doy vueltas y vueltas en esquinas
que dan siempre a la calle
donde nadie me espera ni me sigue,
donde yo sigo a un hombre que tropieza
y se levanta y dice al verme: nadie.

Relámpago en reposo

*Tendida,
piedra hecha de mediodía,
ojos entrecerrados donde el blanco azulea,
entornada sonrisa.
Te incorporas a medias y sacudes tu melena de león.
Luego te tiendes,
delgada estría de lava en la roca,
rayo dormido.
Mientras duermes te acaricio y te pulo,
hacha esbelta,
flecha con que incendio la noche.

El mar combate allá lejos con espadas y plumas.*

Elegía interrumpida

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Al primer muerto nunca lo olvidamos,
aunque muera de rayo, tan aprisa
que no alcance la cama ni los óleos.
Oigo el bastón que duda en un peldaño,
el cuerpo que se afianza en un suspiro,
la puerta que se abre, el muerto que entra.
De una puerta a morir hay poco espacio
y apenas queda tiempo de sentarse,
alzar la cara, ver la hora
y enterarse: las ocho y cuarto.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
La que murió noche tras noche
y era una larga despedida,
un tren que nunca parte, su agonía.
Codicia de la boca
al hilo de un suspiro suspendida,
ojos que no se cierran y hacen señas
y vagan de la lámpara a mis ojos,
fija mirada que se abraza a otra,
ajena, que se asfixia en el abrazo
y al fin se escapa y ve desde la orilla
cómo se hunde y pierde cuerpo el alma
y no encuentra unos ojos a que asirse . . .
¿Y me invitó a morir esa mirada?
Quizá morimos sólo porque nadie
quiere morirse con nosotros, nadie
quiere mirarnos a los ojos.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Al que se fue por unas horas
y nadie sabe en qué silencio entró.
De sobremesa, cada noche,
la pausa sin color que da al vacío

o la frase sin fin que cuelga a medias
del hilo de la araña del silencio
abren un corredor para el que vuelve:
suenan sus pasos, sube, se detiene . . .
Y alguien entre nosotros se levanta
y cierra bien la puerta.
Pero él, allá del otro lado, insiste.
Acecha en cada hueco, en los repliegues,
vaga entre los bostezos, las afueras.
Aunque cerremos puertas, él insiste.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Rostros perdidos en mi frente, rostros
sin ojos, ojos fijos, vaciados,
¿busco en ellos acaso mi secreto,
el dios de sangre que mi sangre mueve,
el dios de yelo, el dios que me devora?
Su silencio es espejo de mi vida,
en mi vida su muerte se prolonga:
soy el error final de sus errores.

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
El pensamiento disipado, el acto
disipado, los nombres esparcidos
(lagunas, zonas nulas, hoyos
que escarba terca la memoria),
la dispersión de los encuentros,
el yo, su guiño abstracto, compartido
siempre por otro (el mismo) yo, las iras,
el deseo y sus máscaras, la víbora
enterrada, las lentas erosiones,
la espera, el miedo, el acto
y su reverso: en mí se obstinan,
piden comer el pan, la fruta, el cuerpo,
beber el agua que les fue negada.
Pero no hay agua ya, todo está seco,
no sabe el pan, la fruta amarga,

amor domesticado, masticado,
en jaulas de barrotes invisibles
mono onanista y perra amaestrada,
lo que devoras te devora,
tu víctima también es tu verdugo.
Montón de días muertos, arrugados
periódicos, y noches descorchadas
y en el amanecer de párpados hinchados
el gesto con que deshacemos
el nudo corredizo, la corbata,
y ya apagan las luces en la calle
—*saluda al sol, araña, no seas rencorosa*—
y más muertos que vivos entramos en la cama.

Es un desierto circular el mundo,
el cielo está cerrado y el infierno vacío.

Agua nocturna

*La noche de ojos de caballo que tiemblan en la noche,
la noche de ojos de agua en el campo dormido,
está en tus ojos de caballo que tiembla,
está en tus ojos de agua secreta.*

*Ojos de agua de sombra,
ojos de agua de pozo,
ojos de agua de sueño.*

*El silencio y la soledad,
como dos pequeños animales a quienes guía la luna,
beben en esos ojos,
beben en esas aguas.*

*Si abres los ojos,
se abre la noche de puertas de musgo,
se abre el reino secreto del agua
que mana del centro de la noche.*

*Y si los cierras,
un río, una corriente dulce y silenciosa,
te inunda por dentro, avanza, te hace oscura:
la noche moja riberas en tu alma.*

Más allá del amor

Todo nos amenaza:
el tiempo, que en vivientes fragmentos divide
al que fui
 del que seré,
como el machete a la culebra;
la conciencia, la transparencia traspasada,
la mirada ciega de mirarse mirar;
las palabras, guantes grises, polvo mental sobre la yerba, el agua, la piel;
nuestros nombres, que entre tú y yo se levantan,
murallas de vacío que ninguna trompeta derrumba.

Ni el sueño y su pueblo de imágenes rotas,
ni el delirio y su espuma profética,
ni el amor con sus dientes y uñas nos bastan.
Más allá de nosotros,
en las fronteras del ser y el estar,
una vida más vida nos reclama.

Afuera la noche respira, se extiende,
llena de grandes hojas calientes,
de espejos que combaten:
frutos, garras, ojos, follajes,
espaldas que relucen,
cuerpos que se abren paso entre otros cuerpos.

Tiéndete aquí a la orilla de tanta espuma,
de tanta vida que se ignora y entrega:
tú también perteneces a la noche.
Extiéndete, blancura que respira,
late, oh estrella repartida,
copa,
pan que inclinas la balanza del lado de la aurora,
pausa de sangre entre este tiempo y otro sin medida.

Virgen

I

Ella cierra los ojos y en su adentro
está desnuda y niña al pie del árbol.
Reposan a su sombra el tigre, el toro.
Tres corderos de bruma le da al tigre,
tres palomas al toro, sangre y plumas.
*Ni plegarias de humo quiere el tigre
ni palomas el toro: a ti te quieren.*
Y vuelan las palomas, vuela el toro,
y ella también, desnuda vía láctea,
vuela en un cielo visceral, obscuro.
Un maligno puñal ojos de gato
y amarillentas alas de petate
la sigue entre los aires. Y ella lucha
y vence a la serpiente, vence al águila,
y sobre el cuerno de la luna asciende.

II

Por los espacios gira la doncella.
Nubes errantes, torbellinos, aire.
El cielo es una boca que bosteza,
boca de tiburón en donde ríen,
afilados relámpagos, los astros.
Vestida de azucena ella se acerca
y le arranca los dientes al dormido.
Al aire sin edades los arroja:
islas que parpadean cayeron las estrellas,
cayó al mantel la sal desparramada,
lluvia de plumas fue la garza herida,
se quebró la guitarra y el espejo
también, como la luna, cayó en trizas.
Y la estatua cayó. Viriles miembros

se retorcieron en el polvo, vivos.

III

Rocas y mar. El sol envejecido
quema las piedras que la mar amarga.
Cielo de piedra, mar de piedra. Nadie.
Arrodillada cava las arenas,
cava la piedra con las uñas rotas.
¿A qué desenterrar del polvo estatuas?
La boca de los muertos está muerta.
Sobre la alfombra junta las figuras
de su rompecabezas infinito.
Y siempre falta una, sólo una,
y nadie sabe dónde está, secreta.
En la sala platican las visitas.
El viento gime en el jardín en sombras.
Está enterrada al pie del árbol. ¿Quién?
La llave, la palabra, la sortija . . .
Pero es muy tarde ya, todos se han ido,
su madre sola al pie de la escalera
es una llama que se desvanece
y crece la marea de lo oscuro
y borra los peldaños uno a uno
y se aleja el jardín y ella se aleja
en la noche embarcada . . .

IV

Al pie del árbol otra vez. No hay nada:
latas, botellas rotas, un cuchillo,
los restos de un domingo ya oxidado.
Muge el toro sansón, herido y solo
por los sinfines de la noche en ruinas
y por los prados amarillos rondan
el león calvo, el tigre despintado.

Ella se aleja del jardín desierto
y por calles lluviosas llega a casa.
Llama, mas nadie le contesta; avanza
y no hay nadie detrás de cada puerta
y va de nadie a puerta hasta que llega
a la última puerta, la tapiada,
la que el padre cerraba cada noche.
Busca la llave pero se ha perdido,
la golpea, la araña, la golpea,
durante siglos la golpea
y la puerta es más alta a cada siglo
y más cerrada y puerta a cada golpe.
Ella ya no la alcanza y sólo aguarda
sentada en su sillita que alguien abra:
*Señor, abre las puertas de tu nube,
abre tus cicatrices mal cerradas,
llueve sobre mis senos arrugados,
llueve sobre los huesos y las piedras,
que tu semilla rompa la corteza,
la costra de mi sangre endurecida.
Devuélveme a la noche del Principio,
de tu costado desprendida sea
planeta opaco que tu luz enciende.*

El prisionero

(D.A.F. de Sade)

*à fin que . . . les traces de ma tombe disparaissent de dessus la surface de la
terre comme je me flatte que ma mémoire s'effacera de l'esprit des hommes . . .*
Testamento de Sade

No te has desvanecido.

Las letras de tu nombre son todavía una cicatriz que no se cierra,
un tatuaje de infamia sobre ciertas frentes.

Cometa de pesada cola fosfórea: razones-obsesiones,
atraviesas el siglo diecinueve con una granada de verdad en la mano
y estallas al llegar a nuestra época.

Máscara que sonríe bajo un antifaz rosa,
hecho de párpados de ajusticiado,
verdad partida en mil pedazos de fuego,
¿qué quieren decir todos esos fragmentos gigantescos,
esa manada de icebergs que zarpan de tu pluma y en alta mar enfilan hacia
costas sin nombre,
esos delicados instrumentos de cirugía para extirpar el chancro de Dios,
esos aullidos que interrumpen tus majestuosos razonamientos de elefante,
esas repeticiones atroces de relojería descompuesta,
toda esa oxidada herramienta de tortura?

El erudito y el poeta,
el sabio, el literato, el enamorado,
el maníaco y el que sueña en la abolición de nuestra siniestra realidad,
disputan como perros sobre los restos de tu obra.
Tú, que estabas contra todos,
eres ahora un nombre, un jefe, una bandera.

Inclinado sobre la vida como Saturno sobre sus hijos,
recorres con fija mirada amorosa
los surcos calcinados que dejan el semen, la sangre y la lava.
Los cuerpos, frente a frente como astros feroces,
están hechos de la misma substancia de los soles.

Lo que llamamos amor o muerte, libertad o destino,
¿no se llama catástrofe, no se llama hecatombe?
¿Dónde están las fronteras entre espasmo y terremoto,
entre erupción y cohabitación?

Prisionero en tu castillo de cristal de roca
cruzas galerías, cámaras, mazmorras,
vastos patios donde la vid se enrosca a columnas solares,
graciosos cementerios donde danzan los chopos inmóviles.
Muros, objetos, cuerpos te repiten.
¡Todo es espejo!
Tu imagen te persigue.

El hombre está habitado por silencio y vacío.
¿Cómo saciar su hambre,
cómo poblar su vacío?
¿Cómo escapar a mi imagen?
En el otro me niego, me afirmo, me repito,
sólo su sangre da fe de mi existencia.
Justina sólo vive por Julieta,
las víctimas engendran los verdugos.
El cuerpo que hoy sacrificamos
¿no es el Dios que mañana sacrifica?
La imaginación es la espuela del deseo,
su reino es inagotable e infinito como el fastidio,
su reverso y gemelo.

Muerte o placer, inundación o vómito,
otoño parecido al caer de los días,
volcán o sexo,
soplo, verano que incendia las cosechas,
astros o colmillos,
petrificada cabellera del espanto,
espuma roja del deseo, matanza en alta mar,
rocas azules del delirio,
formas, imágenes, burbujas, hambre de ser,
eternidades momentáneas,

desmesuras: tu medida de hombre.

Atrévete:

sé el arco y la flecha, la cuerda y el ay.

El sueño es explosivo. Estalla. Vuelve a ser sol.

En tu castillo de diamante tu imagen se destroza y se rehace,
infatigable.

Paris, 1947

DE
¿ÁGUILA O SOL?

[1949–1950]

de Trabajos del poeta

III

Todos habían salido de casa. A eso de las once advertí que me había fumado el último cigarrillo. Como no deseaba exponerme al viento y al frío, busqué por todos los rincones una cajetilla, sin encontrarla. No tuve más remedio que ponerme el abrigo y descender la escalera (vivo en un quinto piso). La calle, una hermosa calle de altos edificios de piedra gris y dos hileras de castaños desnudos, estaba desierta. Caminé unos trescientos metros contra el viento helado y la niebla amarillenta, sólo para encontrar cerrado el estanco. Dirigí mis pasos hacia un café próximo, en donde estaba seguro de hallar un poco de calor, de música y sobre todo los cigarrillos, objeto de mi salida. Recorrí dos calles más, tiritando, cuando de pronto sentí—no, no sentí: pasó, rauda, la Palabra. Lo inesperado del encuentro me paralizó por un segundo, que fue suficiente para darle tiempo de volver a la noche. Repuesto, alcancé a cogerla por las puntas del pelo flotante. Tiré desesperadamente de esas hebras que se alargaban hacia el infinito, hilos de telégrafo que se alejan irremediabilmente con un paisaje entrevisto, nota que sube, se adelgaza, se estira, se estira . . . Me quedé solo en mitad de la calle, con una pluma roja entre las manos amoratadas.

IV

Echado en la cama, pido el sueño bruto, el sueño de la momia. Cierro los ojos y procuro no oír el tam-tam que suena en no sé qué rincón de la pieza. «El silencio está lleno de ruidos—me digo—y lo que oyes, no lo oyes de verdad. Oyes al silencio.» Y el tam-tam continúa, cada vez más fuerte: es un ruido de cascos de caballo galopando en un campo de piedra; es una hacha que no acaba de derribar un árbol gigante; una prensa de imprenta imprimiendo un solo verso inmenso, hecho nada más de una sílaba, que rima con el golpe de mi corazón; es mi corazón que golpea la roca y la cubre con una andrajosa túnica de espuma; es el mar, la resaca del mar encadenado, que cae y se levanta, que se levanta y cae, que cae y se levanta; son las grandes paletadas del silencio cayendo en el silencio.

VII

Escribo sobre la mesa crepuscular, apoyando fuerte la pluma sobre su pecho casi vivo, que gime y recuerda al bosque natal. La tinta negra abre sus grandes alas. La lámpara estalla y cubre mis palabras una capa de cristales rotos. Un fragmento afilado de luz me corta la mano derecha. Continúo escribiendo con ese muñón que mana sombra. La noche entra en el cuarto, el muro de enfrente adelanta su jeta de piedra, grandes témpanos de aire se interponen entre la pluma y el papel. Ah, un simple monosílabo bastaría para hacer saltar al mundo. Pero esta noche no hay sitio para una sola palabra más.

XI

Ronda, se insinúa, se acerca, se aleja, vuelve de puntillas y, si alargo la mano, desaparece, una Palabra. Sólo distingo su cresta orgullosa: Cri. ¿Cristo, cristal, crimen, Crimea, crítica, Cristina, criterio? Y zarpa de mi frente una piragua, con un hombre armado de una lanza. La leve y frágil embarcación corta veloz las olas negras, las oleadas de sangre negra de mis sienes. Y se aleja hacia dentro. El cazador-pescador escruta la masa sombría y anubarrada del horizonte, henchido de amenazas; hunde los ojos sagaces en la rencorosa espuma, aguza el oído, olfatea. A veces cruza la obscuridad un destello vivaz, un aletazo verde y escamado. Es el Cri, que sale un momento al aire, respira y se sumerge de nuevo en las profundidades. El cazador sopla el cuerno que lleva atado al pecho, pero su enlutado mugido se pierde en el desierto de agua. No hay nadie en el inmenso lago salado. Y está muy lejos ya la playa rocallosa, muy lejos las débiles luces de las casuchas de sus compañeros. De cuando en cuando el Cri reaparece, deja ver su aleta nefasta y se hunde. El remero fascinado lo sigue, hacia dentro, cada vez más hacia dentro.

XII

Luego de haber cortado todos los brazos que se tendían hacia mí; luego de haber tapiado todas las ventanas y puertas; luego de haber inundado con agua envenenada los fosos; luego de haber edificado mi casa en la roca de

un No inaccesible a los halagos y al miedo; luego de haberme cortado la lengua y luego de haberla devorado; luego de haber arrojado puñados de silencio y monosílabos de desprecio a mis amores; luego de haber olvidado mi nombre y el nombre de mi lugar natal y el nombre de mi estirpe; luego de haberme juzgado y haberme sentenciado a perpetua espera y a soledad perpetua, oí contra las piedras de mi calabozo de silogismos la embestida húmeda, tierna, insistente, de la primavera.

XIV

Difícilmente, avanzando milímetros por año, me hago un camino entre la roca. Desde hace milenios mis dientes se gastan y mis uñas se rompen para llegar allá, al otro lado, a la luz y el aire libre. Y ahora que mis manos sangran y mis dientes tiemblan, inseguros, en una cavidad rajada por la sed y el polvo, me detengo y contemplo mi obra: he pasado la segunda parte de mi vida rompiendo las piedras, perforando las murallas, taladrando las puertas y apartando los obstáculos que interpuse entre la luz y yo durante la primera parte de mi vida.

Paseo nocturno

La noche extrae de su cuerpo una hora y otra. Todas diversas y solemnes. Uvas, higos, dulces gotas de negrura pausada. Fuentes: cuerpos. Entre las piedras del jardín en ruinas el viento toca el piano. El faro alarga el cuello, gira, se apaga, exclama. Cristales que empaña un pensamiento, suavidades, invitaciones: oh noche, hoja inmensa y luciente, desprendida del árbol invisible que crece en el centro del mundo.

Y al dar la vuelta, las Apariciones: la muchacha que se vuelve un montón de hojas secas si la tocas; el desconocido que se arranca la máscara y se queda sin rostro, viéndote fijamente; la bailarina que da vueltas sobre la punta de un grito; el ¿quién vive?, el ¿quién eres?, el ¿dónde estoy?; la joven que avanza como un rumor de pájaros; el torreón derruido de ese pensamiento inconcluso, abierto contra el cielo como un poema partido en dos . . . No, ninguna es la que esperas, la dormida, la que te espera en los repliegues de su sueño.

Y al dar la vuelta, terminan los Verdores y empiezan las piedras. No hay nada, no tienes nada que darle al desierto: ni una gota de agua ni una gota de sangre. Con los ojos vendados avanzas por corredores, plazas, callejas donde conspiran tres estrellas astrosas. El río habla en voz baja. A tu izquierda y derecha, atrás y adelante, cuchicheos y risas innobles. El monólogo te acecha a cada paso, con sus exclamaciones, sus signos de interrogación, sus nobles sentimientos, sus puntos sobre las íes en mitad de un beso, su molino de lamentos y su repertorio de espejos rotos. Prosigue: nada tienes que decirte a ti mismo.

Llano

El hormiguero hace erupción. La herida abierta borbotea, espumea, se expande, se contrae. El sol a estas horas no deja nunca de bombear sangre, con las sienes hinchadas, la cara roja. Un niño—ignorante de que en un recodo de la pubertad lo esperan unas fiebres y un problema de conciencia—coloca con cuidado una piedrecita en la boca despellejada del hormiguero. El sol hunde sus picas en las jorobas del llano, humilla promontorios de basura. Resplandor desenvainado, los reflejos de una lata vacía—erguida sobre una pirámide de piltrafas—acuchillan todos los puntos del espacio. Los niños buscadores de tesoros y los perros sin dueño escarban en el amarillo esplendor del pudridero. A trescientos metros la iglesia de San Lorenzo llama a misa de doce. Adentro, en el altar de la derecha, hay un santo pintado de azul y rosa. De su ojo izquierdo brota un enjambre de insectos de alas grises, que vuelan en línea recta hacia la cúpula y caen, hechos polvo, silencioso derrumbe de armaduras tocadas por la mano del sol. Silban las sirenas de las torres de las fábricas. Falos decapitados. Un pájaro vestido de negro vuela en círculos y se posa en el único árbol vivo del llano. Después . . . No hay después. Avanzo, perforo grandes rocas de años, grandes masas de luz compacta, desciendo galerías de minas de arena, atravieso corredores que se cierran como labios de granito. Y vuelvo al llano, al llano donde siempre es mediodía, donde un sol idéntico cae fijamente sobre un paisaje detenido. Y no acaban de caer las doce campanadas, ni de zumbar las moscas, ni de estallar en astillas este minuto que no pasa, que sólo arde y no pasa.

Mariposa de obsidiana

Mataron a mis hermanos, a mis hijos, a mis tíos. A la orilla del lago de Texcoco me eché a llorar. Del Peñón subían remolinos de salitre. Me cogieron suavemente y me depositaron en el atrio de la Catedral. Me hice tan pequeña y tan gris que muchos me confundieron con un montoncito de polvo. Sí, yo misma, la madre del pedernal y de la estrella, yo, encinta del rayo, soy ahora la pluma azul que abandona el pájaro en la zarza. Bailaba, los pechos en alto y girando, girando, girando hasta quedarme quieta; entonces empezaba a echar hojas, flores, frutos. En mi vientre latía el águila. Yo era la montaña que engendra cuando sueña, la casa del fuego, la olla primordial donde el hombre se cuece y se hace hombre. En la noche de las palabras degolladas mis hermanas y yo, cogidas de la mano, saltamos y cantamos alrededor de la I, única torre en pie del alfabeto arrasado. Aún recuerdo mis canciones:

*Canta en la verde espesura
la luz de garganta dorada,
la luz, la luz decapitada.*

Nos dijeron: una vereda derecha nunca conduce al invierno. Y ahora las manos me tiemblan, las palabras me cuelgan de la boca. Dame una sillita y un poco de sol.

En otros tiempos cada hora nacía del vaho de mi aliento, bailaba un instante sobre la punta de mi puñal y desaparecía por la puerta resplandeciente de mi espejito. Yo era el mediodía tatuado y la medianoche desnuda, el pequeño insecto de jade que canta entre las yerbas del amanecer y el ceniztle de barro que convoca a los muertos. Me bañaba en la cascada solar, me bañaba en mí misma, anegada en mi propio resplandor. Yo era el pedernal que rasga la cerrazón nocturna y abre las puertas del chubasco. En el cielo del Sur planté jardines de fuego, jardines de sangre. Sus ramas de coral todavía rozan la frente de los enamorados. Allá el amor es el encuentro en mitad del espacio de dos aerolitos y no esa obstinación de piedras frotándose para arrancarse un beso que chisporrotea.

Cada noche es un párpado que no acaban de atravesar las espinas. Y el día no acaba nunca, no acaba nunca de contarse a sí mismo, roto en monedas de cobre. Estoy cansada de tantas cuentas de piedra

desparramadas en el polvo. Estoy cansada de este solitario trunco. Dichoso el alacrán madre, que devora a sus hijos. Dichosa la araña. Dichosa la serpiente, que muda de camisa. Dichosa el agua que se bebe a sí misma. ¿Cuándo acabarán de devorarme estas imágenes? ¿Cuándo acabaré de caer en esos ojos desiertos?

Estoy sola y caída, grano de maíz desprendido de la mazorca del tiempo. Siémbrame entre los fusilados. Naceré del ojo del capitán. Lluéveme, asoléame. Mi cuerpo arado por el tuyo ha de volverse un campo donde se siembra uno y se cosecha ciento. Espérame al otro lado del año: me encontrarás como un relámpago tendido a la orilla del otoño. Toca mis pechos de yerba. Besa mi vientre, piedra de sacrificios. En mi ombligo el remolino se aquieta: yo soy el centro fijo que mueve la danza. Arde, cae en mí: soy la fosa de cal viva que cura los huesos de su pesadumbre. Muere en mis labios. Nace en mis ojos. De mi cuerpo brotan imágenes: bebe en esas aguas y recuerda lo que olvidaste al nacer. Yo soy la herida que no cicatriza, la pequeña piedra solar: si me rozas, el mundo se incendia.

Toma mi collar de lágrimas. Te espero en ese lado del tiempo en donde la luz inaugura un reinado dichoso: el pacto de los gemelos enemigos, el agua que escapa entre los dedos y el hielo, petrificado como un rey en su orgullo. Allí abrirás mi cuerpo en dos, para leer las letras de tu destino.

La higuera

En Mixcoac, pueblo de labios quemados, sólo la higuera señalaba los cambios del año. La higuera, seis meses vestida de un sonoro vestido verde y los otros seis carbonizada ruina del sol de verano.

Encerrado en cuatro muros (al norte, el cristal del no saber, paisaje por inventar; al sur, la memoria cuarteada; al este, el espejo; al oeste, la cal y el canto del silencio) escribía mensajes sin respuesta, destruidos apenas firmados. Adolescencia feroz: el hombre que quiere ser, y que ya no cabe en ese cuerpo demasiado estrecho, estrangula al niño que somos. (Todavía, al cabo de los años, el que voy a ser, y que no será nunca, entra a saco en el que fui, arrasa mi estar, lo deshabita, malbarata riquezas, comercia con la Muerte.) Pero en ese tiempo la higuera llegaba hasta mi encierro y tocaba insistente los vidrios de la ventana, llamándome. Yo salía y penetraba en su centro: sopor visitado de pájaros, vibraciones de élitros, entrañas de fruto goteando plenitud.

En los días de calma la higuera era una petrificada carabela de jade, balanceándose imperceptiblemente, atada al muro negro, salpicado de verde por la marea de la primavera. Pero si soplaba el viento de marzo, se abría paso entre la luz y las nubes, hinchadas las verdes velas. Yo me trepaba a su punta y mi cabeza sobresalía entre las grandes hojas, picoteada de pájaros, coronada de vaticinios.

¡Leer mi destino en las líneas de la palma de una hoja de higuera! Te prometo luchas y un gran combate solitario contra un ser sin cuerpo. Te prometo una tarde de toros y una cornada y una ovación. Te prometo el coro de los amigos, la caída del tirano y el derrumbe del horizonte. Te prometo el destierro y el desierto, la sed y el rayo que parte en dos la roca: te prometo el chorro de agua. Te prometo la llaga y los labios, un cuerpo y una visión. Te prometo una flotilla navegando por un río turquesa, banderas y un pueblo libre a la orilla. Te prometo unos ojos inmensos, bajo cuya luz has de tenderte, árbol fatigado. Te prometo el hacha y el arado, la espiga y el canto, te prometo grandes nubes, canteras para el ojo, y un mundo por hacer.

Hoy la higuera golpea en mi puerta y me convida. ¿Debo coger el hacha o salir a bailar con esa loca?

Dama huasteca

Ronda por las orillas, desnuda, saludable, recién salida del baño, recién nacida de la noche. En su pecho arden joyas arrancadas al verano. Cubre su sexo la yerba lacia, la yerba azul, casi negra, que crece en los bordes del volcán. En su vientre un águila despliega sus alas, dos banderas enemigas se enlazan, reposa el agua. Viene de lejos, del país húmedo. Pocos la han visto. Diré su secreto: de día, es una piedra al lado del camino; de noche, un río que fluye al costado del hombre.

Hacia el poema

(Puntos de partida)

I

Palabras, ganancias de un cuarto de hora arrancado al árbol calcinado del lenguaje, entre los buenos días y las buenas noches, puertas de entrada y salida y entrada de un corredor que va de ningunaparte a ningunlado.

Damos vueltas y vueltas en el vientre animal, en el vientre mineral, en el vientre temporal. Encontrar la salida: el poema.

Obstinación de ese rostro donde se quiebran mis miradas. Frente armada, invicta ante un paisaje en ruinas, tras el asalto al secreto. Melancolía de volcán.

La benévola jeta de piedra de cartón del Jefe, del Conductor, fetiche del siglo; los yo, tú, él, tejedores de telarañas, pronombres armados de uñas; las divinidades sin rostro, abstractas. Él y nosotros, Nosotros y Él: nadie y ninguno. Dios padre se venga en todos estos ídolos.

El instante se congela, blancura compacta que ciega y no responde y se desvanece, témpano empujado por corrientes circulares. Ha de volver.

Arrancar las máscaras de la fantasía, clavar una pica en el centro sensible: provocar la erupción.

Cortar el cordón umbilical, matar bien a la Madre: crimen que el poeta moderno cometió por todos, en nombre de todos. Toca al nuevo poeta descubrir a la Mujer.

Hablar por hablar, arrancar sonos a la desesperada, escribir al dictado lo que dice el vuelo de la mosca, ennegrecer. El tiempo se abre en dos: hora del salto mortal.

II

Palabras, frases, sílabas, astros que giran alrededor de un centro fijo. Dos cuerpos, muchos seres que se encuentran en una palabra. El papel se cubre de letras indelebles, que nadie dijo, que nadie dictó, que han caído allí y arden y queman y se apagan. Así pues, existe la poesía, el amor existe. Y si yo no existo, existes tú.

Por todas partes los solitarios forzados empiezan a crear las palabras del nuevo diálogo.

El chorro de agua. La bocanada de salud. Una muchacha reclinada sobre su pasado. El vino, el fuego, la guitarra, la sobremesa. Un muro de terciopelo rojo en una plaza de pueblo. Las aclamaciones, la caballería reluciente entrando a la ciudad, el pueblo en vilo: ¡himnos! La irrupción de lo blanco, de lo verde, de lo llameante. Lo demasiado fácil, lo que se escribe solo: la poesía.

El poema prepara un orden amoroso. Preveo un hombre-sol y una mujer-luna, el uno libre de su poder, la otra libre de su esclavitud, y amores implacables rayando el espacio negro. Todo ha de ceder a esas águilas incandescentes.

Por las almenas de tu frente el canto alborea. La justicia poética incendia campos de oprobio: no hay sitio para la nostalgia, el yo, el nombre propio.

Todo poema se cumple a expensas del poeta.

Mediodía futuro, árbol inmenso de follaje invisible. En las plazas cantan los hombres y las mujeres el canto solar, surtidor de transparencias. Me cubre la marejada amarilla: nada mío ha de hablar por mi boca.

Cuando la Historia duerme, habla en sueños: en la frente del pueblo dormido el poema es una constelación de sangre. Cuando la Historia despierta, la imagen se hace acto, acontece el poema: la poesía entra en acción.

Merece lo que sueñas.

POEMAS
[1948–1957]

de SEMILLAS PARA UN HIMNO [1950–1954]

El día abre la mano
Tres nubes
Y estas pocas palabras

Fábula

A Álvaro Mutis

Edades de fuego y de aire
Mocedades de agua
Del verde al amarillo
Del amarillo al rojo
Del sueño a la vigilia
Del deseo al acto
Sólo había un paso que tú dabas sin esfuerzo
Los insectos eran joyas animadas
El calor reposaba al borde del estanque
La lluvia era un sauce de pelo suelto
En la palma de tu mano crecía un árbol
Aquel árbol cantaba reía y profetizaba
Sus vaticinios cubrían de alas el espacio
Había milagros sencillos llamados pájaros
Todo era de todos
Todos eran todo
Sólo había una palabra inmensa y sin revés
Palabra como un sol
Un día se rompió en fragmentos diminutos
Son las palabras del lenguaje que hablamos
Fragmentos que nunca se unirán
Espejos rotos donde el mundo se mira destrozado

Una mujer de movimientos de río
De transparentes ademanes de agua
Una muchacha de agua
Donde leer lo que pasa y no regresa
Un poco de agua donde los ojos beban
Donde los labios de un solo sorbo beban
El árbol la nube el relámpago
Yo mismo y la muchacha

Un día se pierde
En el cielo hecho de prisa
La luz no deja huellas en la nieve
Un día se pierde
Abrir y cerrar de puertas
La semilla del sol se abre sin ruido
Un día comienza
La niebla asciende la colina
Un hombre baja por el río
Los dos se encuentran en tus ojos
Y tú te pierdes en el día
Cantando en el follaje de la luz
Tañen campanas allá lejos
Cada llamada es una ola
Cada ola sepulta para siempre
Un gesto una palabra la luz contra la nube
Tú ríes y te peinas distraída
Un día comienza a tus pies
Pelo mano blancura no son nombres
Para este pelo esta mano esta blancura
Lo visible y palpable que está afuera
Lo que está adentro y sin nombre
A tientas se buscan en nosotros
Siguen la marcha del lenguaje
Cruzan el puente que les tiende esta imagen
Como la luz entre los dedos se deslizan
Como tú misma entre mis manos
Como tu mano entre mis manos se entrelazan
Un día comienza en mis palabras
Luz que madura hasta ser cuerpo
Hasta ser sombra de tu cuerpo luz de tu sombra
Malla de calor piel de tu luz
Un día comienza en tu boca
El día que se pierde en nuestros ojos
El día que se abre en nuestra noche

Piedra nativa

A Roger Munier

La luz devasta las alturas
Manadas de imperios en derrota
El ojo retrocede cercado de reflejos

Países vastos como el insomnio
Pedregales de hueso

Otoño sin confines
Alza la sed sus invisibles surtidores
Un último pirú predica en el desierto

Cierra los ojos y oye cantar la luz:
El mediodía anida en tu tímpano

Cierra los ojos y ábrelos:
No hay nadie ni siquiera tú mismo
Lo que no es piedra es luz

Aunque la nieve caiga en racimos maduros
Nadie sacude ramas allá arriba
El árbol de la luz no da frutos de nieve
Aunque la nieve se disperse en polen
No hay semillas de nieve
No hay naranjas de nieve no hay claveles
No hay cometas ni soles de nieve
Aunque vuele en bandadas no hay pájaros de nieve

En la palma del sol brilla un instante y cae
Apenas tiene cuerpo apenas peso apenas nombre
Y ya lo cubre todo con su cuerpo de nieve
Con su peso de luz con su nombre sin sombra

Refranes

Una espiga es todo el trigo

Una pluma es un pájaro vivo y cantando

Un hombre de carne es un hombre de sueño

La verdad no se parte

El trueno proclama los hechos del relámpago

Una mujer soñada encarna siempre en una forma amada

El árbol dormido pronuncia verdes oráculos

El agua habla sin cesar y nunca se repite

En la balanza de unos párpados el sueño no pesa

En la balanza de una lengua que delira

Una lengua de mujer que dice sí a la vida

El ave del paraíso abre las alas

PIEDRAS SUELTAS [1955]

Lección de cosas

1.

Animación

Sobre el estante,
entre un músico Tang y un jarro de Oaxaca,
incandescente y vivaz,
con chispeantes ojos de papel de plata,
nos mira ir y venir
la pequeña calavera de azúcar.

2.

Máscara de Tláloc grabada en cuarzo transparente

Aguas petrificadas.
El viejo Tláloc duerme, dentro,
soñando temporales.

3.

Lo mismo

Tocado por la luz
el cuarzo ya es cascada.
Sobre sus aguas flota, niño, el dios.

4.

Dios que surge de una orquídea de barro

Entre los pétalos de arcilla
nace, sonriente,

la flor humana.

5.

Diosa Azteca

Los cuatro puntos cardinales
regresan a tu ombligo.
En tu vientre golpea el día, armado.

6.

Calendario

Contra el agua, días de fuego.
Contra el fuego, días de agua.

7.

Xochipilli

En el árbol del día
cuelgan frutos de jade,
fuego y sangre en la noche.

8.

Cruz con sol y luna pintados

Entre los brazos de esta cruz
anidaron dos pájaros:
Adán, sol, y Eva, luna.

9.

Niño y trompo

Cada vez que lo lanza
cae, justo,
en el centro del mundo.

10.

Objetos

Viven a nuestro lado,
los ignoramos, nos ignoran.
Alguna vez conversan con nosotros.

En Uxmal

1.

La piedra de los días

El sol es tiempo;
el tiempo, sol de piedra;
la piedra, sangre.

2.

Mediodía

La luz no parpadea,
el tiempo se vacía de minutos,
se ha detenido un pájaro en el aire.

3.

Más tarde

Se despeña la luz,
despiertan las columnas
y, sin moverse, bailan.

4.

Pleno sol

La hora es transparente:
vemos, si es invisible el pájaro,
el color de su canto.

5.

Relieves

La lluvia, pie danzante y largo pelo,
el tobillo mordido por el rayo,
desciende acompañada de tambores:
abre los ojos el maíz, y crece.

6.

Serpiente labrada sobre un muro

El muro al sol respira, vibra, ondula,
trozo de cielo vivo y tatuado:
el hombre bebe sol, es agua, es tierra.
Y sobre tanta vida la serpiente
que lleva una cabeza entre las fauces:
los dioses beben sangre, comen hombres.

Piedras sueltas

1.

Flor

El grito, el pico, el diente, los aullidos,
la nada carnicera y su barullo,
ante esta simple flor se desvanecen.

2.

Dama

Todas las noches baja al pozo
y a la mañana reaparece
con un nuevo reptil entre los brazos.

3.

Biografía

No lo que pudo ser:
es lo que fue.
Y lo que fue está muerto.

4.

Campanas en la noche

Olas de sombra
mojan mi pensamiento
—y no lo apagan.

5.

Ante la puerta

Voces, palabras, risas.
Dudé, suspenso:
la luna arriba, sola.

6.

Visión

Me vi al cerrar los ojos:
espacio, espacio
donde estoy y no estoy.

7.

Disonancia

Los insectos atareados,
los caballos color de sol,
los burros color de nube,
las nubes, rocas enormes que no pesan,
los montes como cielos desplomados,
la manada de árboles bebiendo en el arroyo,
todos están ahí, dichosos en su estar,
frente a nosotros que no estamos,
comidos por la rabia, por el odio,
por el amor comidos, por la muerte.

8.

Analfabeto

Alcé la cara al cielo,
inmensa piedra de gastadas letras:
nada me revelaron las estrellas.

de LA ESTACIÓN VIOLENTA [1948–1957]

Himno entre ruinas

donde espumoso el mar Siciliano . . .

Góngora

Coronado de sí el día extiende sus plumas.
¡Alto grito amarillo,
caliente surtidor en el centro de un cielo
imparcial y benéfico!
Las apariencias son hermosas en esta su verdad momentánea.
El mar trepa la costa,
se afianza entre las peñas, araña deslumbrante;
la herida cárdena del monte resplandece;
un puñado de cabras es un rebaño de piedras;
el sol pone su huevo de oro y se derrama sobre el mar.
Todo es dios.
¡Estatua rota,
columnas comidas por la luz,
ruinas vivas en un mundo de muertos en vida!

*Cae la noche sobre Teotihuacan.
En lo alto de la pirámide los muchachos fuman marihuana,
suenan guitarras roncás.
¿Qué yerba, qué agua de vida ha de darnos la vida,
dónde desenterrar la palabra,
la proporción que rige al himno y al discurso,
al baile, a la ciudad y a la balanza?
El canto mexicano estalla en un carajo,
estrella de colores que se apaga,
piedra que nos cierra las puertas del contacto.
Sabe la tierra a tierra envejecida.*

Los ojos ven, las manos tocan.
Bastan aquí unas cuantas cosas:
tuna, espinoso planeta coral,
higos encapuchados,
uvas con gusto a resurrección,

almejas, virginidades ariscas,
sal, queso, vino, pan solar.
Desde lo alto de su morenía una isleña me mira,
esbelta catedral vestida de luz.
Torres de sal, contra los pinos verdes de la orilla
surgen las velas blancas de las barcas.
La luz crea templos en el mar.

*Nueva York, Londres, Moscú.
La sombra cubre al llano con su yedra fantasma,
con su vacilante vegetación de escalofrío,
su vello ralo, su tropel de ratas.
A trechos tiritita un sol anémico.
Acodado en montes que ayer fueron ciudades, Polifemo bosteza.
Abajo, entre los hoyos, se arrastra un rebaño de hombres.
(Bípedos domésticos, su carne
—a pesar de recientes interdicciones religiosas—
es muy gustada por las clases ricas.
Hasta hace poco el vulgo los consideraba animales impuros.)*

Ver, tocar formas hermosas, diarias.
Zumba la luz, dardos y alas.
Huele a sangre la mancha de vino en el mantel.
Como el coral sus ramas en el agua
extiendo mis sentidos en la hora viva:
el instante se cumple en una concordancia amarilla,
¡oh mediodía, espiga henchida de minutos,
copa de eternidad!

*Mis pensamientos se bifurcan, serpean, se enredan,
recomienzan,
y al fin se inmovilizan, ríos que no desembocan,
delta de sangre bajo un sol sin crepúsculo.
¿Y todo ha de parar en este chapoteo de aguas muertas?*

¡Día, redondo día,
luminosa naranja de veinticuatro gajos,
todos atravesados por una misma y amarilla dulzura!

La inteligencia al fin encarna,
se reconcilian las dos mitades enemigas
y la conciencia-espejo se licúa,
vuelve a ser fuente, manantial de fábulas:
Hombre, árbol de imágenes,
palabras que son flores que son frutos que son actos.

Nápoles, 1948

Máscaras del alba

A José Bianco

Sobre el tablero de la plaza
se demoran las últimas estrellas.
Torres de luz y alfiles afilados
cercan las monarquías espectrales.
¡Vano ajedrez, ayer combate de ángeles!

Fulgor de agua estancada donde flotan
pequeñas alegrías ya verdosas,
la manzana podrida de un deseo,
un rostro recomido por la luna,
el minuto arrugado de una espera,
todo lo que la vida no consume,
los restos del festín de la impaciencia.

Abre los ojos el agonizante.
Esa brizna de luz que tras cortinas
espía al que la expía entre estertores
es la mirada que no mira y mira,
el ojo en que espejean las imágenes
antes de despeñarse, el precipicio
cristalino, la tumba de diamante:
es el espejo que devora espejos.

Olivia, la ojizarca que pulsaba,
las blancas manos entre cuerdas verdes,
el arpa de cristal de la cascada,
nada contra corriente hasta la orilla
del despertar: la cama, el haz de ropas,
las manchas hidrográficas del muro,
ese cuerpo sin nombre que a su lado
mastica profecías y rezongos
y la abominación del cielo raso.
Bosteza lo real sus naderías,
se repite en horrores desventrados.

El prisionero de sus pensamientos
teje y desteje su tejido a ciegas,
escarba sus heridas, deletrea
las letras de su nombre, las dispersa,
y ellas insisten en el mismo estrago:
se engastan en su nombre desgastado.
Va de sí mismo hacia sí mismo, vuelve,
en el centro de sí se para y grita
¿quién va? y el surtidor de su pregunta
abre su flor absorta, centellea,
silba en el tallo, dobla la cabeza,
y al fin, vertiginoso, se desploma
roto como la espada contra el muro.

La joven domadora de relámpagos
y la que se desliza sobre el filo
resplandeciente de la guillotina;
el señor que desciende de la luna
con un fragante ramo de epitafios;
la frígida que lima en el insomnio
el pedernal gastado de su sexo;
el hombre puro en cuya sien anida
el águila real, la cejijunta
voracidad de un pensamiento fijo;
el árbol de ocho brazos anudados
que el rayo del amor derriba, incendia
y carboniza en lechos transitorios;
el enterrado en vida con su pena;
la joven muerta que se prostituye
y regresa a su tumba al primer gallo;
la víctima que busca a su asesino;
el que perdió su cuerpo, el que su sombra,
el que huye de sí y el que se busca
y se persigue y no se encuentra, todos,
vivos muertos al borde del instante
se detienen suspensos. Duda el tiempo,

el día titubea.

Soñolienta

en su lecho de fango, abre los ojos

Venecia y se recuerda: ¡pabellones

y un alto vuelo que se petrifica!

Oh esplendor anegado . . .

Los caballos de bronce de San Marcos

cruzan arquitecturas que vacilan,

descienden verdinegros hasta el agua

y se arrojan al mar, hacia Bizancio.

Oscilan masas de estupor y piedra,

mientras los pocos vivos de esta hora . . .

Pero la luz avanza a grandes pasos,

aplastando bostezos y agonías.

¡Júbilos, resplandores que desgarran!

El alba lanza su primer cuchillo.

Venecia, 1948

Mutra

Como una madre demasiado amorosa, una madre terrible que ahoga,
como una leona taciturna y solar,
como una sola ola del tamaño del mar,
ha llegado sin hacer ruido y en cada uno de nosotros se asienta como un rey
y los días de vidrio se derriten y en cada pecho erige un trono de espinas y
de brasas
y su imperio es un hipo solemne, una aplastada respiración de dioses y
animales de ojos dilatados
y bocas llenas de insectos calientes pronunciando una misma sílaba día y
noche, día y noche.
¡Verano, boca inmensa, vocal hecha de vaho y jadeo!

Este día herido de muerte que se arrastra a lo largo del tiempo sin acabar de
morir,
y el día que lo sigue y ya escarba impaciente la indecisa tierra del alba,
y los otros que esperan su hora en los vastos establos del año,
este día y sus cuatro cachorros, la mañana de cola de cristal y el mediodía
con su ojo único,
el mediodía absorto en su luz, sentado en su esplendor,
la tarde rica en pájaros y la noche con sus luceros armados de punta en
blanco,
este día y las presencias que alza o derriba el sol con un simple aletazo:
la muchacha que aparece en la plaza y es un chorro de frescura pausada,
el mendigo que se levanta como una flaca plegaria, montón de basura y
cánticos gangosos,
las buganvillas rojas negras a fuerza de encarnadas, moradas de tanto azul
acumulado,
las mujeres albañiles que llevan una piedra en la cabeza como si llevasen un
sol apagado,
la bella en su cueva de estalactitas y el son de sus ajorcas de escorpiones,
el hombre cubierto de ceniza que adora al falo, al estiércol y al agua,
los músicos que arrancan chispas a la madrugada y hacen bajar al suelo la
tempestad airosa de la danza,
el collar de centellas, las guirnaldas de electricidad balanceándose en mitad
de la noche,

los niños desvelados que se espulgan a la luz de la luna,
los padres y las madres con sus rebaños familiares y sus bestias
adormecidas y sus dioses petrificados hace mil años,
las mariposas, los buitres, las serpientes, los monos, las vacas, los insectos
parecidos al delirio,
todo este largo día con su terrible cargamento de seres y de cosas, encalla
lentamente en el tiempo parado.

Todos vamos cayendo con el día, todos entramos en el túnel,
atravesamos corredores interminables cuyas paredes de aire sólido se
cierran,
nos internamos en nosotros y a cada paso el animal humano jadea y se
desploma,
retrocedemos, vamos hacia atrás, el animal pierde futuro a cada paso,
y lo erguido y duro y óseo en nosotros al fin cede y cae pesadamente en la
boca madre.

Dentro de mí me apiño, en mí mismo me hacino y al apiñarme me derramo,
soy lo extendido dilatándose, lo repleto vertiéndose y llenándose,
no hay vértigo ni espejo ni náusea ante el espejo, no hay caída,
sólo un estar, un derramado estar, llenos hasta los bordes, todos a la deriva:
no como el arco que se encorva y sobre sí se dobla para que el dardo salte y
dé en el centro justo,
ni como el pecho que lo aguarda y a quien la espera dibuja ya la herida,
no concentrados ni en arrobos, sino a tumbos, de peldaño en peldaño, agua
vertida, volvemos al principio.
Y la cabeza cae sobre el pecho y el cuerpo cae sobre el cuerpo sin encontrar
su fin, su cuerpo último.
No, asir la antigua imagen: ¡anclar el ser y en la roca plantarlo, zócalo del
relámpago!
Hay piedras que no ceden, piedras hechas de tiempo, tiempo de piedra,
siglos que son columnas,
asambleas que cantan himnos de piedra,
surtidores de jade, jardines de obsidiana, torres de mármol, alta belleza
armada contra el tiempo.
Un día rozó mi mano toda esa gloria erguida.
Pero también las piedras pierden pie, también las piedras son imágenes,

y caen y se disgregan y confunden y fluyen con el río que no cesa.

También las piedras son el río.

¿Dónde está el hombre, el que da vida a las piedras de los muertos, el que
hace hablar piedras y muertos?

Las fundaciones de la piedra y de la música,
la fábrica de espejos del discurso y el castillo de fuego del poema
enlazan sus raíces en su pecho, descansan en su frente: él los sostiene a
pulso.

Tras la coraza de cristal de roca busqué al hombre, palpé a tientas la brecha
imperceptible:

nacemos y es un rasguño apenas la desgarradura y nunca cicatriza y arde y
es una estrella de luz propia,

nunca se apaga la diminuta llaga, nunca se borra la señal de sangre, por esa
puerta nos vamos a lo oscuro.

También el hombre fluye, también el hombre cae y es una imagen que se
desvanece.

Pantanos del sopor, algas acumuladas, cataratas de abejas sobre los ojos mal
cerrados,

festín de arena, horas mascadas, imágenes mascadas,

vida mascada siglos hasta no ser sino una confusión estática que entre las
aguas somnolientas sobrenada,

agua de ojos, agua de bocas, agua nupcial y ensimismada, agua incestuosa,
agua de dioses, cópula de dioses,

agua de astros y reptiles, selvas de agua de cuerpos incendiados,

beatitud de lo repleto sobre sí mismo derramándose, no somos, no quiero
ser Dios, no quiero ser a tientas, no quiero regresar, soy hombre

y el hombre es el hombre, el que saltó al vacío y nada lo sustenta desde
entonces sino su propio vuelo,

el desprendido de su madre, el desterrado, el sin raíces, ni cielo ni tierra,
sino puente, arco

tendido sobre la nada, en sí mismo anudado, hecho haz, y no obstante
partido en dos desde el nacer, peleando

contra su sombra, corriendo siempre tras de sí, disparado, exhalado, sin
jamás alcanzarse,

el condenado desde niño, destilador del tiempo, rey de sí mismo, hijo de sus
obras.

Se despeñan las últimas imágenes y el río negro anega la conciencia.
La noche dobla la cintura, cede el alma, caen racimos de horas confundidas,
cae el hombre
como un astro, caen racimos de astros, como un fruto demasiado maduro
cae el mundo y sus soles.
Pero en mi frente velan armas la adolescencia y sus imágenes, solo tesoro
no dilapidado:
naves ardiendo en mares todavía sin nombre y cada ola golpeando la
memoria con un tumulto de recuerdos
(el agua dulce en las cisternas de las islas, el agua dulce de las mujeres y sus
voces sonando en la noche como muchos arroyos que se juntan,
la diosa de ojos verdes y palabras humanas que plantó en nuestro pecho sus
razones como una hermosa procesión de lanzas,
la reflexión sosegada ante la esfera, henchida de sí misma como una espiga,
mas inmortal, perfecta, suficiente,
la contemplación de los números que se enlazan como notas o amantes,
el universo como una lira y un arco y la geometría vencedora de dioses,
¡única morada digna del hombre!)
y la ciudad de altas murallas que en la llanura centellea como una joya que
agoniza
y los torreones demolidos y el defensor por tierra y en las cámaras
humeantes el tesoro real de las mujeres
y el epitafio del héroe apostado en la garganta del desfiladero como una
espada
y el poema que asciende y cubre con sus dos alas el abrazo de la noche y el
día
y el árbol del discurso en la plaza plantado virilmente
y la justicia al aire libre de un pueblo que pesa cada acto en la balanza de un
alma sensible al peso de la luz,
¡actos, altas piras quemadas por la historia!
Bajo sus restos negros dormita la verdad que levantó las obras: el hombre
sólo es hombre entre los hombres.

Y hundo la mano y cojo el grano incandescente y lo planto en mi ser: ha de
crecer un día.

Delhi, 1952

¿No hay salida?

En duermevela oigo correr entre bultos adormilados y ceñudos un incesante río.

Es la catarata negra y blanca, las voces, las risas, los gemidos del mundo confuso, despeñándose.

Y mi pensamiento que galopa y galopa y no avanza, también cae y se levanta

y vuelve a despeñarse en las aguas estancadas del lenguaje.

Hace un segundo habría sido fácil coger una palabra y repetirla una vez y otra vez,

cualquiera de esas frases que decimos a solas en un cuarto sin espejos para probarnos que no es cierto,

que aún estamos vivos,

pero ahora con manos que no pesan la noche quieta la furiosa marea y una a una desertan las imágenes, una a una las palabras se cubren el rostro.

Pasó ya el tiempo de esperar la llegada del tiempo, el tiempo de ayer, hoy y mañana,

ayer es hoy, mañana es hoy, hoy todo es hoy, salió de pronto de sí mismo y me mira,

no viene del pasado, no va a ninguna parte, hoy está aquí,

no es la muerte—nadie se muere de la muerte, todos morimos de la vida—,

no es la vida—fruto instantáneo, vertiginosa y lúcida embriaguez, el vacío sabor de la muerte da más vida a la vida—,

hoy no es muerte ni vida,

no tiene cuerpo, ni nombre, ni rostro, hoy está aquí,

echado a mis pies, mirándome.

Yo estoy de pie, quieto en el centro del círculo que hago al ir cayendo desde mis pensamientos,

estoy de pie y no tengo adónde volver los ojos, no queda ni una brizna del pasado,

toda la infancia se la tragó este instante y todo el porvenir son estos

muebles clavados en su sitio,

el ropero con su cara de palo, las sillas alineadas en la espera de nadie,

el rechoncho sillón con los brazos abiertos, obsceno como morir en su
lecho,
el ventilador, insecto engreído, la ventana mentirosa, el presente sin
resquicios,
todo se ha cerrado sobre sí mismo, he vuelto a donde empecé, todo es hoy y
para siempre.

*Allá, del otro lado, se extienden las playas inmensas como una mirada de
amor,
allá la noche vestida de agua despliega sus jeroglíficos al alcance de la
mano,
el río entra cantando por el llano dormido y moja las raíces de la palabra
libertad,
allá los cuerpos enlazados se pierden en un bosque de árboles
transparentes,
bajo el follaje del sol caminamos, somos dos reflejos que cruzan sus aceros,
la plata nos tiende puentes para cruzar la noche, las piedras nos abren
paso,
allá tú eres el tatuaje en el pecho del jade caído de la luna, allá el diamante
insomne cede
y en su centro vacío somos el ojo que nunca parpadea y la fijeza del
instante ensimismado en su esplendor.*

Todo está lejos, no hay regreso, los muertos no están muertos, los vivos no
están vivos,
hay un muro, un ojo que es un pozo, todo tira hacia abajo,
pesa el cuerpo, pesan los pensamientos, todos los años son este minuto
desplomándose interminablemente,
aquel cuarto de hotel de San Francisco me salió al paso en Bangkok, hoy es
ayer, mañana es ayer,
la realidad es una escalera que no sube ni baja, no nos movemos, hoy es
hoy, siempre es hoy,
siempre el ruido de los trenes que despedazan cada noche a la noche,
el recurrir a las palabras melladas,
la perforación del muro, las idas y venidas, la realidad cerrando puertas,
poniendo comas, la puntuación del tiempo, todo está lejos, los muros son
enormes,

está a millas de distancia el vaso de agua, tardaré mil años en recorrer mi
cuarto,
qué sonido remoto tiene la palabra *vida*, no estoy aquí, no hay aquí, este
cuarto está en otra parte,
aquí es ninguna parte, poco a poco me he ido cerrando y no encuentro
salida que no dé a este instante,
este instante soy yo, salí de pronto de mí mismo, no tengo nombre ni rostro,
yo está aquí, echado a mis pies, mirándome mirándose mirarme mirado.

Fuera, en los jardines que arrasó el verano, una cigarra se ensaña contra la
noche.

¿Estoy o estuve aquí?

Tokio, 1952

El río

La ciudad desvelada circula por mi sangre como una abeja.
Y el avión que traza un gemido en forma de S larga, los tranvías que se
derrumban en esquinas remotas,
ese árbol cargado de injurias que alguien sacude a medianoche en la plaza,
los ruidos que ascienden y estallan y los que se deslizan y cuchichean en la
oreja un secreto que reptaba
abren lo obscuro, precipicios de aes y oes, túneles de vocales taciturnas,
galerías que recorro con los ojos vendados, el alfabeto somnoliento cae en
el hoyo como un río de tinta,
y la ciudad va y viene y su cuerpo de piedra se hace añicos al llegar a mi
sien,
toda la noche, uno a uno, estatua a estatua, fuente a fuente, piedra a piedra,
toda la noche
sus pedazos se buscan en mi frente, toda la noche la ciudad habla dormida
por mi boca
y es un discurso incomprensible y jadeante, un tartamudeo de aguas y
piedra batallando, su historia.

Detenerse un instante, detener a mi sangre que va y viene, va y viene y no
dice nada,
sentado sobre mí mismo como el yoguín a la sombra de la higuera, como
Buda a la orilla del río, detener al instante,
un solo instante, sentado a la orilla del tiempo, borrar mi imagen del río que
habla dormido y no dice nada y me lleva consigo,
sentado a la orilla detener al río, abrir el instante, penetrar por sus salas
atónitas hasta su centro de agua,
beber en la fuente inagotable, ser la cascada de sílabas azules que cae de los
labios de piedra,
sentado a la orilla de la noche como Buda a la orilla de sí mismo ser el
parpadeo del instante,
el incendio y la destrucción y el nacimiento del instante y la respiración de
la noche fluyendo enorme a la orilla del tiempo,
decir lo que dice el río, larga palabra semejante a labios, larga palabra que
no acaba nunca,

decir lo que dice el tiempo en duras frases de piedra, en vastos ademanes de mar cubriendo mundos.

A mitad del poema me sobrecoge siempre un gran desamparo, todo me abandona,
no hay nadie a mi lado, ni siquiera esos ojos que desde atrás contemplan lo que escribo,
no hay atrás ni adelante, la pluma se rebela, no hay comienzo ni fin,
tampoco hay muro que saltar,
es una explanada desierta el poema, lo dicho no está dicho, lo no dicho es indecible,
torres, terrazas devastadas, babilonias, un mar de sal negra, un reino ciego,

No,
detenerme, callar, cerrar los ojos hasta que brote de mis párpados una espiga, un surtidor de soles,
y el alfabeto ondule largamente bajo el viento del sueño
y la marea crezca en una ola y la ola rompa el dique,
esperar hasta que el papel se cubra de astros y sea el poema un bosque de palabras enlazadas,

No,
no tengo nada que decir, nadie tiene nada que decir, nada ni nadie excepto la sangre,
nada sino este ir y venir de la sangre, este escribir sobre lo escrito y repetir la misma palabra en mitad del poema,
sílabas de tiempo, letras rotas, gotas de tinta, sangre que va y viene y no dice nada y me lleva consigo.

Y digo mi rostro inclinado sobre el papel y alguien a mi lado escribe mientras la sangre va y viene,
y la ciudad va y viene por su sangre, quiere decir algo, el tiempo quiere decir algo, la noche quiere decir,
toda la noche el hombre quiere decir una sola palabra, decir al fin su discurso hecho de piedras desmoronadas,
y aguzo el oído, quiero oír lo que dice el hombre, repetir lo que dice la ciudad a la deriva,
toda la noche las piedras rotas se buscan a tientas en mi frente, toda la noche pelea el agua contra la piedra,

las palabras contra la noche, la noche contra la noche, nada ilumina el
opaco combate,
el choque de las armas no arranca un relámpago a la piedra, una chispa a la
noche, nadie da tregua,
es un combate a muerte entre inmortales,
No,
dar marcha atrás, parar el río de sangre, el río de tinta,
remontar la corriente y que la noche, vuelta sobre sí misma, muestre sus
entrañas,
que el agua muestre su corazón, racimo de espejos ahogados,
que el tiempo se cierre y sea su herida una cicatriz invisible, apenas una
delgada línea sobre la piel del mundo,
que las palabras depongan armas y sea el poema una sola palabra
entretejida,
y sea el alma el llano después del incendio, el pecho lunar de un mar
petrificado que no refleja nada
sino la extensión extendida, el espacio acostado sobre sí mismo, las alas
inmensas desplegadas,
y sea todo como la llama que se esculpe y se hiela en la roca de
entrañas transparentes,
duro fulgor resuelto ya en cristal y claridad pacífica.

Y el río remonta su curso, repliega sus velas, recoge sus imágenes y se
interna en sí mismo.

Ginebra, 1953

El cántaro roto

La mirada interior se despliega y un mundo de vértigo y llama nace bajo la
frente del que sueña:
soles azules, verdes remolinos, picos de luz que abren astros como
granadas,
tornasol solitario, ojo de oro girando en el centro de una explanada
calcinada,
bosques de cristal de sonido, bosques de ecos y respuestas y ondas, diálogo
de transparencias,
¡viento, galope de agua entre los muros interminables de una garganta de
azabache,
caballo, cometa, cohete que se clava justo en el corazón de la noche,
plumas, surtidores,
plumas, súbito florecer de las antorchas, velas, alas, invasión de lo blanco,
pájaros de las islas cantando bajo la frente del que sueña!

Abrí los ojos, los alcé hasta el cielo y vi cómo la noche se cubría de
estrellas.
¡Islas vivas, brazaletes de islas llameantes, piedras ardiendo, respirando,
racimos de piedras vivas,
cuánta fuente, qué claridades, qué cabelleras sobre una espalda oscura,
cuánto río allá arriba, y ese sonar remoto de agua junto al fuego, de luz
contra la sombra!
Harpas, jardines de harpas.

Pero a mi lado no había nadie.
Sólo el llano: cactus, huizaches, piedras enormes que estallan bajo el sol.
No cantaba el grillo,
había un vago olor a cal y semillas quemadas,
las calles del poblado eran arroyos secos
y el aire se habría roto en mil pedazos si alguien hubiese gritado: ¿quién
vive?
Cerros pelados, volcán frío, piedra y jadeo bajo tanto esplendor, sequía,
sabor de polvo,
rumor de pies descalzos sobre el polvo, ¡y el pirú en medio del llano como
un surtidor petrificado!

Dime, sequía, dime, tierra quemada, tierra de huesos remolidos, dime, luna
agónica,
¿no hay agua,
hay sólo sangre, sólo hay polvo, sólo pisadas de pies desnudos sobre la
espina,
sólo andrajos y comida de insectos y sopor bajo el mediodía impío como un
cacique de oro?
¿No hay relinchos de caballos a la orilla del río, entre las grandes piedras
redondas y relucientes,
en el remanso, bajo la luz verde de las hojas y los gritos de los hombres y
las mujeres bañándose al alba?
El dios-maíz, el dios-flor, el dios-agua, el dios-sangre, la Virgen,
¿todos se han muerto, se han ido, cántaros rotos al borde de la fuente
cegada?
¿Sólo está vivo el sapo,
sólo reluce y brilla en la noche de México el sapo verduzco,
sólo el cacique gordo de Cempoala es inmortal?

Tendido al pie del divino árbol de jade regado con sangre, mientras dos
esclavos jóvenes lo abanican,
en los días de las grandes procesiones al frente del pueblo, apoyado en la
cruz: arma y bastón,
en traje de batalla, el esculpido rostro de sílex aspirando como un incienso
precioso el humo de los fusilamientos,
los fines de semana en su casa blindada junto al mar, al lado de su querida
cubierta de joyas de gas neón,
¿sólo el sapo es inmortal?

He aquí a la rabia verde y fría y a su cola de navajas y vidrio cortado,
he aquí al perro y a su aullido sarnoso,
al maguey taciturno, al nopal y al candelabro erizados, he aquí a la flor que
sangra y hace sangrar,
la flor de inexorable y tajante geometría como un delicado
instrumento de tortura,
he aquí a la noche de dientes largos y mirada filosa, la noche que desuella
con un pedernal invisible,
oye a los dientes chocar uno contra otro,

oye a los huesos machacando a los huesos,
al tambor de piel humana golpeado por el fémur,
al tambor del pecho golpeado por el talón rabioso,
al tam-tam de los tímpanos golpeados por el sol delirante,
he aquí al polvo que se levanta como un rey amarillo y todo lo descuaja y
danza solitario y se derrumba
como un árbol al que de pronto se le han secado las raíces, como una torre
que cae de un solo tajo,
he aquí al hombre que cae y se levanta y come polvo y se arrastra,
al insecto humano que perfora la piedra y perfora los siglos y carcome la
luz,
he aquí a la piedra rota, al hombre roto, a la luz rota.

¿Abrir los ojos o cerrarlos, todo es igual?
Castillos interiores que incendia el pensamiento porque otro más puro se
levante, sólo fulgor y llama,
semilla de la imagen que crece hasta ser árbol y hace estallar el cráneo,
palabra que busca unos labios que la digan,
sobre la antigua fuente humana cayeron grandes piedras,
hay siglos de piedras, años de losas, minutos espesores sobre la fuente
humana.

Dime, sequía, piedra pulida por el tiempo sin dientes, por el hambre sin
dientes,
polvo molido por dientes que son siglos, por siglos que son hambres,
dime, cántaro roto caído en el polvo, dime,
¿la luz nace frotando hueso contra hueso, hombre contra hombre, hambre
contra hambre,
hasta que surja al fin la chispa, el grito, la palabra,
hasta que brote al fin el agua y crezca el árbol de anchas hojas de turquesa?
Hay que dormir con los ojos abiertos, hay que soñar con las manos,
soñemos sueños activos de río buscando su cauce, sueños de sol soñando
sus mundos,
hay que soñar en voz alta, hay que cantar hasta que el canto eche raíces,
tronco, ramas, pájaros, astros,
cantar hasta que el sueño engendre y brote del costado del dormido la
espiga roja de la resurrección,

el agua de la mujer, el manantial para beber y mirarse y reconocerse y
recobrase,
el manantial para saberse hombre, el agua que habla a solas en la noche y
nos llama con nuestro nombre,
el manantial de las palabras para decir yo, tú, él, nosotros, bajo el gran árbol
viviente estatua de la lluvia,
para decir los pronombres hermosos y reconocernos y ser fieles a nuestros
nombres
hay que soñar hacia atrás, hacia la fuente, hay que remar siglos arriba,
más allá de la infancia, más allá del comienzo, más allá de las aguas del
bautismo,
echar abajo las paredes entre el hombre y el hombre, juntar de nuevo lo que
fue separado,
vida y muerte no son mundos contrarios, somos un solo tallo con dos flores
gemelas,
hay que desenterrar la palabra perdida, soñar hacia dentro y también hacia
afuera,
descifrar el tatuaje de la noche y mirar cara a cara al mediodía y arrancarle
su máscara,
bañarse en luz solar y comer los frutos nocturnos, deletrear la escritura del
astro y la del río,
recordar lo que dicen la sangre y la marea, la tierra y el cuerpo, volver al
punto de partida,
ni adentro ni afuera, ni arriba ni abajo, al cruce de caminos, adonde
empiezan los caminos,
porque la luz canta con un rumor de agua, con un rumor de follaje canta el
agua
y el alba está cargada de frutos, el día y la noche reconciliados fluyen como
un río manso,
el día y la noche se acarician largamente como un hombre y una mujer
enamorados,
como un solo río interminable bajo arcos de siglos fluyen las estaciones y
los hombres,
hacia allá, al centro vivo del origen, más allá de fin y comienzo

México, 1955

PIEDRA DE SOL

[1957]

*La trezième revient . . . c'est encore la première;
et c'est toujours la seule—ou c'est le seul moment;
car es-tu reine, ô toi, la première ou dernière?
es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant?*

Gérard de Nerval, *Arthémis*

Piedra de sol

un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:

un caminar tranquilo
de estrella o primavera sin premura,
agua que con los párpados cerrados
mana toda la noche profecías,
unánime presencia en oleaje,
ola tras ola hasta cubrirlo todo,
verde soberanía sin ocaso
como el deslumbramiento de las alas
cuando se abren en mitad del cielo,

un caminar entre las espesuras
de los días futuros y el aciago
fulgor de la desdicha como un ave
petrificando el bosque con su canto
y las felicidades inminentes
entre las ramas que se desvanecen,
horas de luz que pican ya los pájaros,
presagios que se escapan de la mano,

una presencia como un canto súbito,
como el viento cantando en el incendio,
una mirada que sostiene en vilo
al mundo con sus mares y sus montes,
cuerpo de luz filtrada por un ágata,
piernas de luz, vientre de luz, bahías,
roca solar, cuerpo color de nube,
color de día rápido que salta,
la hora centellea y tiene cuerpo,
el mundo ya es visible por tu cuerpo,

es transparente por tu transparencia,

voy entre galerías de sonidos,
fluyo entre las presencias resonantes,
voy por las transparencias como un ciego,
un reflejo me borra, nazco en otro,
oh bosque de pilares encantados,
bajo los arcos de la luz penetro
los corredores de un otoño diáfano,

voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,
mis miradas te cubren como yedra,
eres una ciudad que el mar asedia,
una muralla que la luz divide
en dos mitades de color durazno,
un paraje de sal, rocas y pájaros
bajo la ley del mediodía absorto,

vestida del color de mis deseos
como mi pensamiento vas desnuda,
voy por tus ojos como por el agua,
los tigres beben sueño en esos ojos,
el colibrí se quema en esas llamas,
voy por tu frente como por la luna,
como la nube por tu pensamiento,
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de maíz ondula y canta,
tu falda de cristal, tu falda de agua,
tus labios, tus cabellos, tus miradas,
toda la noche llueves, todo el día
abres mi pecho con tus dedos de agua,
cierras mis ojos con tu boca de agua,
sobre mis huesos llueves, en mi pecho
hunde raíces de agua un árbol líquido,

voy por tu talle como por un río,
voy por tu cuerpo como por un bosque,
como por un sendero en la montaña
que en un abismo brusco se termina,
voy por tus pensamientos afilados
y a la salida de tu blanca frente
mi sombra despeñada se destroza,
recojo mis fragmentos uno a uno
y prosigo sin cuerpo, busco a tientas,

corredores sin fin de la memoria,
puertas abiertas a un salón vacío
donde se pudren todos los veranos,
las joyas de la sed arden al fondo,
rostro desvanecido al recordarlo,
mano que se deshace si la toco,
cabelleras de arañas en tumulto
sobre sonrisas de hace muchos años,

a la salida de mi frente busco,
busco sin encontrar, busco un instante,
un rostro de relámpago y tormenta
corriendo entre los árboles nocturnos,
rostro de lluvia en un jardín a oscuras,
agua tenaz que fluye a mi costado,

busco sin encontrar, escribo a solas,
no hay nadie, cae el día, cae el año,
caigo con el instante, caigo a fondo,
invisible camino sobre espejos
que repiten mi imagen destrozada,
piso días, instantes caminados,
piso los pensamientos de mi sombra,
piso mi sombra en busca de un instante,

busco una fecha viva como un pájaro,
busco el sol de las cinco de la tarde
templado por los muros de tezontle:

la hora maduraba sus racimos
y al abrirse salían las muchachas
de su entraña rosada y se esparcían
por los patios de piedra del colegio,
alta como el otoño caminaba
envuelta por la luz bajo la arcada
y el espacio al ceñirla la vestía
de una piel más dorada y transparente,

tigre color de luz, pardo venado
por los alrededores de la noche,
entrevista muchacha reclinada
en los balcones verdes de la lluvia,
adolescente rostro innumerable,
he olvidado tu nombre, Melusina,
Laura, Isabel, Perséfone, María,
tienes todos los rostros y ninguno,
eres todas las horas y ninguna,
te pareces al árbol y a la nube,
eres todos los pájaros y un astro,
te pareces al filo de la espada
y a la copa de sangre del verdugo,
yedra que avanza, envuelve y desarraiga
al alma y la divide de sí misma,

escritura de fuego sobre el jade,
grieta en la roca, reina de serpientes,
columna de vapor, fuente en la peña,
circo lunar, peñasco de las águilas,
grano de anís, espina diminuta
y mortal que da penas inmortales,
pastora de los valles submarinos
y guardiana del valle de los muertos,
liana que cuelga del cantil del vértigo,

enredadera, planta venenosa,
flor de resurrección, uva de vida,

señora de la flauta y del relámpago,
terrazza del jazmín, sal en la herida,
ramo de rosas para el fusilado,
nieve en agosto, luna del patíbulo,
escritura del mar sobre el basalto,
escritura del viento en el desierto,
testamento del sol, granada, espiga,

rostro de llamas, rostro devorado,
adolescente rostro perseguido
años fantasmas, días circulares
que dan al mismo patio, al mismo muro,
arde el instante y son un solo rostro
los sucesivos rostros de la llama,
todos los nombres son un solo nombre,
todos los rostros son un solo rostro,
todos los siglos son un solo instante
y por todos los siglos de los siglos
cierra el paso al futuro un par de ojos,

no hay nada frente a mí, sólo un instante
rescatado esta noche, contra un sueño
de ayuntadas imágenes soñado,
duramente esculpido contra el sueño,
arrancado a la nada de esta noche,
a pulso levantado letra a letra,
mientras afuera el tiempo se desboca
y golpea las puertas de mi alma
el mundo con su horario carnicero,

sólo un instante mientras las ciudades,
los nombres, los sabores, lo vivido,
se desmoronan en mi frente ciega,
mientras la pesadumbre de la noche
mi pensamiento humilla y mi esqueleto,
y mi sangre camina más despacio
y mis dientes se aflojan y mis ojos

se nublan y los días y los años
sus horrores vacíos acumulan,

mientras el tiempo cierra su abanico
y no hay nada detrás de sus imágenes
el instante se abisma y sobrenada
rodeado de muerte, amenazado
por la noche y su lúgubre bostezo,
amenazado por la algarabía
de la muerte vivaz y enmascarada
el instante se abisma y se penetra,
como un puño se cierra, como un fruto
que madura hacia dentro de sí mismo
y a sí mismo se bebe y se derrama
el instante translúcido se cierra
y madura hacia dentro, echa raíces,
crece dentro de mí, me ocupa todo,
me expulsa su follaje delirante,
mis pensamientos sólo son sus pájaros,
su mercurio circula por mis venas,
árbol mental, frutos sabor de tiempo,

oh vida por vivir y ya vivida,
tiempo que vuelve en una marejada
y se retira sin volver el rostro,
lo que pasó no fue pero está siendo
y silenciosamente desemboca
en otro instante que se desvanece:

frente a la tarde de salitre y piedra
armada de navajas invisibles
una roja escritura indescifrable
escribes en mi piel y esas heridas
como un traje de llamas me recubren,

ardo sin consumirme, busco el agua
y en tus ojos no hay agua, son de piedra,
y tus pechos, tu vientre, tus caderas

son de piedra, tu boca sabe a polvo,
tu boca sabe a tiempo emponzoñado,
tu cuerpo sabe a pozo sin salida,
pasadizo de espejos que repiten
los ojos del sediento, pasado
que vuelve siempre al punto de partida,
y tú me llevas ciego de la mano
por esas galerías obstinadas
hacia el centro del círculo y te yergues
como un fulgor que se congela en hacha,
como luz que desuella, fascinante
como el cadalso para el condenado,
flexible como el látigo y esbelta
como un arma gemela de la luna,
y tus palabras afiladas cavan
mi pecho y me despueblan y vacían,
uno a uno me arrancas los recuerdos,
he olvidado mi nombre, mis amigos
gruñen entre los cerdos o se pudren
comidos por el sol en un barranco,

no hay nada en mí sino una larga herida,
una oquedad que ya nadie recorre,
presente sin ventanas, pensamiento
que vuelve, se repite, se refleja
y se pierde en su misma transparencia,
conciencia traspasada por un ojo
que se mira mirarse hasta anegarse
de claridad:

yo vi tu atroz escama,
Melusina, brillar verdosa al alba,
dormías enroscada entre las sábanas
y al despertar gritaste como un pájaro
y caíste sin fin, quebrada y blanca,
nada quedó de ti sino tu grito,
y al cabo de los siglos me descubro
con tos y mala vista, barajando

viejas fotos:

no hay nadie, no eres nadie,
un montón de ceniza y una escoba,
un cuchillo mellado y un plumero,
un pellejo colgado de unos huesos,
un racimo ya seco, un hoyo negro
y en el fondo del hoyo los dos ojos
de una niña ahogada hace mil años,

miradas enterradas en un pozo,
miradas que nos ven desde el principio,
mirada niña de la madre vieja
que ve en el hijo grande un padre joven,
mirada madre de la niña sola
que ve en el padre grande un hijo niño,
miradas que nos miran desde el fondo
de la vida y son trampas de la muerte
—¿o es al revés: caer en esos ojos
es volver a la vida verdadera?,

¡caer, volver, soñarme y que me sueñen
otros ojos futuros, otra vida,
otras nubes, morirme de otra muerte!
—esta noche me basta, y este instante
que no acaba de abrirse y revelarme
dónde estuve, quién fui, cómo te llamas,
cómo me llamo yo:

¿hacía planes
para el verano—y todos los veranos—
en Christopher Street, hace diez años,
con Filis que tenía dos hoyuelos
donde bebían luz los gorriones?,
¿por la Reforma Carmen me decía
«no pesa el aire, aquí siempre es octubre»,
o se lo dijo a otro que he perdido
o yo lo invento y nadie me lo ha dicho?,
¿caminé por la noche de Oaxaca,
inmensa y verdinegra como un árbol,

hablando solo como el viento loco
y al llegar a mi cuarto—siempre un cuarto—
no me reconocieron los espejos?,
¿desde el hotel Vernet vimos al alba
bailar con los castaños—«ya es muy tarde»
decías al peinarte y yo veía
manchas en la pared, sin decir nada?,
¿subimos juntos a la torre, vimos
caer la tarde desde el arrecife?,
¿comimos uvas en Bidart?, ¿compramos
gardenias en Perote?,
nombres, sitios,
calles y calles, rostros, plazas, calles,
estaciones, un parque, cuartos solos,
manchas en la pared, alguien se peina,
alguien canta a mi lado, alguien se viste,
cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos,

Madrid, 1937,
en la Plaza del Ángel las mujeres
cosían y cantaban con sus hijos,
después sonó la alarma y hubo gritos,
casas arrodilladas en el polvo,
torres hendidas, frentes escupidas
y el huracán de los motores, fijo:
los dos se desnudaron y se amaron
por defender nuestra porción eterna,
nuestra ración de tiempo y paraíso,
tocar nuestra raíz y recobrarnos,
recobrar nuestra herencia arrebatada
por ladrones de vida hace mil siglos,
los dos se desnudaron y besaron
porque las desnudeces enlazadas
saltan el tiempo y son invulnerables,
nada las toca, vuelven al principio,
no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres,
verdad de dos en sólo un cuerpo y alma,

oh ser total . . .

cuartos a la deriva
entre ciudades que se van a pique,
cuartos y calles, nombres como heridas,
el cuarto con ventanas a otros cuartos
con el mismo papel descolorido
donde un hombre en camisa lee el periódico
o plancha una mujer; el cuarto claro
que visitan las ramas del durazno;
el otro cuarto: afuera siempre llueve
y hay un patio y tres niños oxidados;
cuartos que son navíos que se mecen
en un golfo de luz; o submarinos:
el silencio se esparce en olas verdes,
todo lo que tocamos fosforece;
mausoleos del lujo, ya roídos
los retratos, raídos los tapetes;
trampas, celdas, cavernas encantadas,
pajareras y cuartos numerados,
todos se transfiguran, todos vuelan,
cada moldura es nube, cada puerta
da al mar, al campo, al aire, cada mesa
es un festín; cerrados como conchas
el tiempo inútilmente los asedia,
no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio,
abre la mano, coge esta riqueza,
corta los frutos, come de la vida,
tiéndete al pie del árbol, bebe el agua!,

todo se transfigura y es sagrado,
es el centro del mundo cada cuarto,
es la primera noche, el primer día,
el mundo nace cuando dos se besan,
gota de luz de entrañas transparentes
el cuarto como un fruto se entreabre
o estalla como un astro taciturno
y las leyes comidas de ratones,

las rejas de los bancos y las cárceles,
las rejas de papel, las alambradas,
los timbres y las púas y los pinchos,
el sermón monocorde de las armas,
el escorpión meloso y con bonete,
el tigre con chistera, presidente
del Club Vegetariano y la Cruz Roja,
el burro pedagogo, el cocodrilo
metido a redentor, padre de pueblos,
el Jefe, el tiburón, el arquitecto
del porvenir, el cerdo uniformado,
el hijo predilecto de la Iglesia
que se lava la negra dentadura
con el agua bendita y toma clases
de inglés y democracia, las paredes
invisibles, las máscaras podridas
que dividen al hombre de los hombres,
al hombre de sí mismo,

se derrumban
por un instante inmenso y vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos;

amar es combatir, si dos se besan
el mundo cambia, encarnan los deseos,
el pensamiento encarna, brotan alas
en las espaldas del esclavo, el mundo
es real y tangible, el vino es vino,
el pan vuelve a saber, el agua es agua,
amar es combatir, es abrir puertas,
dejar de ser fantasma con un número
a perpetua cadena condenado
por un amo sin rostro;

el mundo cambia
si dos se miran y se reconocen,

amar es desnudarse de los nombres:
«déjame ser tu puta», son palabras
de Eloísa, mas él cedió a las leyes,
la tomó por esposa y como premio
lo castraron después;
mejor el crimen,
los amantes suicidas, el incesto
de los hermanos como dos espejos
enamorado de su semejanza,
mejor comer el pan envenenado,
el adulterio en lechos de ceniza,
los amores feroces, el delirio,
su yedra ponzoñosa, el sodomita
que lleva por clavel en la solapa
un gargajo, mejor ser lapidado
en las plazas que dar vuelta a la noria
que exprime la substancia de la vida,
cambia la eternidad en horas huecas,
los minutos en cárceles, el tiempo
en monedas de cobre y mierda abstracta;

mejor la castidad, flor invisible
que se mece en los tallos del silencio,
el difícil diamante de los santos
que filtra los deseos, sacia al tiempo,
nupcias de la quietud y el movimiento,
canta la soledad en su corola,
pétalo de cristal es cada hora,
el mundo se despoja de sus máscaras
y en su centro, vibrante transparencia,
lo que llamamos Dios, el ser sin nombre,
se contempla en la nada, el ser sin rostro
emerge de sí mismo, sol de soles,
plenitud de presencias y de nombres;

sigo mi desvarío, cuartos, calles,
camino a tientas por los corredores

del tiempo y subo y bajo sus peldaños
y sus paredes palpo y no me muevo,
vuelvo a donde empecé, busco tu rostro,
camino por las calles de mí mismo
bajo un sol sin edad, y tú a mi lado
caminas como un árbol, como un río
caminas y me hablas como un río,
creces como una espiga entre mis manos,
lates como una ardilla entre mis manos,
vuelas como mil pájaros, tu risa
me ha cubierto de espumas, tu cabeza
es un astro pequeño entre mis manos,
el mundo reverdece si sonríes
comiendo una naranja,

el mundo cambia

si dos, vertiginosos y enlazados,
caen sobre la yerba: el cielo baja,
los árboles ascienden, el espacio
sólo es luz y silencio, sólo espacio
abierto para el águila del ojo,
pasa la blanca tribu de las nubes,
rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma,
perdemos nuestros nombres y flotamos
a la deriva entre el azul y el verde,
tiempo total donde no pasa nada
sino su propio transcurrir dichoso,
no pasa nada, callas, parpadeas
(silencio: cruzó un ángel este instante
grande como la vida de cien soles),
¿no pasa nada, sólo un parpadeo?
—y el festín, el destierro, el primer crimen,
la quijada del asno, el ruido opaco
y la mirada incrédula del muerto
al caer en el llano ceniciento,
Agamenón y su mugido inmenso
y el repetido grito de Casandra
más fuerte que los gritos de las olas,

Sócrates en cadenas (el sol nace,
morir es despertar: «Critón, un gallo
a Esculapio, ya sano de la vida»),
el chacal que diserta entre las ruinas
de Nínive, la sombra que vio Bruto
antes de la batalla, Moctezuma
en el lecho de espinas de su insomnio,
el viaje en la carreta hacia la muerte
—el viaje interminable mas contado
por Robespierre minuto tras minuto,
la mandíbula rota entre las manos—,
Churruca en su barrica como un trono
escarlata, los pasos ya contados
de Lincoln al salir hacia el teatro,
el estertor de Trotski y sus quejidos
de jabalí, Madero y su mirada
que nadie contestó: ¿por qué me matan?,
los carajos, los ayes, los silencios
del criminal, el santo, el pobre diablo,
cementorios de frases y de anécdotas
que los perros retóricos escarban,
el animal que muere y que lo sabe,
saber común, inútil, ruido obscuro
de la piedra que cae, el son monótono
de huesos machacados en la riña
y la boca de espuma del profeta
y su grito y el grito del verdugo
y el grito de la víctima . . .

son llamas

los ojos y son llamas lo que miran,
llama la oreja y el sonido llama,
brasa los labios y tizón la lengua,
el tacto y lo que toca, el pensamiento
y lo pensado, llama el que lo piensa,
todo se quema, el universo es llama,
arde la misma nada que no es nada
sino un pensar en llamas, al fin humo:

no hay verdugo ni víctima . . .
 ¿y el grito
 en la tarde del viernes?, y el silencio
 que se cubre de signos, el silencio
 que dice sin decir, ¿no dice nada?,
 ¿no son nada los gritos de los hombres?,
 ¿no pasa nada cuando pasa el tiempo?

en la tarde del viernes?, y el silencio
que se cubre de signos, el silencio
que dice sin decir, ¿no dice nada?,
¿no son nada los gritos de los hombres?,
¿no pasa nada cuando pasa el tiempo?

—no pasa nada, sólo un parpadeo
del sol, un movimiento apenas, nada,
no hay redención, no vuelve atrás el tiempo,
los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre,
un rey fantasma rige tus latidos
y tu gesto final, tu dura máscara
labra sobre tu rostro cambiante:
el monumento somos de una vida
ajena y no vivida, apenas nuestra,

—¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?,
¿cuándo somos de veras lo que somos?,
bien mirado no somos, nunca somos
a solas sino vértigo y vacío,
muecas en el espejo, horror y vómito,
nunca la vida es nuestra, es de los otros,
la vida no es de nadie, todos somos
la vida—pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos—,
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro,

salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,
que nos inventa un rostro y lo desgasta,
hambre de ser, oh muerte, pan de todos,

Eloísa, Perséfone, María,
muestra tu rostro al fin para que vea
mi cara verdadera, la del otro,
mi cara de nosotros siempre todos,
cara de árbol y de panadero,
de chofer y de nube y de marino,
cara de sol y arroyo y Pedro y Pablo,
cara de solitario colectivo,
despiértame, ya nazco:

vida y muerte

pactan en ti, señora de la noche,
torre de claridad, reina del alba,
virgen lunar, madre del agua madre,
cuerpo del mundo, casa de la muerte,
caigo sin fin desde mi nacimiento,
caigo en mí mismo sin tocar mi fondo,
recógeme en tus ojos, junta el polvo
disperso y reconcilia mis cenizas,
ata mis huesos divididos, sopla
sobre mi ser, entiérrame en tu tierra,
tu silencio dé paz al pensamiento
contra sí mismo airado;

abre la mano,

señora de semillas que son días,
el día es inmortal, asciende, crece,
acaba de nacer y nunca acaba,
cada día es nacer, un nacimiento

es cada amanecer y yo amanezco,
amanecemos todos, amanece
el sol cara de sol, Juan amanece
con su cara de Juan cara de todos,
puerta del ser, despiértame, amanece,
déjame ver el rostro de este día,
déjame ver el rostro de esta noche,
todo se comunica y transfigura,
arco de sangre, puente de latidos,
llévame al otro lado de esta noche,
adonde yo soy tú somos nosotros,
al reino de pronombres enlazados,

puerta del ser: abre tu ser, despierta,
aprende a ser también, labra tu cara,
trabaja tus facciones, ten un rostro
para mirar mi rostro y que te mire,
para mirar la vida hasta la muerte,
rostro de mar, de pan, de roca y fuente,
manantial que disuelve nuestros rostros
en el rostro sin nombre, el ser sin rostro,
indecible presencia de presencias . . .

quiero seguir, ir más allá, y no puedo:
se despeñó el instante en otro y otro,
dormí sueños de piedra que no sueña
y al cabo de los años como piedras
oí cantar mi sangre encarcelada,
con un rumor de luz el mar cantaba,
una a una cedían las murallas,
todas las puertas se desmoronaban
y el sol entraba a saco por mi frente,
despegaba mis párpados cerrados,
desprendía mi ser de su envoltura,
me arrancaba de mí, me separaba
de mi bruto dormir siglos de piedra
y su magia de espejos revivía

un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:

México, 1957

**DE
SALAMANDRA**

[1958–1961]

Madrugada

Rápidas manos frías
retiran una a una
las vendas de la sombra
Abro los ojos
todavía
estoy vivo
en el centro
de una herida todavía fresca

Aquí

Mis pasos en esta calle
resuenan

 en otra calle
donde

 oigo mis pasos
pasar en esta calle
donde

Sólo es real la niebla

Disparo

A Lasse Söderberg

Salta la palabra
adelante del pensamiento
adelante del sonido
la palabra salta como un caballo
adelante del viento
como un novillo de azufre
adelante de la noche
se pierde por las calles de mi cráneo
en todas partes las huellas de la fiera
en la cara del árbol el tatuaje escarlata
en la frente del torreón el tatuaje de hielo
en el sexo de la iglesia el tatuaje eléctrico
sus uñas en tu cuello
sus patas en tu vientre
la señal violeta
el tornasol que gira hasta el blanco
hasta el grito hasta el basta
el girasol que gira como un ay desollado
la firma del sin nombre a lo largo de tu piel
en todas partes el grito que ciega
la oleada negra que cubre el pensamiento
la campana furiosa que tañe en mi frente
la campana de sangre en mi pecho
la imagen que ríe en lo alto de la torre
la palabra que revienta las palabras
la imagen que incendia todos los puentes
la desaparecida en mitad del abrazo
la vagabunda que asesina a los niños
la idiota la mentirosa la incestuosa
la corza perseguida
la mendiga profética
la muchacha que en mitad de la vida
me despierta y me dice *acuérdate*

Peatón

Iba entre el gentío
por el bulevar Sebastó,
pensando en sus cosas.
El rojo lo detuvo.
Miró hacia arriba:
sobre
las grises azoteas, plateado
entre los pardos pájaros,
un pescado volaba.
Cambió el semáforo hacia el verde.
Se preguntó al cruzar la calle
en qué estaba pensando.

Pausa

A la memoria de Pierre Reverdy

Llegan
unos cuantos pájaros
y una idea negra.

Rumor de árboles,
rumor de trenes y motores,
¿va o viene este instante?

El silencio del sol
traspasa risas y gemidos,
hunde su pica
hasta el grito de piedra de las piedras.

Sol-corazón, piedra que late,
piedra de sangre que se vuelve fruto:
las heridas se abren y no duelen,
mi vida fluye parecida a la vida.

Certeza

Si es real la luz blanca
de esta lámpara, real
la mano que escribe, ¿son reales
los ojos que miran lo escrito?

De una palabra a la otra
lo que digo se desvanece.
Yo sé que estoy vivo
entre dos paréntesis.

Paisaje

Peña y precipicio,
más tiempo que piedra,
materia sin tiempo.

Por sus cicatrices
sin moverse cae
perpetua agua virgen.

Reposa lo inmenso
piedra sobre piedra,
piedras sobre aire.

Se despliega el mundo
tal cual es, inmóvil
sol en el abismo.

Balanza del vértigo:
las rocas no pesan
más que nuestras sombras.

Identidad

En el patio un pájaro pía,
como el centavo en su alcancía.

Un poco de aire su plumaje
se desvanece en un viraje.

Tal vez no hay pájaro ni soy
ese del patio en donde estoy.

Andando por la luz

Adelantas la pierna
izquierda el día
se detiene sonríe
y se echa a andar ligero
bajo el sol detenido

Adelantas la pierna
derecha el sol
camina más ligero
a lo largo del día
varado entre los árboles

Caminas altos senos
andan los árboles
te sigue el sol el día
sale a tu encuentro el cielo
inventa nubes súbitas

El mismo tiempo

No es el viento
no son los pasos sonámbulos del río
entre las casas petrificadas y los árboles
a lo largo de la noche rojiza
no es la sombra subiendo las escaleras
Todo está quieto
reposa el mundo natural
Es la ciudad en torno de su sombra
buscando siempre buscándose
perdida en su propia inmensidad
sin alcanzarse nunca
ni poder salir de sí misma
Cierro los ojos y veo pasar los autos
se encienden y apagan y encienden
se apagan
no sé adónde van
Todos vamos a morir
¿sabemos algo más?

En una banca un viejo habla solo
¿Con quién hablamos al hablar a solas?
Olvidó su pasado
no tocará el futuro
No sabe quién es
está vivo en mitad de la noche
habla para oírse
Junto a la verja se abraza una pareja
ella ríe y pregunta algo
su pregunta sube y se abre en lo alto
A esta hora el cielo no tiene una sola arruga
caen tres hojas de un árbol
alguien silba en la esquina
en la casa de enfrente se enciende una ventana
¡Qué extraño es saberse vivo!
Caminar entre la gente
con el secreto a voces de estar vivo

Madrugadas sin nadie en el Zócalo
sólo nuestro delirio

y los tranvías
Tacuba Tacubaya Xochimilco San Ángel Coyoacán
en la plaza más grande que la noche
encendidos

listos para llevarnos
en la vastedad de la hora
al fin del mundo

Rayas negras
las pértigas enhiestas de los troles
contra el cielo de piedra
y su moña de chispas su lengüeta de fuego
brasa que perfora la noche

pájaro
volando silbando volando
entre la sombra enmarañada de los fresnos
desde San Pedro hasta Mixcoac en doble fila
Bóveda verdinegra

masa de húmedo silencio
sobre nuestras cabezas en llamas
mientras hablábamos a gritos
en los tranvías rezagados
atravesando los suburbios
con un fragor de torres desgajadas

Si estoy vivo camino todavía
por esas mismas calles empedradas
charcos lodos de junio a septiembre
zaguanes tapias altas huertas dormidas
en vela sólo

blanco morado blanco
el olor de las flores
impalpables racimos

En la tiniebla
un farol casi vivo
contra la pared yerta
Un perro ladra

preguntas a la noche
 No es nadie
 el viento ha entrado en la arboleda
 Nubes nubes gestación y ruina y más nubes
 templos caídos nuevas dinastías
 escollos y desastres en el cielo
 Mar de arriba
 nubes del altiplano ¿dónde está el otro mar?

Maestras de los ojos
nubes
arquitectos de silencio
Y de pronto sin más porque sí
llegaba la palabra
alabastro
esbelta transparencia no llamada
Dijiste
haré música con ella
castillos de sílabas
No hiciste nada

Alabastro
sin flor ni aroma
tallo sin sangre ni savia
blancura cortada
garganta sólo garganta
canto sin pies ni cabeza

Hoy estoy vivo y sin nostalgia
la noche fluye
la ciudad fluye
yo escribo sobre la página que fluye
transcurre con las palabras que transcurren
Conmigo no empezó el mundo
no ha de acabar conmigo
Soy
un latido en el río de latidos
Hace veinte años me dijo Vasconcelos
«Dedíquese a la filosofía

Vida no da
 defiende de la muerte»
Y Ortega y Gasset
 en un bar sobre el Ródano
«Aprenda el alemán
y póngase a pensar
 olvide lo demás»

Yo no escribo para matar al tiempo
ni para revivirlo
escribo para que me viva y reviva
Hoy en la tarde desde un puente
vi al sol entrar en las aguas del río
Todo estaba en llamas
ardían las estatuas las casas los pórticos
En los jardines racimos femeninos
lingotes de luz líquida
frescura de vasijas solares
Un follaje de chispas la alameda
el agua horizontal inmóvil
bajo los cielos y los mundos incendiados
Cada gota de agua
 un ojo fijo
el peso de la enorme hermosura
sobre cada pupila abierta
Realidad suspendida
 en el tallo del tiempo
la belleza no pesa
 Reflejo sosegado
tiempo y belleza son lo mismo
 luz y agua
Mirada que sostiene a la hermosura
tiempo que se embelesa en la mirada
mundo sin peso
 si el hombre pesa
¿no basta la hermosura?
 No sé nada
Sé lo que sobra
 no lo que basta

La ignorancia es ardua como la belleza
un día sabré menos y abriré los ojos
Tal vez no pasa el tiempo
pasan imágenes de tiempo
si no vuelven las horas vuelven las presencias
En esta vida hay otra vida
la higuera aquella volverá esta noche
esta noche regresan otras noches

Mientras escribo oigo pasar el río
no éste
 aquel que es éste
Vaivén de momentos y visiones
el mirlo está sobre la piedra gris
en un claro de marzo
 negro
centro de claridades
No lo maravilloso presentido
 lo presente sentido
la presencia sin más
 nada más pleno colmado

No es la memoria
 nada pensado ni querido
No son las mismas horas
 otras
son otras siempre y son la misma
entran y nos expulsan de nosotros
con nuestros ojos ven lo que no ven los ojos
Dentro del tiempo hay otro tiempo
quieto
 sin horas ni peso ni sombra
sin pasado o futuro
 sólo vivo
como el viejo del banco
unimismado idéntico perpetuo
Nunca lo vemos
 Es la transparencia

Cosante

Con la lengua cortada
y los ojos abiertos
el ruiseñor en la muralla

Ojos de pena acumulada
y plumaje de sangre
el ruiseñor en la muralla

Plumas de sangre y breve llamarada
agua recién nacida en la garganta
el ruiseñor en la muralla

Agua que corre enamorada
agua con alas
el ruiseñor en la muralla

Entre las piedras negras la voz blanca
del agua enamorada
el ruiseñor en la muralla

Con la lengua cortada canta
sangre sobre la piedra
el ruiseñor en la muralla

Movimiento

Si tú eres la yegua de ámbar
yo soy el camino de sangre
Si tú eres la primer nevada
yo soy el que enciende el brasero del alba
Si tú eres la torre de la noche
yo soy el clavo ardiendo en tu frente
Si tú eres la marea matutina
yo soy el grito del primer pájaro
Si tú eres la cesta de naranjas
yo soy el cuchillo de sol
Si tú eres el altar de piedra
yo soy la mano sacrílega
Si tú eres la tierra acostada
yo soy la caña verde
Si tú eres el salto del viento
yo soy el fuego enterrado
Si tú eres la boca del agua
yo soy la boca del musgo
Si tú eres el bosque de las nubes
yo soy el hacha que las parte
Si tú eres la ciudad profanada
yo soy la lluvia de consagración
Si tú eres la montaña amarilla
yo soy los brazos rojos del liquen
Si tú eres el sol que se levanta
yo soy el camino de sangre

Duración

Trueno y viento: duración

I Ching

I

Negro el cielo

Amarilla la tierra

El gallo desgarrar la noche

El agua se levanta y pregunta la hora

El viento se levanta y pregunta por ti

Pasa un caballo blanco

II

Como el bosque en su lecho de hojas

tú duermes en tu lecho de lluvia

tú cantas en tu lecho de viento

tú besas en tu lecho de chispas

III

Olor vehemencia numerosa

cuerpo de muchas manos

Sobre un tallo invisible

una sola blancura

IV

Habla escucha respóndeme

lo que dice el trueno

lo comprende el bosque

V

Entro por tus ojos
sales por mi boca
Duermes en mi sangre
despierto en tu frente

VI

Te hablaré un lenguaje de piedra
(respondes con un monosílabo verde)
Te hablaré un lenguaje de nieve
(respondes con un abanico de abejas)
Te hablaré un lenguaje de agua
(respondes con una canoa de relámpagos)
Te hablaré un lenguaje de sangre
(respondes con una torre de pájaros)

Palpar

Mis manos
abren las cortinas de tu ser
te visten con otra desnudez
descubren los cuerpos de tu cuerpo
Mis manos
inventan otro cuerpo a tu cuerpo

Complementarios

En mi cuerpo tú buscas al monte,
a su sol enterrado en el bosque.
En tu cuerpo yo busco la barca
en mitad de la noche perdida.

Rotación

Alta columna de latidos
sobre el eje inmóvil del tiempo
el sol te viste y te desnuda
El día se desprende de tu cuerpo
y se pierde en tu noche

La noche se desprende de tu día
y se pierde en tu cuerpo
Nunca eres la misma
acabas siempre de llegar
estás aquí desde el principio

El puente

Entre ahora y ahora,
entre yo soy y tú eres,
la palabra *puente*.

Entras en ti misma
al entrar en ella:
como un anillo
el mundo se cierra.

De una orilla a la otra
siempre se tiende un cuerpo,
un arco iris.

Yo dormiré bajo sus arcos.

Interior

Pensamientos en guerra
quieren romper mi frente

Por caminos de pájaros
avanza la escritura

La mano piensa en voz alta
una palabra llama a otra

En la hoja en que escribo
van y vienen los seres que veo

El libro y el cuaderno
repliegan las alas y reposan

Ya encendieron las lámparas
la hora se abre y cierra como un lecho

Con medias rojas y cara pálida
entran tú y la noche

A través

Doblo la página del día,
escribo lo que me dicta
el movimiento de tus pestañas.

*

Entro en ti,
veracidad de la tiniebla.
Quiero las evidencias de lo oscuro,
beber el vino negro:
toma mis ojos y revientalos.

*

Una gota de noche
sobre la punta de tus senos:
enigmas del clavel.

*

Al cerrar los ojos
los abro dentro de tus ojos.

*

En su lecho granate
siempre está despierta
y húmeda tu lengua.

*

Hay fuentes
en el jardín de tus arterias.

*

Con una máscara de sangre

atravieso tu pensamiento en blanco:
desmemoria me guía
hacia el reverso de la vida.

Pares y nones

Una palabra de poco peso
para saludar al día
una palabra de vuelo a vela
¡Ah!

*

Grandes ojeras
en tu cara todavía es de noche

*

Invisible collar de miradas
a tu garganta encadenadas

*

Mientras los periódicos
se deshojan
tú te cubres de pájaros

*

Estamos como el agua en el agua
como el agua que guarda el secreto

*

Una mirada te enlaza
otra te desenlaza
La transparencia te desvanece

*

Tus dos pechos entre mis manos
agua otra vez despeñada

*

De un balcón
 (El abanico)
a otro balcón
 (se abre)
salta el sol
 (y se cierra)

Alba última

Tus cabellos se pierden en el bosque,
tus pies tocan los míos.
Dormida eres más grande que la noche
pero tu sueño cabe en este cuarto.
¡Cuánto somos qué poco somos!
Afuera pasa un taxi
con su carga de espectros.
El río que se va
siempre
está de regreso.
¿Mañana será otro día?

Salamandra

Salamandra
 (negra
armadura viste el fuego)
calorífero de combustión lenta
entre las fauces de la chimenea
—o mármol o ladrillo—
 tortuga estática
o agazapado guerrero japonés
y una u otro
 —el martirio es reposo—
impasible en la tortura

Salamandra

nombre antiguo del fuego
y antídoto antiguo contra el fuego
y desollada planta sobre brasas
amianto amante amianto

Salamandra
 en la ciudad abstracta
entre las geometrías vertiginosas
—vidrio cemento piedra hierro—
formidables quimeras
levantadas por el cálculo
multiplicadas por el lucro
al flanco del muro anónimo
amapola súbita

Salamandra

garra amarilla
 roja escritura
en la pared de sal
 garra de sol
sobre el montón de huesos

Salamandra
 estrella caída
en el sínfin del ópalo sangriento
sepultada
bajo los párpados del sílex
niña perdida
en el túnel del ónix
en los círculos del basalto
enterrada semilla
 grano de energía
dormida en la medula del granito

Salamandra
 niña dinamitera
en el pecho azul y negro del hierro
estallas como un sol
te abres como una herida
hablas como una fuente

Salamandra
 espiga
hija del fuego
espíritu del fuego
condensación de la sangre
sublimación de la sangre
evaporación de la sangre

Salamandra de aire
la roca es llama
 la llama es humo
vapor rojo
 recta plegaria
alta palabra de alabanza
exclamación
 corona de incendio
en la testa del himno
reina escarlata
(y muchacha de medias moradas)

corriendo despeinada por el bosque)

Salamandra

 animal taciturno
negro paño de lágrimas de azufre
(Un húmedo verano
entre las baldosas desunidas
de un patio petrificado por la luna
oí vibrar tu cola cilíndrica)

Salamandra caucásica

en la espalda cenicienta de la peña
aparece y desaparece
breve y negra lengüeta
moteada de azafrán

Salamandra

bicho negro y brillante
escalofrío del musgo
devorador de insectos
heraldo diminuto del chubasco
y familiar de la centella
(Fecundación interna
reproducción ovípara
las crías viven en el agua
ya adultas nadan con torpeza)

Salamandra

Puente colgante entre las eras
puente de sangre fría
eje del movimiento
(Los cambios de la alpina
la especie más esbelta
se cumplen en el claustro de la madre
Entre los huevecillos se logran dos apenas
y hasta el alumbramiento
medran los embriones en un caldo nutricio

la masa fraternal de huevos abortados)
La salamandra española
montañesa negra y roja

No late el sol clavado en la mitad del cielo
no respira
no comienza la vida sin la sangre
sin la brasa del sacrificio
no se mueve la rueda de los días
Xólotl se niega a consumirse
se escondió en el maíz pero lo hallaron
se escondió en el maguey pero lo hallaron
cayó en el agua y fue el pez axólotl
el dos-seres

y «luego lo mataron»

Comenzó el movimiento anduvo el mundo
la procesión de fechas y de nombres
Xólotl el perro guía del infierno
el que desenterró los huesos de los padres
el que coció los huesos en la olla
el que encendió la lumbre de los años
el hacedor de hombres
Xólotl el penitente
el ojo reventado que llora por nosotros
Xólotl la larva de la mariposa
el doble de la Estrella
el caracol marino
la otra cara del Señor de la Aurora
Xólotl el ajolote

Salamandra

dardo solar
lámpara de la luna
columna del mediodía
nombre de mujer
balanza de la noche

(El infinito peso de la luz
un adarme de sombra en tus pestañas)

Salamandra
 llama negra
heliotropo
 sol tú misma
y luna siempre en torno de ti misma
granada que se abre cada noche
astro fijo en la frente del cielo
y latido del mar y luz ya quieta
mente sobre el vaivén del mar abierta

Salamandria
saurio de unos ocho centímetros
vive en las grietas y es color de polvo

Salamandra de tierra y de agua
piedra verde en la boca de los muertos
piedra de encarnación
piedra de lumbre
sudor de la tierra
sal llameante y quemante
sal de la destrucción
y máscara de cal que consume los rostros

Salamandra de aire y de fuego
avispero de soles
roja palabra del principio

La salamandra es un lagarto
su lengua termina en un dardo
su cola termina en un dardo
Es inasible Es indecible
reposa sobre brasas
reina sobre tizones
Si en la llama se esculpe
su monumento incendia

El fuego es su pasión es su *paciencia*

Salamadre Aguamadre

**DE
LADERA ESTE**

[1962–1968]

El Balcón

Quieta
en mitad de la noche
no a la deriva de los siglos
no tendida
 clavada
como idea fija
en el centro de la incandescencia
Delhi
 Dos sílabas altas
rodeadas de arena e insomnio
En voz baja las digo

 Nada se mueve
pero la hora crece
 se dilata
Es el verano
marejada que se derrama
Oigo la vibración del cielo bajo
sobre los llanos en letargo
Masas enormes cóncavas obscenas
nubes llenas de insectos
aplastan
 indecisos bultos enanos
(Mañana tendrán nombre
erguidos serán casas
mañana serán árboles)

Nada se mueve
La hora es más grande
 yo más solo
clavado
 en el centro del torbellino
Si extendiendo la mano
un cuerpo fofo el aire

un ser promiscuo sin cara
Acodado al balcón
veo

*(No te apoyes,
si estás solo, contra la balaustrada,
dice el poeta chino)*

No es la altura ni la noche y su luna
no son los infinitos a la vista
es la memoria y sus vértigos
Esto que veo

esto que gira
son las acechanzas las trampas
detrás no hay nada
son las fechas y sus remolinos
(Trono de hueso
trono del mediodía

aquella isla
En su cantil leonado
por un instante vi la vida verdadera
Tenía la cara de la muerte
eran el mismo rostro
disuelto
en el mismo mar centelleante)

Lo que viviste hoy te desvive
no estás allá

aquí
estoy aquí
en mi comienzo

No me reniego
me sustento

Acodado al balcón
veo

nubarrones y un pedazo de luna
lo que está aquí visible
casas gente
lo real presente

vencido por la hora
lo que está aquí
invisible
mi horizonte
Si es un comienzo este comienzo
no principia conmigo
con él comienzo
en él me perpetúo

Acodado al balcón
veo
esta lejanía tan próxima
No sé cómo nombrarla
aunque la toco con el pensamiento
La noche que se va a pique
la ciudad como un monte caído
blancas luces azules amarillas
faros súbitos paredes de infamia
y los racimos terribles
las piñas de hombres y bestias por el suelo
y la maraña de sus sueños enlazados

Vieja Delhi fétida Delhi
callejas y plazuelas y mezquitas
como un cuerpo acuchillado
como un jardín enterrado
Desde hace siglos llueve polvo
tu manto son las tolvaneras
tu almohada un ladrillo roto
En una hoja de higuera
comes las sobras de tus dioses
tus templos son burdeles de incurables
estás cubierta de hormigas
corral desamparado
mausoleo desmoronado
estás desnuda
como un cadáver profanado

te arrancaron joyas y mortaja
Estabas cubierta de poemas
todo tu cuerpo era escritura
acuérdate
 recobra la palabra
eres hermosa
 sabes hablar cantar bailar

Delhi
 dos torres
plantadas en el llano
 dos sílabas altas
Yo las digo en voz baja
acodado al balcón
 clavado
no en el suelo
 en su vértigo
en el centro de la incandescencia
Estuve allá
 no sé adónde
Estoy aquí
 no sé es dónde
No la tierra
 el tiempo
en sus manos vacías me sostiene
Noche y luna
 movimientos de nubes
temblor de árboles
 estupor del espacio
infinito y violencia en el aire
polvo iracundo que despierta
encienden luces en el puerto aéreo
rumor de cantos por el Fuerte Rojo
Lejanías
 pasos de un peregrino son errante
sobre este frágil puente de palabras
La hora me levanta
hambre de encarnación padece el tiempo
Más allá de mí mismo

en algún lado aguardo mi llegada

El mausoleo de Humayún

Al debate de las avispas
la dialéctica de los monos
gorjeos de las estadísticas
opone
 (alta llama rosa
hecha de piedra y aire y pájaros
tiempo en reposo sobre el agua)

la arquitectura del silencio

En los jardines de los Lodi

A Claude Esteban

En el azul unánime
los domos de los mausoleos
—negros, reconcentrados, pensativos—
emitieron de pronto
pájaros

El día en Udaipur

Blanco el palacio,
blanco en el lago negro.

Lingam y yoni.

Como la diosa al dios
tú me rodeas, noche.

Fresca terraza.
Eres inmensa, inmensa
a la medida.

Estrellas inhumanas.
Pero la hora es nuestra.

Caigo y me elevo,
ardo y me anego. ¿Sólo
tienes un cuerpo?

Pájaros sobre el agua,
alba sobre los párpados.

Ensimismados,
altos como la muerte,
brotan los mármoles.

Encallan los palacios,
blancura a la deriva.

Mujeres, niños
por los caminos: frutas
desparramadas.

¿Harapos o relámpagos?
Procesión en el llano.

Sonora y fresca
por brazos y tobillos
canta la plata.

Con un traje alquilado
el niño va a su boda.

La ropa limpia
tendida entre las piedras.
Mírala y calla.

En el islote chillan
monos de culo rojo.

Cuelga del muro,
oscuro sol en celo,
un avispero.

También mi frente es sol
de pensamientos negros.

Moscas y sangre.
En el patio de Kali
trisca un cabrito.

Del mismo plato comen
dioses, hombres y bestias.

Sobre el dios pálido
la diosa negra baila,
decapitada.

Calor, hora rajada,
y esos mangos podridos . . .

Tu frente, el lago:
lisos, sin pensamientos.
Salta una trucha.

Luces sobre las aguas:
ánimas navegantes.

Ondulaciones:
ocre el llano—y la grieta . . .
Tu ropa al lado.

Sobre tu cuerpo en sombra
estoy como una lámpara.

Viva balanza:
los cuerpos enlazados

sobre el vacío.

El cielo nos aplasta,
el agua nos sostiene.

Abro los ojos:
nacieron muchos árboles
hoy por la noche.

Esto que he visto y digo,
el sol, blanco, lo borra.

El otro

Se inventó una cara.

Detrás de ella
vivió, murió y resucitó
muchas veces.

Su cara
hoy tiene las arrugas de esa cara.
Sus arrugas no tienen cara.

Epitafio de una vieja

La enterraron en la tumba familiar
y en las profundidades
tembló el polvo del que fue su marido.

Felicidad en Herat

A Carlos Pellicer

Vine aquí
como escribo estas líneas,
sin idea fija:
una mezquita azul y verde,
seis minaretes trancos,
dos o tres tumbas,
memorias de un poeta santo,
los nombres de Timur y su linaje.

Encontré al viento de los cien días.
Todas las noches las cubrió de arena,
acosó mi frente, me quemó los párpados.
La madrugada:

dispersión de pájaros
y ese rumor de agua entre piedras
que son los pasos campesinos.
(Pero el agua sabía a polvo.)
Murmullos en el llano,
apariciones
desapariciones,
ocres torbellinos
insubstanciales como mis pensamientos.
Vueltas y vueltas
en un cuarto de hotel o en las colinas:
la tierra un cementerio de camellos
y en mis cavilaciones siempre
los mismos rostros que se desmoronan.
¿El viento, el señor de las ruinas,
es mi único maestro?
Erosiones:
el menos crece más y más.

En la tumba del santo,
hondo en el árbol seco,

clavé un clavo,
no,
como los otros, contra el mal de ojo:
contra mí mismo.

(Algo dije:
palabras que se lleva el viento.)

Una tarde pactaron las alturas.
Sin cambiar de lugar
caminaron los chopos.

Sol en los azulejos,
súbitas primaveras.

En el Jardín de las Señoras
subí a la cúpula turquesa.
Minaretes tatuados de signos:
la escritura cúfica, más allá de la letra,
se volvió transparente.
No tuve la visión sin imágenes,
no vi girar las formas hasta desvanecerse
en claridad inmóvil,
el ser ya sin substancia del sufí.
No bebí plenitud en el vacío
ni vi las treinta y dos señales
del bodisatva cuerpo de diamante.
Vi un cielo azul y todos los azules,
del blanco al verde
todo el abanico de los álamos
y sobre el pino, más aire que pájaro,
el mirlo blanquinegro.
Vi al mundo reposar en sí mismo.
Vi las apariencias.
Y llamé a esa media hora:
Perfección de lo Finito.

Efectos del bautismo

El joven Hassan,
por casarse con una cristiana,
se bautizó.

El cura,
como a un vikingo,
lo llamó Erik.

Ahora
tiene dos nombres
y una sola mujer.

Prueba

Si el hombre es polvo
esos que andan por el llano
son hombres

Pueblo

Las piedras son tiempo
El viento
siglos de viento
Los árboles son tiempo
las gentes son piedras
El viento
vuelve sobre sí mismo y se entierra
en el día de piedra

No hay agua pero brillan los ojos

Himachal Pradesh 1

A Juan Liscano

Vi
al pie de los contrafuertes
la dispersión de los horizontes
(En un cráneo de caballo
una colmena de abejas atareadas)

Vi
el vértigo petrificado
el jardín suspendido de la asfixia
(Una mariposa atigrada
inmóvil sobre la punta de un aroma)

Vi
las montañas de los sabios
donde el viento destroza a las águilas
(Una niña y una vieja en los huesos
cargar fardos más grandes que estos montes)

Madrugada al raso

Los labios y las manos del viento
el corazón del agua
un eucalipto
el campamento de las nubes
la vida que nace cada día
la muerte que nace cada vida

Froto mis párpados:
el cielo anda en la tierra

Intermitencias del oeste 3

(México: Olimpiada de 1968)

A Dore y Adja Yunkers

La limpidez
 (quizá valga la pena
escribirlo sobre la limpieza
de esta hoja)
 no es límpida:
es una rabia
 (amarilla y negra
acumulación de bilis en español)
extendida sobre la página.
¿Por qué?
 La vergüenza es ira
vuelta contra uno mismo:
 si
una nación entera se avergüenza
es león que se agazapa
para saltar.
 (Los empleados
municipales lavan la sangre
en la Plaza de los Sacrificios.)
Mira ahora,
 manchada
antes de haber dicho algo
que valga la pena
 la limpidez.

Un anochecer

¿Qué la sostiene, entreabierta
claridad anochecida,
luz por los jardines suelta?

Todas las ramas, vencidas
por un agobio de pájaros,
hacia lo oscuro se inclinan.

Sobre las bardas—intactos:
todavía resplandores—
instantes ensimismados.

Para recibir la noche
se cambian las arboledas
en callados surtidores.

Cae un pájaro, la yerba
ensombrece, los confines
se borran, la cal es negra,
el mundo es menos creíble.

La exclamación

Quieto
no en la rama
en el aire
No en el aire
en el instante
el colibrí

Lectura de John Cage

Leído

desleído:

*Music without measurements,
sounds passing through circumstances.*

Dentro de mí los oigo

pasar afuera,

fuera de mí los veo

pasar conmigo.

Yo soy la circunstancia.

Música:

oigo adentro lo que veo afuera,

veo dentro lo que oigo fuera.

(No puedo oírme oír: Duchamp.)

Soy

una arquitectura de sonidos

instantáneos

sobre

un espacio que se desintegra.

(Everything

we come across is to the point.)

La música

inventa al silencio,

la arquitectura

inventa al espacio.

Fábricas de aire.

El silencio

es el espacio de la música:

un espacio

inextenso:

no hay silencio

salvo en la mente.

El silencio es una idea,

la idea fija de la música.

La música no es una idea:

es movimiento,

sonidos caminando sobre el silencio.

*(Not one sound fears the silence
that extinguishes it.)*

Silencio es música,
música no es silencio.

El saber no es saber:
recobrar la ignorancia,
saber del saber.

No es lo mismo
oír los pasos de esta tarde
entre los árboles y las casas
que
ver la misma tarde ahora
entre los mismos árboles y casas
después de leer

Silence:
nirvana es samsara,
silencio es música.

*(Let life obscure
the difference between art and life.)*

Música no es silencio:
no es decir
lo que dice el silencio,
es decir
lo que no dice.

Silencio no tiene sentido,
sentido no tiene silencio.

Sin ser oída
la música se desliza entre ambos.

(Every something is an echo of nothing.)

En el silencio de mi cuarto
el rumor de mi cuerpo:
inaudito.

Un día oiré sus pensamientos.

La tarde

se ha detenido:
no obstante—camina.

Mi cuerpo oye al cuerpo de mi mujer
(a cable of sound)

y le responde:

esto se llama música.

La música es real,

el silencio es una idea.

John Cage es japonés

y no es una idea:

es sol sobre nieve.

Sol y nieve no son lo mismo:

el sol es nieve y la nieve es nieve

o

el sol no es nieve ni la nieve es nieve

o

John Cage no es americano

*(U.S.A. is determined to keep the Free World free,
U.S.A. determined)*

o

John Cage es americano

*(that the U.S.A. may become
just another part of the world.*

No more, no less.)

La nieve no es sol,

la música no es silencio,

el sol es nieve,

el silencio es música.

(The situation must be Yes-and-No,

not either-or)

Entre el silencio y la música,

el arte y la vida,

la nieve y el sol

hay un hombre.

Ese hombre es John Cage

*(committed
to the nothing in between).*

Dice una palabra:

no nieve no sol,

una palabra

que no es

silencio:

A year from Monday you will hear it.

La tarde se ha vuelto invisible.

Concierto en el jardín

(Vina y mridangam)
A Carmen Figueroa de Meyer

Llovió.
La hora es un ojo inmenso.
En ella andamos como reflejos.
El río de la música
entra en mi sangre.
Si digo: *cuerpo*, contesta: *viento*.
Si digo: *tierra*, contesta: *¿dónde?*

Se abre, flor doble, el mundo:
tristeza de haber venido,
alegría de estar aquí.

Ando perdido en mi propio centro.

Prójimo lejano

Anoche un fresno
a punto de decirme
algo—callóse.

Escritura

Yo dibujo estas letras
como el día dibuja sus imágenes
y sopla sobre ellas y no vuelve

Concorde

A Carlos Fuentes

Arriba el agua
abajo el bosque
el viento por los caminos

Quietud del pozo
El cubo es negro El agua firme

El agua baja hasta los árboles
El cielo sube hasta los labios

Viento entero

El presente es perpetuo
Los montes son de hueso y son de nieve
están aquí desde el principio
El viento acaba de nacer
sin edad
como la luz y como el polvo
Molino de sonidos
el bazar tornasolea
timbres motores radios
el trote pétreo de los asnos opacos
cantos y quejas enredados
entre las barbas de los comerciantes
alto fulgor a martillazos esculpido
En los claros de silencio
estallan
los gritos de los niños
Príncipes en harapos
a la orilla del río atormentado
rezan orinan meditan

El presente es perpetuo
Se abren las compuertas del año
el día salta
ágata
El pájaro caído
entre la calle Montalambert y la de Bac
es una muchacha
detenida
sobre un precipicio de miradas
Si el agua es fuego
llama
En el centro de la hora redonda
encandilada
potranca alazana
Un haz de chispas
una muchacha real

entre las casas y las gentes espectrales
Presencia chorro de evidencias
yo vi a través de mis actos irreales
la tomé de la mano
 juntos atravesamos
los cuatro espacios los tres tiempos
pueblos errantes de reflejos
y volvimos al día del comienzo

El presente es perpetuo
 21 de junio
hoy comienza el verano
 Dos o tres pájaros
inventan un jardín
 Tú lees y comes un durazno
sobre la colcha roja
 desnuda
como el vino en el cántaro de vidrio
 Un gran vuelo de cuervos
En Santo Domingo mueren nuestros hermanos
Si hubiera parque no estarían ustedes aquí
 Nosotros nos roemos los codos
En los jardines de su alcázar de estío
Tipú Sultán plantó el árbol de los jacobinos
luego distribuyó pedazos de vidrio
entre los oficiales ingleses prisioneros
y ordenó que se cortasen el prepucio
y se lo comiesen
 El siglo
se ha encendido en nuestras tierras
¿Con su lumbre
 las manos abrasadas
los constructores de catedrales y pirámides
levantarán sus casas transparentes?

El presente es perpetuo

El sol se ha dormido entre tus pechos
La colcha roja es negra y palpita

Ni astro ni alhaja
fruta
tú te llamas dátíl
Datia
castillo de sal si puedes
mancha escarlata
sobre la piedra empedernida
Galerías terrazas escaleras
desmanteladas salas nupciales
del escorpión
Ecos repeticiones
relojería erótica
deshora
Tú recorres
los patios taciturnos bajo la tarde impía
manto de agujas en tus hombros indemnes
Si el fuego es agua
eres una gota diáfana
la muchacha real
transparencia del mundo
El presente es perpetuo
Los montes
soles destazados
petrificada tempestad ocre
El viento rasga
ver duele
El cielo es otro abismo más alto
Garganta de Salang
la nube negra sobre la roca negra
El puño de la sangre golpea
puertas de piedra
Sólo el agua es humana
en estas soledades despeñadas
Sólo tus ojos de agua humana
Abajo
en el espacio hendido
el deseo te cubre con sus dos alas negras

Tus ojos se abren y se cierran
animales fosforescentes
Abajo
el desfiladero caliente
la ola que se dilata y se rompe
tus piernas abiertas
el salto blanco
la espuma de nuestros cuerpos abandonados

El presente es perpetuo
El morabito regaba la tumba del santo
sus barbas eran más blancas que las nubes
Frente al moral
al flanco del torrente
repetiste mi nombre
dispersión de sílabas
Un adolescente de ojos verdes
te regaló una granada
Al otro lado del Amu-Darya
humeaban las casitas rusas
El son de la flauta uzbek
era otro río invisible y más puro
En la barcaza el batelero estrangulaba pollos
El país es una mano abierta
sus líneas
signos de un alfabeto roto
Osamentas de reses en el llano
Bactriana
estatua pulverizada
yo recogí del polvo unos cuantos nombres
Por esas sílabas caídas
granos de una granada cenicienta
juro ser tierra y viento
remolino
sobre tus huesos

El presente es perpetuo
La noche entra con todos sus árboles

noche de insectos eléctricos y fieras de seda
noche de yerbas que andan sobre los muertos
conjunción de aguas que vienen de lejos
murmullos
 los universos se desgranar
un mundo cae
 se enciende una semilla
cada palabra palpita
 Oigo tu latir en la sombra
enigma en forma de reloj de arena
 mujer dormida
Espacio espacios animados
Anima mundi
 materia maternal
perpetua desterrada de sí misma
y caída perpetua en su entraña vacía
 Anima mundi
madre de las razas errantes
 de los soles y los hombres
Emigran los espacios
 el presente es perpetuo
En el pico del mundo se acarician
Shiva y Párvati
 Cada caricia dura un siglo
para el dios y para el hombre
 un mismo tiempo
un mismo despeñarse
 Lahor
 río rojo barcas negras
entre dos tamarindos una niña descalza
y su mirar sin tiempo
 Un latido idéntico
muerte y nacimiento
Entre el cielo y la tierra suspendidos
unos cuantos álamos
vibrar de luz más que vaivén de hojas
 ¿suben o bajan?

El presente es perpetuo

Llueve sobre mi infancia

llueve sobre el jardín de la fiebre

flores de sílex árboles de humo

En una hoja de higuera tú navegas

por mi frente

La lluvia no te moja

eres la llama de agua

la gota diáfana de fuego

derramada sobre mis párpados

Yo veo a través de mis actos irreales

el mismo día que comienza

Gira el espacio

arranca sus raíces el mundo

No pesan más que el alba nuestros cuerpos

tendidos

Madrigal

Más transparente
que esa gota de agua
entre los dedos de la enredadera
mi pensamiento tiende un puente
de ti misma a ti misma

Mírate

más real que el cuerpo que habitas
fija en el centro de mi frente

Naciste para vivir en una isla

Con los ojos cerrados

Con los ojos cerrados
te iluminas por dentro
eres la piedra ciega

Noche a noche te labro
con los ojos cerrados
eres la piedra franca

Nos volvemos inmensos
sólo por conocernos
con los ojos cerrados

Pasaje

Más que aire
 más que agua
más que labios
 ligera ligera

Tu cuerpo es la huella de tu cuerpo

Maithuna

Mis ojos te descubren
desnuda
 y te cubren
con una lluvia cálida
de miradas

*

Una jaula de sonidos
 abierta
en plena mañana
 más blanca
que tus nalgas
 en plena noche
tu risa
 o más bien tu follaje
tu camisa de luna
 al saltar de la cama

Luz cernida
 la espiral cantante
devana la blancura
 Aspa

X
 plantada en un abra

*

Mi día
 en tu noche
revienta
 Tu grito
salta en pedazos
 La noche
esparce
 tu cuerpo
Resaca
 tus cuerpos
se anudan

Otra vez tu cuerpo

*

Hora vertical

la sequía

mueve sus ruedas espejeantes

Jardín de navajas

festín de falacias

Por esas reverberaciones

entras

ilesa

en el río de mis manos

*

Más rápida que la fiebre

nadas en lo oscuro

tu sombra es más clara

entre las caricias

tu cuerpo es más negro

Saltas

a la orilla de lo improbable

toboganes de cómo cuando porque sí

Tu risa incendia tu ropa

tu risa

moja mi frente mis ojos mis razones

Tu cuerpo incendia tu sombra

Te meces en el trapecio del miedo

los terrores de tu infancia

me miran

desde tus ojos de precipicio

abiertos

en el acto de amor

sobre el precipicio

Tu cuerpo es más claro

tu sombra es más negra

Tú ríes sobre tus cenizas

*

Lengua borgoña de sol flagelado
lengua que lame tu país de dunas insomnes
cabellera
lengua de látigos
lenguajes
sobre tu espalda desatados
entrelazados
sobre tus senos
escritura que te escribe
con letras aguijones
te niega
con signos tizones
vestidura que te desviste
escritura que te viste de adivinanzas
escritura en la que me entierro
Cabellera
gran noche súbita sobre tu cuerpo
jarra de vino caliente
derramado
sobre las tablas de la ley
nudo de aullidos y nube de silencios
racimo de culebras
racimo de uvas
pisoteadas
por las heladas plantas de la luna
lluvia de manos de hojas de dedos de viento
sobre tu cuerpo
sobre mi cuerpo sobre tu cuerpo
Cabellera
follaje del árbol de huesos
el árbol de raíces aéreas que beben noche en el sol
El árbol carnal El árbol mortal

*

Anoche
en tu cama
éramos tres:
tú yo la luna

*

Abro
 los labios de tu noche
húmedas oquedades
 ecos
desnacimientos:
 blancor
súbito de agua
 desencadenada

*

Dormir dormir en ti
o mejor despertar
 abrir los ojos
en tu centro
 negro blanco negro
blanco
 Ser sol insomne
que tu memoria quema
 (y
la memoria de mí en tu memoria)

*

Y nueva nubemente sube
savía
 (savía te llamo
llama)
 El tallo
estalla
 (Llueve
nieve ardiente)
 Mi lengua está
allá
 (En la nieve se quema
tu rosa)
 Está

ya
 (sello tu sexo)
salva el alba

Eje

Por el arcaduz de sangre
mi cuerpo en tu cuerpo
manantial de noche
mi lengua de sol en tu bosque
artesa tu cuerpo
trigo rojo yo
Por el arcaduz de hueso
yo noche yo agua
yo bosque que avanza
yo lengua
yo cuerpo
yo hueso de sol
Por el arcaduz de noche
manantial de cuerpos
tú noche del trigo
tú bosque en el sol
tú agua que espera
tú artesa de huesos
Por el arcaduz de sol
mi noche en tu noche
mi sol en tu sol
mi trigo en tu artesa
tu bosque en mi lengua
Por el arcaduz del cuerpo
el agua en la noche
tu cuerpo en mi cuerpo
Manantial de huesos
Manantial de soles

Custodia

El nombre
Sus sombras
El hombre La hembra
El mazo El gong
La i La o
La torre El aljibe
El índice La hora
El hueso La rosa
El rocío La huesa
El venero La llama
El tizón La noche
El río La ciudad
La quilla El ancla
El hembro La hombra
El hombre
Su cuerpo de nombres
Tu nombre en mi nombre En tu nombre mi nombre
Uno frente al otro uno contra el otro uno en torno al otro
El uno en el otro
Sin nombres

Domingo en la isla de Elefanta

Imprecación

Al pie de las sublimes esculturas,
desfiguradas por los musulmanes y los portugueses,
la multitud ha dejado un *picnic* de basura
para los cuervos y los perros.
Yo la condeno a renacer cien veces
en un muladar,
 como a los otros,
por eones, en carne viva han de tallarlos
en el infierno de los mutiladores de estatuas.

Invocación

Shiva y Párvati:
 los adoramos
no como a dioses,
 como a imágenes
de la divinidad de los hombres.
Ustedes son lo que el hombre hace y no es,
lo que el hombre ha de ser
cuando pague la condena del quehacer.

Shiva:
 tus cuatro brazos son cuatro ríos,
cuatro surtidores.

 Todo tu ser es una fuente
y en ella se baña la linda Párvati,
en ella se mece como una barca graciosa.
El mar palpita bajo el sol:
son los gruesos labios de Shiva que sonrío;
el mar es una larga llamarada:
son los pasos de Párvati sobre las aguas.

Shiva y Párvati:
 la mujer que es mi mujer

y yo,
nada les pedimos, nada
que sea del otro mundo:
sólo
la luz sobre el mar,
la luz descalza sobre el mar y la tierra dormidos.

Cuento de dos jardines

Una casa, un jardín,
no son lugares:
giran, van y vienen.
Sus apariciones
abren en el espacio
otro espacio,
otro tiempo en el tiempo.
Sus eclipses
no son abdicaciones:
nos quemaría
la vivacidad de uno de esos instantes
si durase otro instante.
Estamos condenados
a matar al tiempo:
así morimos,
poco a poco.
Un jardín no es un lugar.
Por un sendero de arena rojiza
entramos en una gota de agua,
bebemos en su centro verdes claridades,
por la espiral de las horas
ascendemos
hasta la punta del día
descendemos
hasta la consumación de su brasa.
Fluye el jardín en la noche
río de rumores.

Aquel de Mixcoac, abandonado,
cubierto de cicatrices,
era un cuerpo
a punto de desplomarse.
Yo era niño
y el jardín se parecía a mi abuelo.
Trepaba por sus rodillas vegetales
sin saber que lo habían condenado.

Élitros:

el afilado canto del insecto
corta las yerbas secas.

Cactus minerales,
lagartijas de azogue en los muros de adobe,
el pájaro que perfora el espacio,
sed, tedio, tolvánicas,
impalpables epifanías del viento.
Los pinos me enseñaron a hablar solo.
En aquel jardín aprendí a despedirme.

Después no hubo jardines

Un día,
como si regresara,
no a mi casa,
al comienzo del Comienzo,
llegué a una claridad.

Espacio hecho de aire
para los juegos pasionales
del agua y de la luz.

Diáfanas convergencias:
del gorjeo del verde
al azul más húmedo
al gris entre brasas
al más llagado rosa
al oro desenterrado.

Oí un rumor verdinegro
brotar del centro de la noche: el *nim*.

El cielo,
con todas sus joyas bárbaras,
sobre sus hombros.

El calor era una mano inmensa que se cerraba,
se oía el jadeo de las raíces,
la dilatación del espacio,
el desmoronamiento del año.

El árbol no cedía.
Grande como el monumento a la paciencia,
justo como la balanza que pesa

la gota de rocío,
el grano de luz,
el instante.

Entre sus brazos cabían muchas lunas.
Casa de las ardillas,
mesón de los mirlos.

La fuerza es fidelidad,
el poder acatamiento:
nadie acaba en sí mismo,
un todo es cada uno
en otro todo,
en otro uno.

El otro está en el uno,
el uno es otro:
somos constelaciones.
El *nim*, enorme,
sabía ser pequeño.

A sus pies
supe que estaba vivo,
supe
que morir es ensancharse,
negarse es crecer.

Aprendí,
en la fraternidad de los árboles,
a reconciliarme,
no conmigo:
con lo que me levanta, me sostiene, me deja caer.

Me crucé con una muchacha.
Sus ojos:
el pacto del sol de verano con el sol de otoño.
Partidaria de acróbatas, astrónomos, camelleros.
Yo de fareros, lógicos, *sadhúes*.
Nuestros cuerpos
se hablaron, se juntaron y se fueron.
Nosotros nos fuimos con ellos
Era el monzón.

Cielos de yerba machacada
y el viento en armas
por las encrucijadas.

Por la niña del cuento,
marinera de un estanque en borrasca,
la llamé Almendrita.

No un nombre:
un velero intrépido.

Llovía,
la tierra se vestía y así se desnudaba,
las serpientes salían de sus hoyos,
la luna era de agua,
el sol era de agua,
el cielo se destrenzaba,
sus trenzas eran ríos desatados,
los ríos tragaban pueblos,
muerte y vida se confundían,
amasijo de lodo y de sol,
estación de lujuria y pestilencia,
estación del rayo sobre el árbol de sándalo,
tronchados astros genitales

pudriéndose
resucitando en tu vagina,
madre India,

India niña,
empapada de savia, semen, jugos, venenos.

A la casa le brotaron escamas.

Almendrita:
llama intacta entre el culebreo y el ventarrón,
en la noche de hojas de banano

ascua verde,
hamadriada,

yakshi:
risas en el matorral,
manejo de albores en la espesura,
más música

que cuerpo,
más fuga de pájaro que música,

más mujer que pájaro:

sol tu vientre,

sol en el agua,

agua de sol en la jarra,

grano de girasol que yo planté en mi pecho,

ágata,

mazorca de llamas en el jardín de huesos.

Chuang-tse le pidió al cielo sus luminarias,

sus címbalos al viento.

para sus funerales.

Nosotros le pedimos al *nim* que nos casara.

Un jardín no es un lugar:

es un tránsito,

una pasión.

No sabemos hacia dónde vamos,

transcurrir es suficiente,

transcurrir es quedarse:

una vertiginosa inmovilidad.

Las estaciones,

oleaje de los meses.

Cada invierno

una terraza sobre el año.

Luz bien templada,

resonancias, transparencias,

esculturas de aire

disipadas apenas pronunciadas:

¡sílabas,

islas afortunadas!

Engastado en la yerba

el gato Demóstenes es un carbón luminoso,

la gata Semíramis persigue quimeras,

acecha

reflejos, sombras, ecos.

Arriba,

sarcasmos de cuervos;

el urogallo y su hembra,

príncipes desterrados;

la upupa,

pico y penacho, un alfiler engalanado;
la verde artillería de los pericos;
los murciélagos color de anochecer.
En el cielo
 liso, fijo, vacío,
el milano
 dibuja y borra círculos.
Ahora,
 quieto
 sobre la arista de una ola:
un albatros,
 peñasco de espuma.
Instantáneo,
 se dispersa en alas.
No estamos lejos de Durban
 (allí estudió Pessoa).
Cruzamos un petrolero.
 Iba a Mombasa,
ese puerto con nombre de fruta.
 (En mi sangre:
Camoens, Vasco de Gama y los otros . . .)
El jardín se ha quedado atrás.
 ¿Atrás o adelante?
No hay más jardines que los que llevamos dentro.
¿Qué nos espera en la otra orilla?
Pasión es tránsito:
 la otra orilla está aquí,
luz en el aire sin orillas,
 Prajñaparamita,
Nuestra Señora de la Otra Orilla,
 tú misma,
la muchacha del cuento,
 la alumna del jardín.

Olvidé a Nagarjuna y a Dharmakirti
 en tus pechos,
en tu grito los encontré,
 Maithuna,
 dos en uno,

uno en todo,
 todo en nada,
 ¡śunyata,
plenitud vacía,
 vacuidad redonda como tu grupa!

Los cormoranes:
sobre un charco de luz
pescan sus sombras.

La visión se disipa en torbellinos,
hélice de diecisiete sílabas
 dibujada en el mar
no por Bashō:
 por mis ojos, el sol y los pájaros,
hoy, hacia las cuatro,
 a la altura de Mauritania.

Una ola estalla:
 mariposas de sal.
Metamorfosis de lo idéntico.
 A esta misma hora
Delhi y sus piedras rojas,
 su río turbio,
sus domos blancos,
 sus siglos en añicos,
se transfiguran:
 arquitecturas sin peso,
cristalizaciones casi mentales.
 Desvanecimientos,
alto vértigo sobre un espejo.
 El jardín se abisma.
Ya es un nombre sin substancia.

Los signos se borran:
 yo miro la claridad

BLANCO
[1966]

By passion the world is bound,
by passion too it is released.

The Hevajra Tantra

Avec le seul objet dont le
Néant s'honore.

Stéphane Mallarmé

el comienzo

el cimiento

la simiente

latente

la palabra en la punta de la lengua

inaudita

inaudible

impar

grávida

nula

sin edad

la enterrada con los ojos abiertos

inocente

promiscua

la palabra

sin nombre

sin habla

tú ríes—desnuda
en los jardines de la llama

en la noche magnética

La pasión de la brasa compasiva

Un pulso, un insistir
oleaje de sílabas húmedas.
Sin decir palabra
obscorece mi frente
un presentimiento de lenguaje.
Patience patience
(Livingstone en la sequía)
river rising a little.
El mío es rojo y se agosta
entre sableras llameantes:
Castillas de arena, naipes rotos
y el jeroglífico (agua y brasa)
en el pecho de México caído.
Polvo soy de aquellos lodos.
Río de sangre,
 río de historias
de sangre,
 río seco:
boca de manantial
amordazado
por la conjuración anónima
de los huesos,
por la ceñuda peña de los siglos
y los minutos:
 el lenguaje
es una expiación,
 propiciación
al que no habla,
 emparedado,
cada día
 asesinado,

la tierra es un lenguaje calcinado.
Hay púas invisibles, hay espinas
en los ojos.

En un muro rosado
tres buitres ahítos.
No tiene cuerpo ni cara ni alma,
está en todas partes,
a todos nos aplasta:
este sol es injusto.

La rabia es mineral.
Los colores
se obstinan.

Se obstina el horizonte.
Tambores tambores tambores.
El cielo se ennegrece
como esta página.

Dispersión de cuervos.
Inminencia de violencias violetas.
Se levantan los arenales,
la cerrazón de reses de ceniza.
Mugen los árboles encadenados.
Tambores tambores tambores.
Te golpeo, cielo,
tierra, te golpeo.

Cielo abierto tierra cerrada
flauta y tambor, centella y trueno,
te abro, te golpeo.

Te abres, tierra,
tienes la boca llena de agua,
tu cuerpo chorrea cielo,
tremor,

tu panza tiembla,
tus semillas estallan,
verde la palabra

se desata se esparce *árida ondulación*
se levanta se erige *Ídolo entre brazos de arena*
desnuda como la mente *brilla se multiplica se niega*

en la reverberación del deseo *renace se escapa se persigue*
girando girando *visión del pensamiento gavián*
en torno a la idea negra *cabra en la peña hendida*
el vellón de la juntura *paraje desnudo*
en la mujer desnuda *snap-shot de un latido de tiempo*
pirausta nudo de presencias *real irreal quieto vibrante*
inmóvil bajo el sol inmóvil *pradera quemada*
del color de la tierra *color de sol en la arena*
la yerba de mi sombra *sobre el lugar de la juntura*
mis manos de lluvia *obscurificada por los pájaros*
sobre tus pechos verdes *beatitud suficiente*
mujer tendida *hecha a la imagen del mundo*

El mundo es tus imágenes

Del amarillo al rojo al verde,
peregrinación hacia las claridades,
la palabra se asoma a remolinos
azules.

Gira el anillo beodo,
giran los cinco sentidos
alrededor de la amatista
ensimismada.

Traslumbramiento:
no pienso, veo
—no lo que veo,
los reflejos, los pensamientos veo.
Las precipitaciones de la música,
el número cristalizado.
Un archipiélago de signos.
Aerofanía,
boca de verdades,
claridad que se anula en una sílaba
diáfana como el silencio:
no pienso, veo
—no lo que pienso,
la cara en blanco del olvido,

acariciada por mi olfato
oída por mi lengua
comida por mi tacto

olor desnudez en las manos del aire
cántico de los sabores
festín de niebla

habitar tu nombre
caer en tu grito contigo

despoblar tu cuerpo
casa del viento

La irrealidad de lo mirado
da realidad a la mirada

En el centro
del mundo del cuerpo del espíritu
la grieta el resplandor

No
En el remolino de las desapariciones
el torbellino de las apariciones

Sí
El árbol de los nombres
No

es una palabra
Sí
es una palabra
aire son nada

son
este insecto
revoloteando entre las líneas
de la página
inacabada
inacabable

El pensamiento
revoloteando
entre estas palabras

Son
tus pasos en el cuarto vecino
los pájaros que regresan

El árbol *nim* que nos protege
los protege

Sus ramas acallan al trueno
apagan al relámpago
En su follaje bebe agua la sequía
Son
esta noche

(esta música)
Mírala fluir
entre tus pechos caer
sobre tu vientre
blanca y negra
primavera nocturna
jasmín y ala de cuervo
tamborino y *sitar*
No y Sí
juntos
dos sílabas enamoradas

Si el mundo es real
la palabra es irreal
Si es real la palabra
el mundo
es la grieta el resplandor el remolino
No
las desapariciones y las apariciones

Sí

el árbol de los nombres
Real irreal
son palabras
aire son nada
El habla
irreal
da realidad al silencio
Callar
es un tejido de lenguaje
Silencio
sello
centelleo

en la frente
en los labios
antes de evaporarse
Apariciones y desapariciones
La realidad y sus resurrecciones
El silencio reposa en el habla

El espíritu
es una invención del cuerpo
El cuerpo
es una invención del mundo
El mundo
es una invención del espíritu
No Sí
irrealidad de lo mirado
la transparencia es todo lo que queda
Tus pasos en el cuarto vecino
el trueno verde
madura
en el follaje del cielo
Estás desnuda
como una sílaba
como una llama
una isla de llamas
pasión de brasa compasiva
El mundo
es tus imágenes
anegadas en la música
Tu cuerpo
derramado en mi cuerpo
visto
desvanecido
da realidad a la mirada

Delhi, del 23 de julio al 25 de septiembre de 1966

**DE
VUELTA**

[1969–1975]

El fuego de cada día

A Juan García Ponce

Como el aire
 hace y deshace
sobre las páginas de la geología,
sobre las mesas planetarias,
sus invisibles edificios:
 el hombre.
Su lenguaje es un grano apenas,
pero quemante,
 en la palma del espacio.

Sílabas son incandescencias.
También son plantas:
 sus raíces
fracturan el silencio,
 sus ramas
construyen casas de sonidos.
 Sílabas:
se enlazan y se desenlazan,
 juegan
a las semejanzas y las desemejanzas.

Sílabas:
 maduran en las frentes,
florecen en las bocas.
 Sus raíces
beben noche, comen luz.
 Lenguajes:
árboles incandescentes
de follajes de lluvias.

Vegetaciones de relámpagos,
geometrías de ecos:
sobre la hoja de papel
el poema se hace
 como el día

sobre la palma del espacio.

La arboleda

A Pere Gimferrer

Enorme y sólida
pero oscilante,
golpeada por el viento
pero encadenada,
rumor de un millón de hojas
contra mi ventana.
Motín de árboles,
oleaje de sonidos verdinegros.
La arboleda,
quieta de pronto,
es un tejido de ramas y frondas.
Hay claros llameantes.
Caída en esas redes
se resuelve,
respira
una materia violenta y resplandeciente,
un animal iracundo y rápido,
cuerpo de lumbre entre las hojas:
el día.

A la izquierda del macizo,
más idea que color,
poco cielo y muchas nubes,
el azuleo de una cuenca
rodeada de peñones en demolición,
arena precipitada
en el embudo de la arboleda.
En la región central
gruesas gotas de tinta
esparcidas
sobre un papel que el poniente inflama,
negro casi enteramente allá,
en el extremo sudeste,
donde se derrumba el horizonte.
La enramada,

vuelta cobre, relumbra.

Tres mirlos
atraviesan la hoguera y reaparecen,
ilesos,
en una zona vacía: ni luz ni sombra.

Nubes
en marcha hacia su disolución.

Encienden luces en las casas.

El cielo se acumula en la ventana.

El patio,
encerrado en sus cuatro muros,
se aísla más y más.

Así perfecciona su realidad.

El bote de basura,
la maceta sin planta,
ya no son,
sobre el opaco cemento,
sino sacos de sombras.

Sobre sí mismo

el espacio
se cierra.

Poco a poco se petrifican los nombres.

Paisaje inmemorial

A José de la Colina

Se mece aérea
se desliza
entre ramas troncos postes
revolotea
perezosa
entre los altos frutos eléctricos
cae
oblicua
ya azul
sobre la otra nieve

Hecha
de la misma inmateria que la sombra
no arroja sombra alguna
Tiene
la densidad del silencio
La nieve
es nieve pero quema

Los faros
perforan súbitos túneles
al instante
desmoronados
La noche
acribillada
crece se adentra
se ennochece
Pasan
los autos obstinados
todos
por distintas direcciones

hacia el mismo destino

Un día
en los tallos de hierro
estallarán las lámparas
Un día
el mugido del río de motores
ha de apagarse
Un día
estas casas serán colinas
otra vez
el viento entre las piedras
hablará a solas
Oblicua
entre las sombras
insombra
ha de caer
casi azul
sobre la tierra
La misma de ahora
la nieve de hace un millón de años

Trowbridge Street

1.

El sol dentro del día
El frío dentro del sol
Calles sin nadie
autos parados
Todavía no hay nieve
hay viento viento
Arde todavía
en el aire helado
un arbolito rojo
Hablo con él al hablar contigo

2.

Estoy en un cuarto abandonado del lenguaje
Tú estás en otro cuarto idéntico
O los dos estamos
en una calle que tu mirada ha despoblado
El mundo
imperceptiblemente se deshace
Memoria
desmoronada bajo nuestros pasos
Estoy parado a la mitad de esta línea
no escrita

3.

Las puertas se abren y cierran solas
El aire
entra y sale por nuestra casa
El aire
habla a solas al hablar contigo
El aire
sin nombre por el pasillo interminable

No se sabe quién está del otro lado
El aire
da vueltas y vueltas por mi cráneo vacío
El aire
vuelve aire todo lo que toca
El aire
con dedos de aire disipa lo que digo
Soy aire que no miras
No puedo abrir tus ojos
No puedo cerrar la puerta
El aire se ha vuelto sólido

4.

Esta hora tiene la forma de una pausa
La pausa tiene tu forma
Tú tienes la forma de una fuente
no de agua sino de tiempo
En lo alto del chorro de la fuente
saltan mis pedazos
el fui el soy el no soy todavía
Mi vida no pesa
El pasado se adelgaza
El futuro es un poco de agua en tus ojos

5.

Ahora tienes la forma de un puente
Bajo tus arcos navega nuestro cuarto
Desde tu pretil nos vemos pasar
Ondeeas en el viento más luz que cuerpo
En la otra orilla el sol crece
al revés
Sus raíces se entierran en el cielo
Podríamos ocultarnos en su follaje
Con sus ramas prendemos una hoguera
El día es habitable

6.

El frío ha inmovilizado al mundo

El espacio es de vidrio

El vidrio es de aire

Los ruidos más leves erigen

súbitas esculturas

El eco las multiplica y las dispersa

Tal vez va a nevar

tiembla el árbol encendido

Ya está rodeado de noche

Al hablar con él hablo contigo

Objetos y apariciones

A Joseph Cornell

Hexaedros de madera y de vidrio
apenas más grandes que una caja de zapatos.
En ellos caben la noche y sus lámparas.

Monumentos a cada momento
hechos con los desechos de cada momento:
jaulas de infinito.

Canicas, botones, dedales, dados,
alfileres, timbres, cuentas de vidrio:
cuentos del tiempo.

Memoria teje y desteje los ecos:
en las cuatro esquinas de la caja
juegan al aleleví damas sin sombra.

El fuego enterrado en el espejo,
el agua dormida en el ágata:
solos de Jenny Lind y Jenny Colon.

«Hay que hacer un cuadro—dijo Degas—
como se comete un crimen.» Pero tú construiste
cajas donde las cosas se aligeran de sus nombres.

Slot machine de visiones,
vaso de encuentro de las reminiscencias,
hotel de grillos y de constelaciones.

Fragmentos mínimos, incoherentes:
al revés de la Historia, creadora de ruinas,
tú hiciste con tus ruinas creaciones.

Teatro de los espíritus:
los objetos juegan al aro

con las leyes de la identidad.

Grand Hotel Couronne: en una redoma
el tres de tréboles y, toda ojos,
Almendrita en los jardines de un reflejo.

Un peine es un harpa
pulsada por la mirada de una niña
muda de nacimiento.

El reflector del ojo mental
disipa el espectáculo:
dios solitario sobre un mundo extinto.

Las apariciones son patentes.
Sus cuerpos pesan menos que la luz.
Duran lo que dura esta frase.

Joseph Cornell: en el interior de tus cajas
mis palabras se volvieron visibles un instante.

Vuelta

A José Alvarado

*Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla.*

Ramón López Velarde

Voces al doblar la esquina
voces
entre los dedos del so
sombra y luz
casi líquidas
Silba el carpintero
silba el nevero
silban
tres fresnos en la plazuela
Crece
se eleva el invisible
follaje de los sonidos
Tiempo
tendido a secar en las azoteas
Estoy en Mixcoac
En los buzones
se pudren las cartas
Sobre la cal del muro
la mancha de la buganvilla
aplastada por el sol
escrita por el sol
morada caligrafía pasional
Camino hacia atrás
hacia lo que dejé
o me dejó
Memoria
inminencia de precipicio
balcón
sobre el vacío
Camino sin avanzar
estoy rodeado de ciudad
Me falta aire

en el Banco de México

En esquinas y plazas
sobre anchos zócalos de lugares comunes
los Padres de la Iglesia cívica
cónclave taciturno de Gigantes y Cabezudos
ni águilas ni jaguares
los licenciados zopilotes
los tapachiches
alas de tinta mandíbulas de sierra
los coyotes ventrílocuos
traficantes de sombra
los beneméritos
el cacomixtle ladrón de gallinas
el monumento al Cascabel y a su víbora
los altares al máuser y al machete
el mausoleo del caimán con charreteras
esculpida retórica de frases de cemento

Arquitecturas paralíticas
barrios encallados
jardines en descomposición
médanos de salitre
baldíos
campamentos de nómadas urbanos
hormigueros gusaneras
ciudades de la ciudad
costurones de cicatrices
callejas en carne viva
Ante la vitrina de los ataúdes
Pompas Fúnebres

putas

pilares de la noche vana

Al amanecer

en el bar a la deriva
el deshielo del enorme espejo
donde los bebedores solitarios
contemplan la disolución de sus facciones
El sol se levanta de su lecho de huesos

El aire no es aire
ahoga sin brazos ni manos
El alba desgarró la cortina
Ciudad
montón de palabras rotas

El viento
en esquinas polvosas
hojea los periódicos
Noticias de ayer
más remotas
que una tablilla cuneiforme hecha pedazos
Escrituras hendidas
lenguajes en añicos
se quebraron los signos
se rompió atl tlachinolli
agua quemada
No hay centro
plaza de congregación y consagración
no hay eje
dispersión de los años
desbandada de los horizontes
Marcaron a la ciudad
en cada puerta
en cada frente
el signo \$

Estamos rodeados
He vuelto adonde empecé
¿Gané o perdí?
(Preguntas
¿qué leyes rigen éxito y fracaso?
Flotan los cantos de los pescadores
ante la orilla inmóvil
Wang Wei al Prefecto Chang
desde su cabaña en el lago
Pero yo no quiero

una ermita intelectual
en San Ángel o en Coyoacán)
Todo es ganancia
si todo es pérdida
Camino hacia mí mismo
hacia la plazuela
El espacio está adentro
no es un *edén subvertido*
es un latido de tiempo
Los lugares son confluencias
aleteo de presencias
en un espacio instantáneo
Silba el viento
entre los fresnos
surtidores
luz y sombra casi líquidas
voces de agua
brillan fluyen se pierden
me dejan en las manos
un manojo de reflejos
Camino sin avanzar
Nunca llegamos
Nunca estamos en donde estamos
No el pasado
el presente es intocable

A la mitad de esta frase . . .

No estoy en la cresta del mundo.
El instante
no es columna de estilista,
no sube
desde mis plantas el tiempo,
no estalla
en mi cráneo en una silenciosa explosión negra,
iluminación idéntica a la ceguera.
Estoy en un sexto piso,
estoy
en una jaula colgada del tiempo.

Sexto piso:
marea y martilleo,
pelea de metales,
despeñavidrierío,
motores con rabia ya humana.
La noche
es un rumor que se desgaja,
un cuerpo
que al abrazarse se desgarrar.
Ciega,
religa a tientas sus pedazos,
junta
sus nombres rotos, los esparce.
Con las yemas cortadas
se palpa en sueños la ciudad.

No estoy en el crucero:
elegir
es equivocarse.
Estoy
en la mitad de esta frase.
¿Hacia dónde me lleva?
Retumba de tumbo en tumbo,
hechos y fechas,

mi nacicaída:
 calendario que se desmiembra
por las concavidades de mi memoria.
Soy el costal de mis sombras.

 Declive
hacia los senos flácidos de mi madre.
Colinas arrugadas,
 lavadas lavas,
llano de llanto,
 yantar de salitre.
Dos obreros abren el hoyo.
 Desmoronada
boca de ladrillo y cemento.
 Aparece
la caja desencajada:
 entre tablones hendidos
el sombrero gris perla,
 el par de zapatos,
el traje negro de abogado.
 Huesos, trapos, botones:
montón de polvo súbito
 a los pies de la luz.
Fría, *no usada luz*,
 casi dormida,
luz de la madrugada
 recién bajada del monte,
pastora de los muertos.
 Lo que fue mi padre
cabe en ese saco de lona
 que un obrero me tiende
mientras mi madre se persigna.
 Antes de terminarse
la visión se disipa:
 estoy en la mitad,
colgado en una jaula,
 colgado en una imagen.

El origen se aleja,
el fin se desvanece.

No hay fin ni principio:
estoy en la pausa,
no acabo ni comienzo,
lo que digo
no tiene pies ni cabeza.
Doy vueltas en mí mismo
y siempre encuentro
los mismos nombres,
los mismos rostros
y a mí mismo no me encuentro.
Mi historia no es mía:
sílabas de esa frase rota
que en su delirio circular
repite la ciudad, repite.

Ciudad, mi ciudad,
estela afrentada,
piedra deshonrada,
nombre escupido.
Tu historia es la Historia:
destino
enmascarado de libertad,
estrella
errante y sin órbita,
juego
que todos jugamos sin saber las reglas,
juego que nadie gana,
juego sin reglas,
desvarío de un dios especulativo,
un hombre
vuelto dios tartamudo.
Nuestros oráculos
son los discursos del afásico,
nuestros profetas
son videntes con anteojos.
Historia:
ir y venir sin fin, sin comienzo.

Nadie ha ido allá,
nadie
ha bebido en la fuente,
nadie
ha abierto los párpados de piedra del tiempo,
nadie
ha oído la primera palabra,
nadie oirá la última,
la boca que la dice habla a solas,
nadie
ha bajado al hoyo de los universos,
nadie
ha vuelto del muladar de soles.

Historia:

basurero y arco iris.

Escala

hacia las altas terrazas:

siete notas

desvanecidas en la claridad.

Palabras sin sombra.

No las oímos, las negamos,

dijimos que no existían:

nos quedamos con el ruido.

Sexto piso:

estoy en la mitad de esta frase:

¿hacia

dónde me lleva?

Lenguaje despedazado.

Poeta: jardinero de epitafios.

Petrificada petrificante

Terramuerta
 terrishombra nopaltorio temezquible
lodosa cenipolva pedrósea
 fuego petrificado
cuenca vaciada
 el sol no se bebió el lago
no lo sorbió la tierra
 el agua no regresó al aire
los hombres fueron los ejecutores del polvo
el viento
 se revuelca en la cama fría del fuego
el viento
 en la tumba del agua
recita las letanías de la sequía
 el viento
cuchillo roto en el cráter apagado
 el viento
susurro de salitre

 El sol
anicorazol centrotal caledadoro
 se partió
la palabra que baja en lenguas de fuego
 se quebró
el cuento y la cuenta de los años
el canto de los días
 fue lluvia de chatarra
pedregal de palabras
 silabarios de arena
gritos machacados
 talómordaz afrenoboz alrronzal
caídos caínes neblinosos
 abeles en jirones
sectarios sicarios
 idólatras letrados
ladinos ladrones
 ladridos del can tuerto

el guía de los muertos
perdido
en los giros del Ombligo de la Luna

Valle de México
boca opaca
lava de bava
desmoronado trono de la Ira
obstinada obsidiana

petrificada
petrificante
Ira

torre hendida
talla larga como un aullido
pechos embadurnados
frente enfoscada
mocosangre verdeseca

Ira
fijeza clavada en una herida
iranavaja cuchimirada
sobre un país de espinas y de púas

Circo de montes
teatro de las nubes
mesa del mediodía
esteras de la luna
jardín de planetas
tambor de la lluvia
balcón de las brisas
silla del sol
juego de pelota de las constelaciones
Imágenes reventadas
imágenes empaladas
salta la mano cortada
salta la lengua arrancada
saltan los senos tronchados
la verga guillotizada
tristrás en el polvo tristrás
en el patio trasero

podan el árbol de sangre
el árbol inteligente

Polvo de imágenes disecadas
La Virgen

corona de culebras
El Desollado

El Flechado
El Crucificado

El Colibrí
chispa con alas

tizónflor
La Llama

que habla con palabras de agua
La Señora

pechos de vino y vientre de pan
horno

donde arden los muertos y se cuecen los vivos
La Araña

hija del aire
en su casa de aire

hila la luz

hila los días y los siglos
El Conejo

viento
esculpido en el espejo de la luna

Imágenes enterradas

en el ojo del perro de los muertos
caídas

en el pozo cegado del origen
torbellinos de reflejos

en el teatro de piedra de la memoria
imágenes

girantes en el circo del ojo vaciado
ideas

rojas verdes pardas
enjambre de moscas

las ideas se comieron a los dioses
los dioses

[illegible]

¿Dónde está el agua otra?

Nocturno de San Ildefonso

1

Inventa la noche en mi ventana
otra noche,
otro espacio:
fiesta convulsa
en un metro cuadrado de negrura.
Momentáneas
confederaciones de fuego,
nómadas geometrías,
números errantes.
Del amarillo al verde al rojo
se desovilla la espiral.
Ventana:
lámina imantada de llamadas y respuestas,
caligrafía de alto voltaje,
mentido cielo/infierno de la industria
sobre la piel cambiante del instante.

Signos-semillas:
la noche los dispara,
suben,
estallan allá arriba,
se precipitan,
ya quemados,
en un cono de sombra,
reaparecen,
lumbres divagantes,
racimos de sílabas,
incendios giratorios,
se dispersan,
otra vez añicos.

La ciudad los inventa y los anula.

Estoy a la entrada de un túnel.
Estas frases perforan el tiempo.

Tal vez yo soy ese que espera al final del túnel.
Hablo con los ojos cerrados.

Alguien
ha plantado en mis párpados
un bosque de agujas magnéticas,
alguien
guía la hilera de estas palabras.

La página
se ha vuelto un hormiguero.

El vacío
se estableció en la boca de mi estómago.

Caigo
interminablemente sobre ese vacío.
Caigo sin caer.

Tengo las manos frías,
los pies fríos
—pero los alfabetos arden, arden.

El espacio
se hace y se deshace.
La noche insiste,
la noche palpa mi frente,
palpa mis pensamientos.
¿Qué quiere?

2

Calles vacías, luces tuertas.
En una esquina,
el espectro de un perro.

Busca, en la basura,
un hueso fantasma.

Gallera alborotada:
patio de vecindad y su mitote.

México, hacia 1931.
Gorriones callejeros,
una bandada de niños
con los periódicos que no vendieron
hace un nido.

frutos al alcance de la mano.

Frutos: astros.

Arden.

Arde, árbol de pólvora,

el diálogo adolescente,

súbito almacén chamuscado.

12 veces

golpea el puño de bronce de las torres.

La noche

estalla en pedazos,

los junta luego y a sí misma,

intacta, se une.

Nos dispersamos,

no allá en la plaza con sus trenes quemados,

aquí,

sobre esta página: letras petrificadas.

3

El muchacho que camina por este poema,

entre San Ildefonso y el Zócalo,

es el hombre que lo escribe:

esta página

también es una caminata nocturna.

Aquí encarnan

los espectros amigos,

las ideas se disipan.

El bien, quisimos el bien:

enderezar al mundo.

No nos faltó entereza:

nos faltó humildad.

Lo que quisimos no lo quisimos con inocencia.

Preceptos y conceptos,

soberbia de teólogos:

golpear con la cruz,

fundar con sangre,

levantar la casa con ladrillos de crimen,

decretar la comunión obligatoria.

Algunos
se convirtieron en secretarios de los secretarios
del Secretario General del Infierno.

La rabia
se volvió filósofa,
su baba ha cubierto al planeta.
La razón descendió a la tierra,
tomó la forma del patíbulo
—y la adoran millones.

Enredo circular:
todos hemos sido,
en el Gran Teatro del Inmundo;
jueces, verdugos, víctimas, testigos,
todos
hemos levantado falso testimonio
contra los otros
y contra nosotros mismos.

Y lo más vil: fuimos
el público que aplaude o bosteza en su butaca.
La culpa que no se sabe culpa,
la inocencia,
fue la culpa mayor.
Cada año fue monte de huesos.

Conversiones, retractaciones, excomuniones,
reconciliaciones, apostasías, abjuraciones,
zig-zag de las demonolatrías y las androlatrías,
los embrujamientos y las desviaciones:
mi historia,

¿son las historias de un error?
La historia es el error.

La verdad es aquello,
más allá de las fechas,
más acá de los nombres,
que la historia desdeña:
el cada día
—latido anónimo de todos,
latido

único de cada uno—,
el irrepetible
cada día idéntico a todos los días.
La verdad
es el fondo del tiempo sin historia.
El peso
del instante que no pesa:
unas piedras con sol,
vistas hace ya mucho y que hoy regresan,
piedras de tiempo que son también de piedra
bajo este sol de tiempo,
sol que viene de un día sin fecha,
sol
que ilumina estas palabras,
sol de palabras
que se apaga al nombrarlas.
Arden y se apagan
soles, palabras, piedras:
el instante los quema
sin quemarse.
Oculto, inmóvil, intocable,
el presente—no sus presencias—está siempre.
Entre el hacer y el ver,
acción o contemplación,
escogí el acto de palabras:
hacerlas, habitarlas,
dar ojos al lenguaje.
La poesía no es la verdad:
es la resurrección de las presencias,
la historia
transfigurada en la verdad del tiempo no fechado.
La poesía,
como la historia, se hace;
la poesía,
como la verdad, se ve.
La poesía:
encarnación

del sol-sobre-las-piedras en un nombre,
disolución
del nombre en un más allá de las piedras.

La poesía,
puente colgante entre historia y verdad,
no es camino hacia esto o aquello:

es ver
la quietud en el movimiento,
el tránsito
en la quietud.

La historia es el camino:
no va a ninguna parte,
todos lo caminamos,
la verdad es caminarlo.
No vamos ni venimos:
estamos en las manos del tiempo.

La verdad:
sabernos,
desde el origen,
suspendidos.
Fraternidad sobre el vacío.

4

Las ideas se disipan,
quedan los espectros:
verdad de lo vivido y padecido.

Queda un sabor casi vacío:
el tiempo

—furor compartido—
el tiempo

—olvido compartido—
al fin transfigurado
en la memoria y sus encarnaciones.

Queda
el tiempo hecho cuerpo repartido: lenguaje.

En la ventana,
simulacro guerrero,
se enciende y apaga
el cielo comercial de los anuncios.
Atrás,
apenas visibles,
las constelaciones verdaderas.
Aparece,
entre tinacos, antenas, azoteas,
columna líquida,
más mental que corpórea,
cascada de silencio:
la luna.

Ni fantasma ni idea:
fue diosa y es hoy claridad errante.

Mi mujer está dormida.
También es luna,
claridad que transcurre
—no entre escollos de nubes,
entre las peñas y las penas de los sueños:
también es alma.
Fluye bajo sus ojos cerrados,
desde su frente se despeña,
torrente silencioso,
hasta sus pies,
en sí misma se desploma
y de sí misma brota,
sus latidos la esculpen,
se inventa al recorrerse,
se copia al inventarse,
entre las islas de sus pechos
es un brazo de mar,
su vientre es la laguna
donde se desvanecen
la sombra y sus vegetaciones,
fluye por su talle,
sube,
desciende,

en sí misma se esparce,
se ata
a su fluir,
se dispersa en su forma:
también es cuerpo.

La verdad
es el oleaje de una respiración
y las visiones que miran unos ojos cerrados:
palpable misterio de la persona.

La noche está a punto de desbordarse.
Clarea.

El horizonte se ha vuelto acuático.
Despeñarse
desde la altura de esta hora:

¿morir
será caer o subir,
una sensación o una cesación?

Cierro los ojos,
oigo en mi cráneo
los pasos de mi sangre,
oigo
pasar el tiempo por mis sienes.

Todavía estoy vivo.
El cuarto se ha enarenado de luna.

Mujer:
fuente en la noche.
Yo me fío a su fluir sosegado.

PASADO EN CLARO

*

[1974]

*Fair seed-time had my soul, and I grew up
Foster'd alike by beauty and by fear . . .*

W. W. *The Prelude* (I, 265–266)

Pasado en claro

Oídos con el alma,
pasos mentales más que sombras,
sombras del pensamiento más que pasos,
por el camino de ecos
que la memoria inventa y borra:
sin caminar caminan
sobre este ahora, puente
tendido entre una letra y otra.
Como llovizna sobre brasas
dentro de mí los pasos pasan
hacia lugares que se vuelven aire.
Nombres: en una pausa
desaparecen, entre dos palabras.
El sol camina sobre los escombros
de lo que digo, el sol arrasa los parajes
confusamente apenas
amaneciendo en esta página,
el sol abre mi frente,
balcón al voladero
dentro de mí.

Me alejo de mí mismo,
sigo los titubeos de esta frase,
senda de piedras y de cabras.
Relumbran las palabras en la sombra.
Y la negra marea de las sílabas
cubre el papel y entierra
sus raíces de tinta
en el subsuelo del lenguaje.
Desde mi frente salgo a un mediodía
del tamaño del tiempo.
El asalto de siglos del baniano
contra la vertical paciencia de la tapia
es menos largo que esta momentánea

bifurcación del pensamiento
entre lo presentido y lo sentido.
Ni allá ni aquí: por esa linde
de duda, transitada
sólo por espejeos y vislumbres,
donde el lenguaje se desdice,
voy al encuentro de mí mismo.
La hora es bola de cristal.
Entro en un patio abandonado:
aparición de un fresno.
Verdes exclamaciones
del viento entre las ramas.
Del otro lado está el vacío.
Patio inconcluso, amenazado
por la escritura y sus incertidumbres.
Ando entre las imágenes de un ojo
desmemoriado. Soy una de sus imágenes.
El fresno, sinüosa llama líquida,
es un rumor que se levanta
hasta volverse torre hablante.
Jardín ya matorral: su fiebre inventa bichos
que luego copian las mitologías.
Adobes, cal y tiempo:
entre ser y no ser los pardos muros.
Infinitesimales prodigios en sus grietas:
el hongo duende, vegetal Mitrídates,
la lagartija y sus exhalaciones.
Estoy dentro del ojo: el pozo
donde desde el principio un niño
está cayendo, el pozo donde cuento
lo que tardo en caer desde el principio,
el pozo de la cuenta de mi cuento
por donde sube el agua y baja
mi sombra.

El patio, el muro, el fresno, el pozo
en una claridad en forma de laguna

se desvanecen. Crece en sus orillas
una vegetación de transparencias.
Rima feliz de montes y edificios,
se desdobra el paisaje en el abstracto
espejo de la arquitectura.
Apenas dibujada,
suerte de coma horizontal (◡)
entre el cielo y la tierra,
una piragua solitaria.
Las olas hablan nahua.
Cruza un signo volante las alturas.
Tal vez es una fecha, conjunción de destinos:
el haz de cañas, prefiguración del brasero.
El pedernal, la cruz, esas llaves de sangre
¿alguna vez abrieron las puertas de la muerte?
La luz poniente se demora,
alza sobre la alfombra simétricos incendios,
vuelve llama quimérica
este volumen lacre que hojeo
(estampas: los volcanes, los cúes y, tendido,
manto de plumas sobre el agua,
Tenochtitlan todo empapado en sangre).
Los libros del estante son ya brasas
que el sol atiza con sus manos rojas.
Se rebela mi lápiz a seguir el dictado.
En la escritura que la nombra
se eclipsa la laguna.
Doblo la hoja. Cuchicheos:
me espían entre los follajes
de las letras.

Un charco es mi memoria.
Lodoso espejo: ¿dónde estuve?
Sin piedad y sin cólera mis ojos
me miran a los ojos
desde las aguas turbias de ese charco
que convocan ahora mis palabras.

No veo con los ojos: las palabras
son mis ojos. Vivimos entre nombres;
lo que no tiene nombre todavía
no existe: *Adán de lodo*,
no un muñeco de barro, una metáfora.
Ver al mundo es deletrearlo.
Espejo de palabras: ¿dónde estuve?
Mis palabras me miran desde el charco
de mi memoria. Brillan,
entre enramadas de reflejos,
nubes varadas y burbujas,
sobre un fondo del ocre al brasilado,
las sílabas de agua.
Ondulación de sombras, visos, ecos,
no escritura de signos: de rumores.
Mis ojos tienen sed. El charco es senequista:
el agua, aunque potable, no se bebe: se lee.
Al sol del altiplano se evaporan los charcos.
Queda un polvo desleal
y unos cuantos vestigios intestados.
¿Dónde estuve?

Yo estoy en donde estuve:
entre los muros indecisos
del mismo patio de palabras.
Abderramán, Pompeyo, Xicoténcatl,
batallas en el Oxus o en la barda
con Ernesto y Guillermo. La mil hojas,
verdinegra escultura del murmullo,
jaula del sol y la centella
breve del chupamirto: la higuera primordial,
capilla vegetal de rituales
polimorfos, diversos y perversos.
Revelaciones y abominaciones:
el cuerpo y sus lenguajes
entretejidos, nudo de fantasmas
palpados por el pensamiento

y por el tacto disipados,
argolla de la sangre, idea fija
en mi frente clavada.

El deseo es señor de espectros,
el deseo nos vuelve espectros:
somos enredaderas de aire
en árboles de viento,
manto de llamas inventado
y devorado por la llama.

La hendedura del tronco:
sexo, sello, pasaje serpentino
cerrado al sol y a mis miradas,
abierto a las hormigas.

La hendedura fue pórtico
del más allá de lo mirado y lo pensado:
allá dentro son verdes las mareas,
la sangre es verde, el fuego verde,
entre las yerbas negras arden estrellas verdes:
es la música verde de los élitros
en la prístina noche de la higuera;
—allá dentro son ojos las yemas de los dedos,
el tacto mira, palpan las miradas,
los ojos oyen los olores;
—allá dentro es afuera,
es todas partes y ninguna parte,
las cosas son las mismas y son otras,
encarcelado en un icosaedro
hay un insecto tejedor de música
y hay otro insecto que desteje
los silogismos que la araña teje
colgada de los hilos de la luna;
—allá dentro el espacio
es una mano abierta y una frente
que no piensa ideas sino formas
que respiran, caminan, hablan, cambian
y silenciosamente se evaporan;

—allá dentro, país de entretejidos ecos,
se despeña la luz, lenta cascada,
entre los labios de las grietas:
la luz es agua, el agua tiempo diáfano
donde los ojos lavan sus imágenes;
—allá dentro los cables del deseo
fingen eternidades de un segundo
que la mental corriente eléctrica
enciende, apaga, enciende,
resurrecciones llameantes
del alfabeto calcinado;
—no hay escuela allá dentro,
siempre es el mismo día, la misma noche siempre,
no han inventado el tiempo todavía,
no ha envejecido el sol,
esta nieve es idéntica a la yerba,
siempre y nunca es lo mismo,
nunca ha llovido y llueve siempre,
todo está siendo y nunca ha sido,
pueblo sin nombre de las sensaciones,
nombres que buscan cuerpo,
impías transparencias,
jaulas de claridad donde se anulan
la identidad entre sus semejanzas,
la diferencia en sus contradicciones.
La higuera, sus falacias y su sabiduría:
prodigios de la tierra
—fidedignos, puntuales, redundantes—
y la conversación con los espectros.
Aprendizajes con la higuera:
hablar con vivos y con muertos.
También conmigo mismo.

La procesión del año:
cambios que son repeticiones.
El paso de las horas y su peso.
La madrugada: más que luz, un vaho

de claridad cambiada en gotas grávidas
sobre los vidrios y las hojas:
el mundo se atenúa
en esas oscilantes geometrías
hasta volverse el filo de un reflejo.
Brotó el día, prorrumpe entre las hojas,
gira sobre sí mismo
y de la vacuidad en que se precipita
surge, otra vez corpóreo.
El tiempo es luz filtrada.
Revienta el fruto negro
en encarnada florecencia,
la rota rama escurre savia lechosa y acre.
Metamorfosis de la higuera:
si el otoño la quema, su luz la transfigura.
Por los espacios diáfanos
se eleva descarnada virgen negra.
El cielo es giratorio lapislázuli:
viran *au ralenti* sus continentes,
insubstanciales geografías.
Llamas entre las nieves de las nubes.
La tarde más y más de miel quemada.
Derrumbe silencioso de horizontes:
la luz se precipita de las cumbres,
la sombra se derrama por el llano.

A la luz de la lámpara—la noche
ya dueña de la casa y el fantasma
de mi abuelo ya dueño de la noche—
yo penetraba en el silencio,
cuerpo sin cuerpo, tiempo
sin horas. Cada noche,
máquinas transparentes del delirio,
dentro de mí los libros levantaban
arquitecturas sobre una sima edificadas.
Las alza un soplo del espíritu,
un parpadeo las deshace.

Yo junté leña con los otros
y lloré con el humo de la pira
del domador de potros;
vagué por la arboleda navegante
que arrastra el Tajo turbiamente verde:
la líquida espesura se encrespaba
tras de la fugitiva Galatea;
vi en racimos las sombras agolpadas
para beber la sangre de la zanja:
«mejor quebrar terrones
por la ración de perro del labrador avaro
que regir las naciones pálidas de los muertos»;
tuve sed, vi demonios en el Gobi;
en la gruta nadé con la sirena
(y después, en el sueño purgativo,
fendendo i drappi, e mostravami 'l ventre,
quel mi svegliò col puzzo che n'uscia);
grabé sobre mi tumba imaginaria:
«no muevas esta lápida,
soy rico sólo en huesos»;
aquellas memorables
pecosas peras encontradas
en la cesta verbal de Villaurrutia;
Carlos Garrote, eterno medio hermano,
«Dios te salve», me dijo al derribarme
y era, por los espejos del insomnio
repetido, yo mismo el que me hería;
Isis y el asno Lucio; el pulpo y Nemo;
y los libros marcados por las armas de Príapo,
leídos en las tardes diluviales
el cuerpo tenso, la mirada intensa.
Nombres anclados en el golfo
de mi frente: yo escribo porque el druida,
bajo el rumor de sílabas del himno,
encina bien plantada en una página,
me dio el gajo de muérdago, el conjuro
que hace brotar palabras de la peña.

Los nombres acumulan sus imágenes.
Las imágenes acumulan sus gaseosas,
conjeturales confederaciones.
Nubes y nubes, fantasmal galope
de las nubes sobre las crestas
de mi memoria. Adolescencia,
país de nubes.

Casa grande,
encallada en un tiempo
azolvado. La plaza, los árboles enormes
donde anidaba el sol, la iglesia enana
—su torre les llegaba a las rodillas
pero su doble lengua de metal
a los difuntos despertaba.
Bajo la arcada, en garbas militares,
las cañas, lanzas verdes,
carabinas de azúcar;
en el portal, el tendejón magenta:
frescor de agua en penumbra,
ancestrales petates, luz trenzada,
y sobre el zinc del mostrador,
diminutos planetas desprendidos
del árbol meridiano,
los tejocotes y las mandarinas,
amarillos montones de dulzura.
Giran los años en la plaza,
rueda de Santa Catalina,
y no se mueven.

Mis palabras,
al hablar de la casa, se agrietan.
Cuartos y cuartos, habitados
sólo por sus fantasmas,
sólo por el rencor de los mayores
habitados. Familias,

criaderos de alacranes:
como a los perros dan con la pitanza
vidrio molido, nos alimentan con sus odios
y la ambición dudosa de ser alguien.
También me dieron pan, me dieron tiempo,
claros en los recodos de los días,
remansos para estar solo conmigo.
Niño entre adultos taciturnos
y sus terribles niñerías,
niño por los pasillos de altas puertas,
habitaciones con retratos,
crepusculares cofradías de los ausentes,
niño sobreviviente
de los espejos sin memoria
y su pueblo de viento:
el tiempo y sus encarnaciones
resuelto en simulacros de reflejos.
En mi casa los muertos eran más que los vivos.
Mi madre, niña de mil años,
madre del mundo, huérfana de mí,
abnegada, feroz, obtusa, providente,
jilguera, perra, hormiga, jabalina,
carta de amor con faltas de lenguaje,
mi madre: pan que yo cortaba
con su propio cuchillo cada día.
Los fresnos me enseñaron,
bajo la lluvia, la paciencia,
a cantar cara al viento vehemente.
Virgen somnilocua, una tía
me enseñó a ver con los ojos cerrados,
ver hacia dentro y a través del muro.
mi abuelo a sonreír en la caída
y a repetir en los desastres: *al hecho, pecho*.
(Esto que digo es tierra
sobre tu nombre derramada: «blanda te sea».)
Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,

mi padre iba y venía entre las llamas.
Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de polvo
una tarde juntamos sus pedazos.
Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora en sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.
Mientras la casa se desmoronaba
yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
entre escombros anónimos.

Días

como una frente libre, un libro abierto.
No me multiplicaron los espejos
codiciosos que vuelven
cosas los hombres, número las cosas:
ni mando ni ganancia. La santidad tampoco:
el cielo para mí pronto fue un cielo
deshabitado, una hermosura hueca
y adorable. Presencia suficiente,
cambiante: el tiempo y sus epifanías.
No me habló dios entre las nubes;
entre las hojas de la higuera
me habló el cuerpo, los cuerpos de mi cuerpo.
Encarnaciones instantáneas:
tarde lavada por la lluvia,
luz recién salida del agua,
el vaho femenino de las plantas
piel a mi piel pegada: ¡súcubo!
—como si al fin el tiempo coincidiese
consigo mismo y yo con él,
como si el tiempo y sus dos tiempos
fuesen un solo tiempo
que ya no fuese tiempo, un tiempo
donde siempre es *ahora* y a todas horas *siempre*,

como si yo y mi doble fuesen uno
y yo no fuese ya.
Granada de la hora: bebí sol, comí tiempo.
Dedos de luz abrían los follajes.
Zumbar de abejas en mi sangre:
el blanco advenimiento.
Me arrojó la descarga
a la orilla más sola. Fui un extraño
entre las vastas ruinas de la tarde.
Vértigo abstracto: hablé conmigo,
fui doble, el tiempo se rompió.

Atónita en lo alto del minuto
la carne se hace verbo—y el verbo se despeña.
Saberse desterrado en la tierra, siendo tierra,
es saberse mortal. Secreto a voces
y también secreto vacío, sin nada adentro:
no hay muertos, sólo hay muerte, madre nuestra.
Lo sabía el azteca, lo adivinaba el griego:
el agua es fuego y en su tránsito
nosotros somos sólo llamaradas.
La muerte es madre de las formas . . .
El sonido, bastón de ciego del sentido:
escribo *muerte* y vivo en ella
por un instante. Habito su sonido:
es un cubo neumático de vidrio,
vibra sobre esta página,
desaparece entre sus ecos.
Paisajes de palabras:
los despueblan mis ojos al leerlos.
No importa: los propagan mis oídos.
Brotan allá, en las zonas indecisas
del lenguaje, palustres poblaciones.
Son criaturas anfibias, son palabras.
Pasan de un elemento a otro,
se bañan en el fuego, reposan en el aire.
Están del otro lado. No las oigo, ¿qué dicen?

No dicen: hablan, hablan.

Salto de un cuento a otro
por un puente colgante de once sílabas.
Un cuerpo vivo aunque intangible el aire,
en todas partes siempre y en ninguna.
Duerme con los ojos abiertos,
se acuesta entre las yerbas y amanece rocío,
se persigue a sí mismo y habla solo en los túneles,
es un tornillo que perfora montes,
nadador en la mar brava del fuego
es invisible surtidor de ayes,
levanta a pulso dos océanos,
anda perdido por las calles
palabra en pena en busca de sentido,
aire que se disipa en aire.
¿Y para qué digo todo esto?
Para decir que en pleno mediodía
el aire se poblaba de fantasmas,
sol acuñado en alas,
ingrávidas monedas, mariposas.
Anochecer. En la terraza
oficiaba la luna silenciaria.
La *cabeza de muerto*, mensajera
de las ánimas, la fascinante fascinada
por las camelias y la luz eléctrica,
sobre nuestras cabezas era un revoloteo
de conjuros opacos. «¡Mátala!»
gritaban las mujeres
y la quemaban como bruja.
Después, con un suspiro feroz, se santiguaban.
Luz esparcida, Psique . . .

¿Hay mensajeros? Sí,
cuerpo tatuado de señales
es el espacio, el aire es invisible

tejido de llamadas y respuestas.
Animales y cosas se hacen lenguas,
a través de nosotros habla consigo mismo
el universo. Somos un fragmento
—pero cabal en su inacabamiento—
de su discurso. Solipsismo
coherente y vacío:
desde el principio del principio
¿qué dice? Dice que nos dice.
Se lo dice a sí mismo. *Oh madness of discourse,
that cause sets up with and against itself!*

Desde lo alto del minuto
despeñado en la tarde de plantas fanerógamas
me descubrió la muerte.
Y yo en la muerte descubrí al lenguaje.
El universo habla solo
pero los hombres hablan con los hombres:
hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio:
el corral de los juegos era historia
y era historia jugar a morir juntos.
La polvareda, el grito, la caída:
algarabía, no discurso.
En el vaivén errante de las cosas,
por las revoluciones de las formas
y de los tiempos arrastradas,
cada una pelea con las otras,
cada una se alza, ciega, contra sí misma.
Así, según la hora cae desen-
lazada, su injusticia pagan. (Anaximandro.)
La injusticia de ser: las cosas sufren
unas con otras y consigo mismas
por ser un querer más, siempre ser más que más.
Ser tiempo es la condena, nuestra pena es la historia.
Pero también es el lugar de prueba:
reconocer en el borrón de sangre
del lienzo de Verónica la cara

del otro—siempre el otro es nuestra víctima.
Túneles, galerías de la historia
¿sólo la muerte es puerta de salida?
El escape, quizás, es hacia dentro.
Purgación del lenguaje, la historia se consume
en la disolución de los pronombres:
ni *yo soy* ni *yo más* sino más ser sin yo.
En el centro del tiempo ya no hay tiempo,
es movimiento hecho fijeza, círculo
anulado en sus giros.

Mediodía:
llamas verdes los árboles del patio.
Crepitación de brasas últimas
entre la yerba: insectos obstinados.
Sobre los prados amarillos
claridades: los pasos de vidrio del otoño.
Una congregación fortuita de reflejos,
pájaro momentáneo,
entra por la enramada de estas letras.
El sol en mi escritura bebe sombra.
Entre muros—de piedra no:
por la memoria levantados—
transitoria arboleda:
luz reflexiva entre los troncos
y la respiración del viento.
El dios sin cuerpo, el dios sin nombre
que llamamos con nombres
vacíos—con los nombres del vacío—,
el dios del tiempo, el dios que es tiempo,
pasa entre los ramajes
que escribo. Dispersión de nubes
sobre un espejo neutro:
en la disipación de las imágenes
el alma es ya, vacante, espacio puro.
En quietud se resuelve el movimiento.
Insiste el sol, se clava

en la corola de la hora absorta.
Llama en el tallo de agua
de las palabras que la dicen,
la flor es otro sol.
La quietud en sí misma
se disuelve. Transcurre el tiempo
sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso,
aunque todos pasamos, no pasa ni se queda:
hay un tercer estado.

Hay un estar tercero:
el ser sin ser, la plenitud vacía,
hora sin horas y otros nombres
con que se muestra y se dispersa
en las confluencias del lenguaje
no la presencia: su presentimiento.
Los nombres que la nombran dicen: *nada*,
palabra de dos filos, palabra entre dos huecos.
Su casa, edificada sobre el aire
con ladrillos de fuego y muros de agua,
se hace y se deshace y es la misma
desde el principio. Es dios:
habita nombres que lo niegan.
En las conversaciones con la higuera
o entre los blancos del discurso,
en la conjuración de las imágenes
contra mis párpados cerrados,
el desvarío de las simetrías,
los arenales del insomnio,
el dudoso jardín de la memoria
o en los senderos divagantes,
era el eclipse de las claridades.
Aparecía en cada forma
de desvanecimiento.

Dios sin cuerpo,
con lenguajes de cuerpo lo nombraban

mis sentidos. Quise nombrarlo
con un nombre solar,
una palabra sin revés.
Fatigué el cubilete y el *ars combinatoria*.
Una sonaja de semillas secas
las letras rotas de los nombres:
hemos quebrantado a los nombres,
hemos dispersado a los nombres,
hemos deshonorado a los nombres.
Ando en busca del nombre desde entonces.
Me fui tras un murmullo de lenguajes,
ríos entre los pedregales
color ferrigno de estos tiempos.
Pirámides de huesos, pudrideros verbales:
nuestros señores son gárrulos y feroces.
Alcé con las palabras y sus sombras
una casa ambulante de reflejos,
torre que anda, construcción de viento.
El tiempo y sus combinaciones:
los años y los muertos y las sílabas,
cuentos distintos de la misma cuenta.
Espiral de los ecos, el poema
es aire que se esculpe y se disipa,
fugaz alegoría de los nombres
verdaderos. A veces la página respira:
los enjambres de signos, las repúblicas
errantes de sonidos y sentidos,
en rotación magnética se enlazan y dispersan
sobre el papel.

Estoy en donde estuve:
voy detrás del murmullo,
pasos dentro de mí, oídos con los ojos,
el murmullo es mental, yo soy mis pasos,
oigo las voces que yo pienso,
las voces que me piensan al pensarlas.
Soy la sombra que arrojan mis palabras

*México y Cambridge, Mass.
del 9 de septiembre al 27 de diciembre de 1974*

DE
ÁRBOL ADENTRO

[1976–1988]

Decir: hacer

A Roman Jakobson

1

Entre lo que veo y digo,
entre lo que digo y callo,
entre lo que callo y sueño,
entre lo que sueño y olvido,
la poesía.

Se desliza
entre el sí y el no:
dice

lo que callo,
calla
lo que digo,
sueña

lo que olvido.
No es un decir:
es un hacer.

Es un hacer
que es un decir.

La poesía
se dice y se oye:
es real.

Y apenas digo
es real,
se disipa.

¿Así es más real?

2

Idea palpable,
palabra
impalpable:
la poesía

va y viene
entre lo que es
y lo que no es.
Teje reflejos
y los desteje.
La poesía
siembra ojos en la página,
siembra palabras en los ojos.
Los ojos hablan,
las palabras miran,
las miradas piensan.
Oír
los pensamientos,
ver
lo que decimos,
tocar
el cuerpo de la idea.
Los ojos
se cierran,
las palabras se abren.

Bashō-An

El mundo cabe
en diecisiete sílabas:
tú en esta choza.

Troncos y paja:
por las rendijas entran
Budas e insectos.

Hecho de aire
entre pinos y rocas
brota el poema.

Entretejidas
vocales, consonantes:
casa del mundo.

Huesos de siglos,
penas ya peñas, montes:
aquí no pesan.

Esto que digo
son apenas tres líneas:
choza de sílabas.

de *Al vuelo I*

Naranja

Pequeño sol
quieto sobre la mesa,
fijo mediodía.
Algo le falta:
noche.

Alba

Sobre la arena
escritura de pájaros:
memorias del viento.

Estrellas y grillo

Es grande el cielo
y arriba siembran mundos.
Imperturbable,
prosigue en tanta noche
el grillo berbiquí.

Calma

Luna, reloj de arena:
la noche se vacía,
la hora se ilumina.

Viento, agua, piedra

A Roger Caillois

El agua horada la piedra,
el viento dispersa el agua,
la piedra detiene al viento.
Agua, viento, piedra.

El viento esculpe la piedra,
la piedra es copa del agua,
el agua escapa y es viento.
Piedra, viento, agua.

El viento en sus giros canta,
el agua al andar murmura,
la piedra inmóvil se calla.
Viento, agua, piedra.

Uno es otro y es ninguno:
entre sus nombres vacíos
pasan y se desvanecen
agua, piedra, viento.

Entre irse y quedarse

Entre irse y quedarse duda el día,
enamorado de su transparencia.

La tarde circular es ya bahía:
en su quieto vaivén se mece el mundo.

Todo es visible y todo es elusivo,
todo está cerca y todo es intocable.

Los papeles, el libro, el vaso, el lápiz
reposan a la sombra de sus nombres.

Latir del tiempo que en mi sien repite
la misma terca sílaba de sangre.

La luz hace del muro indiferente
un espectral teatro de reflejos.

En el centro de un ojo me descubro;
no me mira, me miro en su mirada.

Se disipa el instante. Sin moverme,
yo me quedo y me voy: soy una pausa.

Este lado

A Donald Sutherland

Hay luz. No la tocamos ni la vemos.
En sus vacías claridades
reposa lo que vemos y tocamos.
Yo veo con las yemas de mis dedos
lo que palpan mis ojos:
 sombras, mundo.
Con las sombras dibujo mundos,
disipo mundos con las sombras.
Oigo latir la luz del otro lado.

Hermanidad

Homenaje a Claudio Ptolomeo

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.

Hablo de la ciudad

A Eliot Weinberger

novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y resucitada cada día,
convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles,
palomares, catacumbas,
la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros cuadrados
inacabable como una galaxia,
la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos y deshacemos y
rehacemos mientras soñamos,
la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras la soñamos,
la ciudad que despierta cada cien años y se mira en el espejo de una palabra
y no se reconoce y otra vez se echa a dormir,
la ciudad que brota de los párpados de la mujer que duerme a mi lado y se
convierte,
con sus monumentos y sus estatuas, sus historias y sus leyendas,
en un manantial hecho de muchos ojos y cada ojo refleja el mismo paisaje
detenido,
antes de las escuelas y las prisiones, los alfabetos y los números, el altar y la
ley:
el río que es cuatro ríos, el huerto, el árbol, la Varona y el Varón vestidos de
viento
—volver, volver, ser otra vez arcilla, bañarse en esa luz, dormir bajo esas
luminarias,
flotar sobre las aguas del tiempo como la hoja llameante del arce que
arrastra la corriente,
volver, ¿estamos dormidos o despiertos?, estamos, nada más estamos,
amanece, es temprano,
estamos en la ciudad, no podemos salir de ella sin caer en otra, idéntica
aunque sea distinta,
hablo de la ciudad inmensa, realidad diaria hecha de dos palabras: *los otros*,
y en cada uno de ellos hay un yo cercenado de un nosotros, un yo a la
deriva,
hablo de la ciudad construida por los muertos, habitada por sus tercios
fantasmas, regida por su despótica memoria,

la ciudad con la que hablo cuando no hablo con nadie y que ahora me dicta
estas palabras insomnes,
hablo de las torres, los puentes, los subterráneos, los hangares, maravillas y
desastres,
el Estado abstracto y sus policías concretos, sus pedagogos, sus carceleros,
sus predicadores,
las tiendas en donde hay de todo y gastamos todo y todo se vuelve humo,
los mercados y sus pirámides de frutos, rotación de las cuatro estaciones,
las reses en canal colgando de los garfios, las colinas de especias y las
torres de frascos y conservas,
todos los sabores y los colores, todos los olores y todas las materias, la
marea de las voces—agua, metal, madera, barro—, el trajín, el regateo y
el trapicheo desde el comienzo de los días,
hablo de los edificios de cantería y de mármol, de cemento, vidrio, hierro,
del gentío en los vestíbulos y portales, de los elevadores que suben y
bajan como el mercurio en los termómetros,
de los bancos y sus consejos de administración, de las fábricas y sus
gerentes, de los obreros y sus máquinas incestuosas,
hablo del desfile inmemorial de la prostitución por calles largas como el
deseo y como el aburrimiento,
del ir y venir de los autos, espejo de nuestros afanes, quehaceres y pasiones
(¿por qué, para qué, hacia dónde?),
de los hospitales siempre repletos y en los que siempre morimos solos,
hablo de la penumbra de ciertas iglesias y de las llamas titubeantes de los
cirios en los altares,
tímidas lenguas con las que los desamparados hablan con los santos y con
las vírgenes en un lenguaje ardiente y entrecortado,
hablo de la cena bajo la luz tuerta en la mesa coja y los platos
desportillados,
de las tribus inocentes que acampan en los baldíos con sus mujeres y sus
hijos, sus animales y sus espectros,
de las ratas en el albañal y de los gorriones valientes que anidan en los
alambres, en las cornisas y en los árboles martirizados,
de los gatos contemplativos y de sus novelas libertinas a la luz de la luna,
diosa cruel de las azoteas,
de los perros errabundos, que son nuestros franciscanos y nuestros *bhikkus*,
los perros que desentierran los huesos del sol,

hablo del anacoreta y de la fraternidad de los libertarios, de la conjura de los
justicieros y de la banda de los ladrones,
de la conspiración de los iguales y de la sociedad de amigos del Crimen, del
club de los suicidas y de Jack el Destripador,
del Amigo de los Hombres, afilador de la guillotina, y de César, Delicia del
Género Humano,
hablo del barrio paralítico, el muro llagado, la fuente seca, la estatua
pintarrajeada,
hablo de los basureros del tamaño de una montaña y del sol taciturno que se
filtra en el *polumo*,
de los vidrios rotos y del desierto de chatarra, del crimen de anoche y del
banquete del inmortal Trimalción,
de la luna entre las antenas de la televisión y de una mariposa sobre un bote
de inmundicias,
hablo de madrugadas como vuelo de garzas en la laguna y del sol de alas
transparentes que se posa en los follajes de piedra de las iglesias y del
gorjeo de la luz en los tallos de vidrio de los palacios,
hablo de algunos atardeceres al comienzo del otoño, cascadas de oro
incorpóreo, transfiguración de este mundo, todo pierde cuerpo, todo se
queda suspenso,
la luz piensa y cada uno de nosotros se siente pensado por esa luz reflexiva,
durante un largo instante el tiempo se disipa, somos aire otra vez,
hablo del verano y de la noche pausada que crece en el horizonte como un
monte de humo que poco a poco se desmorona y cae sobre nosotros
como una ola,
reconciliación de los elementos, la noche se ha tendido y su cuerpo es un río
poderoso de pronto dormido, nos mecemos en el oleaje de su
respiración, la hora es palpable, la podemos tocar como un fruto,
han encendido las luces, arden las avenidas con el fulgor del deseo, en los
parques la luz eléctrica atraviesa los follajes y cae sobre nosotros una
llovizna verde y fosforescente que nos ilumina sin mojarnos, los árboles
murmuran, nos dicen algo,
hay calles en penumbra que son una insinuación sonriente, no sabemos
adónde van, tal vez al embarcadero de las islas perdidas,
hablo de las estrellas sobre las altas terrazas y de las frases indescifrables
que escriben en la piedra del cielo,

hablo del chubasco rápido que azota los vidrios y humilla las arboledas,
duró veinticinco minutos y ahora allá arriba hay agujeros azules y
chorros de luz, el vapor sube del asfalto, los coches relucen, hay charcos
donde navegan barcos de reflejos,
hablo de nubes nómadas y de una música delgada que ilumina una
habitación en un quinto piso y de un rumor de risas en mitad de la noche
como agua remota que fluye entre raíces y yerbas,
hablo del encuentro esperado con esa forma inesperada en la que encarna lo
desconocido y se manifiesta a cada uno:
ojos que son la noche que se entreabre y el día que despierta, el mar que se
tiende y la llama que habla, pechos valientes: marea lunar,
labios que dicen *sésamo* y el tiempo se abre y el pequeño cuarto se vuelve
jardín de metamorfosis y el aire y el fuego se enlazan, la tierra y el agua
se confunden,
o es el advenimiento del instante en que allá, en aquel otro lado que es aquí
mismo, la llave se cierra y el tiempo cesa de manar:
instante del *hasta aquí*, fin del hipo, del quejido y del ansia, el alma pierde
cuerpo y se desploma por un agujero del piso, cae en sí misma, el
tiempo se ha desfondado, caminamos por un corredor sin fin, jadeamos
en un arenal,
¿esa música se aleja o se acerca, esas luces pálidas se encienden o apagan?,
canta el espacio, el tiempo se disipa: es el boqueo, es la mirada que
resbala por la lisa pared, es la pared que se calla, la pared,
hablo de nuestra historia pública y de nuestra historia secreta, la tuya y la
mía,
hablo de la selva de piedra, el desierto del profeta, el hormiguero de almas,
la congregación de tribus, la casa de los espejos, el laberinto de ecos,
hablo del gran rumor que viene del fondo de los tiempos, murmullo
incoherente de naciones que se juntan o dispersan, rodar de multitudes y
sus armas como peñascos que se despeñan, sordo sonar de huesos
cayendo en el hoyo de la historia,
hablo de la ciudad, pastora de siglos, madre que nos engendra y nos devora,
nos inventa y nos olvida.

Conversar

En un poema leo:
conversar es divino.
Pero los dioses no hablan:
hacen, deshacen mundos
mientras los hombres hablan.
Los dioses, sin palabras,
juegan juegos terribles.

El espíritu baja
y desata las lenguas
pero no habla palabras:
habla lumbre. El lenguaje,
por el dios encendido,
es una profecía
de llamas y un desplome
de sílabas quemadas:
ceniza sin sentido.

La palabra del hombre
es hija de la muerte.
Hablamos porque somos
mortales: las palabras
no son signos, son años.
Al decir lo que dicen
los nombres que decimos
dicen tiempo: nos dicen,
somos nombres del tiempo.
Conversar es humano.

Un despertar

Dentro de un sueño estaba emparedado.
Sus muros no tenían consistencia
ni peso: su vacío era su peso.
Los muros eran horas y las horas
fija y acumulada pesadumbre.
El tiempo de esas horas no era tiempo.

Salté por una brecha: eran las cuatro
en este mundo. El cuarto era mi cuarto
y en cada cosa estaba mi fantasma.
Yo no estaba. Miré por la ventana:
bajo la luz eléctrica ni un alma.
Reverberos en vela, nieve sucia,
casas y autos dormidos, el insomnio
de una lámpara, el roble que habla solo,
el viento y sus navajas, la escritura
de las constelaciones, ilegible.

En sí mismas las cosas se abismaban
y mis ojos de carne las veían
abrumadas de estar, realidades
desnudas de sus nombres. Mis dos ojos
eran almas en pena por el mundo.
En la calle sin nadie la presencia
pasaba sin pasar, desvanecida
en sus hechuras, fija en sus mudanzas,
ya vuelta casas, robles, nieve, tiempo.
Vida y muerte fluían confundidas.

Mirar deshabitado, la presencia
con los ojos de nadie me miraba:
haz de reflejos sobre precipicios.
Miré hacia adentro: el cuarto era mi cuarto
y yo no estaba. Al ser nada le falta
—siempre lleno de sí, jamás el mismo—

aunque nosotros ya no estemos . . . Fuera,
todavía indecisas, claridades:
el alba entre confusas azoteas.
Ya las constelaciones se borraban.

La cara y el viento

Bajo un sol inflexible
llanos ocre, colinas leonadas.
Trepé por un breñal una cuesta de cabras
hacia un lugar de escombros:
pilastras desgajadas, dioses decapitados.
A veces, centelleos subrepticios:
una culebra, alguna lagartija.
Agazapados en las piedras,
color de tinta ponzoñosa,
pueblos de bichos quebradizos.
Un patio circular, un muro hendido.
Agarrada a la tierra—nudo ciego,
árbol todo raíces—la higuera religiosa.
Lluvia de luz. Un bulto gris: el Buda.
Una masa borrosa sus facciones,
por las escarpaduras de su cara
subían y bajaban las hormigas.
Intacta todavía,
todavía sonrisa, la sonrisa:
golfo de claridad pacífica.
Y fui por un instante diáfano
viento que se detiene,
gira sobre sí mismo y se disipa.

Fábula de Joan Miró

El azul estaba inmovilizado entre el rojo y el negro.
El viento iba y venía por la página del llano,
encendía pequeñas fogatas, se revolcaba en la ceniza,
salía con la cara tiznada gritando por las esquinas,
el viento iba y venía abriendo y cerrando puertas y ventanas,
iba y venía por los crepusculares corredores del cráneo,
el viento con mala letra y las manos manchadas de tinta
escribía y borraba lo que había escrito sobre la pared del día.
El sol no era sino el presentimiento del color amarillo,
una insinuación de plumas, el grito futuro del gallo.
La nieve se había extraviado, el mar había perdido el habla,
era un rumor errante, unas vocales en busca de una palabra.

El azul estaba inmovilizado, nadie lo miraba, nadie lo oía:
el rojo era un ciego, el negro un sordomudo.
El viento iba y venía preguntando ¿por dónde anda Joan Miró?
Estaba ahí desde el principio pero el viento no lo veía:
inmovilizado entre el azul y el rojo, el negro y el amarillo,
Miró era una mirada transparente, una mirada de siete manos.
Siete manos en forma de orejas para oír a los siete colores,
siete manos en forma de pies para subir los siete escalones del arco iris,
siete manos en forma de raíces para estar en todas partes y a la vez en
Barcelona.

Miró era una mirada de siete manos.
Con la primera mano golpeaba el tambor de la luna,
con la segunda sembraba pájaros en el jardín del viento,
con la tercera agitaba el cubilete de las constelaciones,
con la cuarta escribía la leyenda de los siglos de los caracoles,
con la quinta plantaba islas en el pecho del verde,
con la sexta hacía una mujer mezclando noche y agua, música y
electricidad,
con la séptima borraba todo lo que había hecho y comenzaba de nuevo.

El rojo abrió los ojos, el negro dijo algo incomprensible y el azul se levantó.

Ninguno de los tres podía creer lo que veía:
¿eran ocho gavilanes o eran ocho paraguas?
Los ocho abrieron las alas, se echaron a volar y desaparecieron por un
vidrio roto.

Miró empezó a quemar sus telas.
Ardían los leones y las arañas, las mujeres y las estrellas,
el cielo se pobló de triángulos, esferas, discos, hexaedros en llamas,
el fuego consumió enteramente a la granjera planetaria plantada en el centro
del espacio,
del montón de cenizas brotaron mariposas, peces voladores, roncós
fonógrafos,
pero entre los agujeros de los cuadros chamuscados
volvían el espacio azul y la raya de la golondrina, el follaje de nubes y el
bastón florido:
era la primavera que insistía, insistía con ademanes verdes.
Ante tanta obstinación luminosa Miró se rascó la cabeza con su quinta
mano,
murmurando para sí mismo: *Trabajo como un jardinero.*

¿Jardín de piedras o de barcas? ¿Jardín de poleas o de bailarinas?
El azul, el negro y el rojo corrían por los prados,
las estrellas andaban desnudas pero las friolentas colinas se habían metido
debajo de las sábanas,
había volcanes portátiles y fuegos de artificio a domicilio.
Las dos señoritas que guardan la entrada a la puerta de las percepciones,
Geometría y Perspectiva,
se habían ido a tomar el fresco del brazo de Miró, cantando *Une étoile
caresse le sein d'une négresse.*

El viento dio la vuelta a la página del llano, alzó la cara y dijo, ¿pero dónde
anda Joan Miró?
Estaba ahí desde el principio y el viento no lo veía:
Miró era una mirada transparente por donde entraban y salían atareados
abecedarios.
No eran letras las que entraban y salían por los túneles del ojo:

eran cosas vivas que se juntaban y se dividían, se abrazaban y se mordían y
se dispersaban,
corrían por toda la página en hileras animadas y multicolores, tenían
cuernos y rabos,
unas estaban cubiertas de escamas, otras de plumas, otras andaban en
cueros,
y las palabras que formaban eran palpables, audibles y comestibles pero
impronunciables:
no eran letras sino sensaciones, no eran sensaciones sino transfiguraciones.

¿Y todo esto para qué? Para trazar una línea en la celda de un solitario,
para iluminar con un girasol la cabeza de luna del campesino,
para recibir a la noche que viene con personajes azules y pájaros de fiesta,
para saludar a la muerte con una salva de geranios,
para decirle *buenos días* al día que llega sin jamás preguntarle de dónde
viene y adónde va,
para recordar que la cascada es una muchacha que baja las escaleras muerta
de risa,
para ver al sol y a sus planetas meciéndose en el trapecio del horizonte,
para aprender a mirar y para que las cosas nos miren y entren y salgan por
nuestras miradas,
abecedarios vivientes que echan raíces, suben, florecen, estallan, vuelan, se
disipan, caen.

Las miradas son semillas, mirar es sembrar, Miró trabaja como un jardinero
y con sus siete manos traza incansable—círculo y rabo, ¡oh! y ¡ah!—
la gran exclamación con que todos los días comienza el mundo.

La vista, el tacto

A Balthus

La luz sostiene—ingrávidos, reales—
el cerro blanco y las encinas negras,
el sendero que avanza,
el árbol que se queda;

la luz naciente busca su camino,
río titubeante que dibuja
sus dudas y las vuelve certidumbres,
río del alba sobre unos párpados cerrados;

la luz esculpe al viento en la cortina,
hace de cada hora un cuerpo vivo,
entra en el cuarto y se desliza,
descalza, sobre el filo del cuchillo;

la luz nace mujer en un espejo,
desnuda bajo diáfanos follajes
una mirada la encadena,
la desvanece un parpadeo;

la luz palpa los frutos y palpa lo invisible,
cántaro donde beben claridades los ojos,
llama cortada en flor y vela en vela
donde la mariposa de alas negras se quema;

la luz abre los pliegues de la sábana
y los repliegues de la pubescencia,
arde en la chimenea, sus llamas vueltas sombras
trepan los muros, yedra deseosa;

la luz no absuelve ni condena,
no es justa ni es injusta,
la luz con manos invisibles alza
los edificios de la simetría;

la luz se va por un pasaje de reflejos
y regresa a sí misma:
es una mano que se inventa,
un ojo que se mira en sus inventos.

La luz es tiempo que se piensa.

Un viento llamado Bob Rauschenberg

Paisaje caído de Saturno,
paisaje del desamparo,
llanuras de tuercas y ruedas y palancas,
turbinas asmáticas, hélices rotas,
cicatrices de la electricidad,
paisaje desconsolado:
los objetos duermen unos al lado de los otros,
vastos rebaños de cosas y cosas y cosas,
los objetos duermen con los ojos abiertos
y caen pausadamente en sí mismos,
caen sin moverse,
su caída es la quietud del llano bajo la luna,
su sueño es un caer sin regreso,
un descenso hacia el espacio sin comienzo,
los objetos caen,
 están cayendo,
caen desde mi frente que los piensa,
caen desde mis ojos que no los miran,
caen desde mi pensamiento que los dice,
caen como letras, letras, letras,
lluvia de letras sobre el paisaje del desamparo.

Paisaje caído,
sobre sí mismo echado, buey inmenso,
buey crepuscular como este siglo que acaba,
las cosas duermen unas al lado de las otras
—el hierro y el algodón, la seda y el carbón,
las fibras sintéticas y los granos de trigo,
los tornillos y los huesos del ala del gorrión,
la grúa, la colcha de lana y el retrato de familia,
el reflector, el manubrio y la pluma del colibrí—
las cosas duermen y hablan en sueños,
el viento ha soplado sobre las cosas
y lo que hablan las cosas en su sueño
lo dice el viento lunar al rozarlas,

lo dice con reflejos y colores que arden y estallan,
el viento profiere formas que respiran y giran,
las cosas se oyen hablar y se asombran al oírse,
eran mudas de nacimiento y ahora cantan y ríen,
eran paralíticas y ahora bailan,
el viento las une y las separa y las une,
juega con ellas, las deshace y las rehace,
inventa otras cosas nunca vistas ni oídas,
sus ayuntamientos y sus disyunciones
son racimos de enigmas palpitantes,
formas insólitas y cambiantes de las pasiones,
constelaciones del deseo, la cólera, el amor,
figuras de los encuentros y las despedidas.

El paisaje abre los ojos y se incorpora,
se echa a andar y su sombra lo sigue,
es una estela de rumores oscuros,
son los lenguajes de las sustancias caídas,
el viento se detiene y oye el clamor de los elementos,
a la arena y al agua hablando en voz baja,
el gemido de las maderas del muelle que combate la sal,
las confidencias temerarias del fuego,
el soliloquio de las cenizas,
la conversación interminable del universo.
Al hablar con las cosas y con nosotros
el universo habla consigo mismo:
somos su lengua y su oreja, sus palabras y sus silencios.
El viento oye lo que dice el universo
y nosotros oímos lo que dice el viento
al mover los follajes submarinos del lenguaje
y las vegetaciones secretas del subsuelo y el subcielo:
los sueños de las cosas el hombre los sueña,
los sueños de los hombres el tiempo los piensa.

Cuatro chopos

A Claude Monet

Como tras de sí misma va esta línea
por los horizontales confines persiguiéndose
y en el poniente siempre fugitivo
en que se busca se disipa

—como esta misma línea
por la mirada levantada
vuelve todas sus letras
una columna diáfana
resuelta en una no tocada
ni oída ni gustada mas pensada
flor de vocales y de consonantes

—como esta línea que no acaba de escribirse
y antes de consumarse se incorpora
sin cesar de fluir pero hacia arriba:

los cuatro chopos.

Aspirados
por la altura vacía y allá abajo,
en un charco hecho cielo, duplicados,
los cuatro son un solo chopo
y son ninguno.

Atrás, frondas en llamas
que se apagan—la tarde a la deriva—
otros chopos ya andrajos espectrales
interminablemente ondulan
interminablemente inmóviles.

El amarillo se desliza al rosa,
se insinúa la noche en el violeta.

Entre el cielo y el agua
hay una franja azul y verde:
sol y plantas acuáticas,
caligrafía llameante
escrita por el viento.
Es un reflejo suspendido en otro.

Tránsitos: parpadeos del instante.
El mundo pierde cuerpo,
es una aparición, es cuatro chopos,
cuatro moradas melodías.

Frágiles ramas trepan por los troncos.
Son un poco de luz y otro poco de viento.
Vaivén inmóvil. Con los ojos
las oigo murmurar palabras de aire.

El silencio se va con el arroyo,
regresa con el cielo.

Es real lo que veo:
cuatro chopos sin peso
plantados sobre un vértigo.
Una fijeza que se precipita
hacia abajo, hacia arriba,
hacia el agua del cielo del remanso
en un esbelto afán sin desenlace
mientras el mundo zarpa hacia lo oscuro.
Latir de claridades últimas:
quince minutos sitiados
que ve Claudio Monet desde una barca.

En el agua se abisma el cielo,
en sí misma se anega el agua,
el chopo es un disparo cárdeno:
este mundo no es sólido.

Entre ser y no ser la yerba titubea,

los elementos se aligeran,
los contornos se esfuman,
visos, reflejos, reverberaciones,
centellear de formas y presencias,
niebla de imágenes, eclipses,
esto que veo somos: espejos.

Árbol adentro

Creció en mi frente un árbol.
Creció hacia dentro.
Sus raíces son venas,
nervios sus ramas,
sus confusos follajes pensamientos.
Tus miradas lo encienden
y sus frutos de sombra
son naranjas de sangre,
son granadas de lumbre.

Amanece
en la noche del cuerpo.
Allá adentro, en mi frente,
el árbol habla.

Acércate, ¿lo oyes?

Antes del comienzo

Ruidos confusos, claridad incierta.

Otro día comienza.

Es un cuarto en penumbra

y dos cuerpos tendidos.

En mi frente me pierdo

por un llano sin nadie.

Ya las horas afilan sus navajas.

Pero a mi lado tú respiras;

entrañable y remota

fluyes y no te mueves.

Inaccesible si te pienso,

con los ojos te palpo,

te miro con las manos.

Los sueños nos separan

y la sangre nos junta:

somos un río de latidos.

Bajo tus párpados madura

la semilla del sol.

El mundo

no es real todavía,

el tiempo duda:

sólo es cierto

el calor de tu piel.

En tu respiración escucho

la marea del ser,

la sílaba olvidada del Comienzo.

Pilares

*And whilst our souls negotiate there
We like sepulchral statues lay . . .*

John Donne

La plaza es diminuta.
Cuatro muros leprosos,
una fuente sin agua,
dos bancas de cemento
y fresnos malheridos.
El estruendo, remoto,
de ríos ciudadanos.
Indecisa y enorme,
rueda la noche y borra
graves arquitecturas.
Ya encendieron las lámparas.
En los golfos de sombra,
en esquinas y quicios,
brotan columnas vivas
e inmóviles: parejas.
Enlazadas y quietas,
entretejen murmullos:
pilares de latidos.

En el otro hemisferio
la noche es femenina,
abundante y acuática.
Hay islas que llamean
en las aguas del cielo.
Las hojas del banano
vuelven verde la sombra.
En mitad del espacio
ya somos, enlazados,
un árbol que respira.
Nuestros cuerpos se cubren
de una yedra de sílabas.

Follajes de rumores,
insomnio de los grillos
en la yerba dormida,
las estrellas se bañan
en un charco de ranas,
el verano acumula
allá arriba sus cántaros,
con manos invisibles
el aire abre una puerta.
Tu frente es la terraza
que prefiere la luna.

El instante es inmenso,
el mundo ya es pequeño.
Yo me pierdo en tus ojos
y al perderme te miro
en mis ojos perdida.
Se quemaron los nombres,
nuestros cuerpos se han ido.
Estamos en el centro
imantado de ¿dónde?

Inmóviles parejas
en un parque de México
o en un jardín asiático:
bajo estrellas distintas
diarias eucaristías.
Por la escala del tacto
bajamos ascendemos
al arriba de abajo,
reino de las raíces,
república de alas.

Los cuerpos anudados
son *el libro del alma*:
con los ojos cerrados,
con mi tacto y mi lengua,

deletreo en tu cuerpo
la escritura del mundo.
Un saber ya sin nombres:
el sabor de esta tierra.

Breve luz suficiente
que ilumina y nos ciega
como el súbito brote
de la espiga y el semen.
Entre el fin y el comienzo
un instante sin tiempo
frágil arco de sangre,
puente sobre el vacío.
Al trabarse los cuerpos
un relámpago esculpen.

Como quien oye llover

Óyeme como quien oye llover,
ni atenta ni distraída,
pasos leves, llovizna,
agua que es aire, aire que es tiempo,
el día no acaba de irse,
la noche no llega todavía,
figuraciones de la niebla
al doblar la esquina,
figuraciones del tiempo
en el recodo de esta pausa,
óyeme como quien oye llover,
sin oírme, oyendo lo que digo
con los ojos abiertos hacia adentro,
dormida con los cinco sentidos despiertos,
llueve, pasos leves, rumor de sílabas,
aire y agua, palabras que no pesan:
lo que fuimos y somos,
los días y los años, este instante,
tiempo sin peso, pesadumbre enorme,
óyeme como quien oye llover,
relumbra el asfalto húmedo,
el vaho se levanta y camina,
la noche se abre y me mira,
eres tú y tu talle de vaho,
tú y tu cara de noche,
tú y tu pelo, lento relámpago,
cruzas la calle y entras en mi frente,
pasos de agua sobre mis párpados,
óyeme como quien oye llover,
el asfalto relumbra, tú cruzas la calle,
es la niebla errante en la noche,
es la noche dormida en tu cama,
es el oleaje de tu respiración,
tus dedos de agua mojan mi frente,
tus dedos de llama queman mis ojos,

tus dedos de aire abren los párpados del tiempo,
manar de apariciones y resurrecciones,
óyeme como quien oye llover,
pasan los años, regresan los instantes,
¿oyes tus pasos en el cuarto vecino?
no aquí ni allá: los oyes
en otro tiempo que es ahora mismo,
oye los pasos del tiempo
inventor de lugares sin peso ni sitio,
oye la lluvia correr por la terraza,
la noche ya es más noche en la arboleda,
en los follajes ha anidado el rayo,
vago jardín a la deriva
—entra, tu sombra cubre esta página.

Carta de creencia

Cantata

1

Entre la noche y el día
hay un territorio indeciso.
No es luz ni sombra:
es tiempo.

Hora, pausa precaria,
 página que se obscurece,
 página en la que escribo,
 despacio, estas palabras.

La tarde

es una brasa que se consume.
El día gira y se deshoja.
Lima los confines de las cosas
un río oscuro.

Terco y suave
las arrastra, no sé adónde.
La realidad se aleja.
Yo escribo:

hablo conmigo
—hablo contigo.

Quisiera hablarte
como hablan ahora,
casi borrados por las sombras,
el arbolito y el aire;
como el agua corriente,
soliloquio sonámbulo;
como el charco callado,
reflector de instantáneos simulacros;
como el fuego:
lenguas de llama, baile de chispas,
cuentos de humo.

Hablarte

con palabras visibles y palpables,
con peso, sabor y olor
como las cosas.

Mientras lo digo
las cosas, imperceptiblemente,
se desprenden de sí mismas
y se fugan hacia otras formas,
hacia otros nombres.

Me quedan
estas palabras: con ellas te hablo.

Las palabras son puentes.
También son trampas, jaulas, pozos.
Yo te hablo: tú no me oyes.
No hablo contigo:
hablo con una palabra.

Esa palabra eres tú,
esa palabra
te lleva de ti misma a ti misma.
La hicimos tú, yo, el destino.
La mujer que eres
es la mujer a la que hablo:
estas palabras son tu espejo,
eres tú misma y el eco de tu nombre.
Yo también,
al hablarte,
me vuelvo un murmullo,
aire y palabras, un soplo,
un fantasma que nace de estas letras.

Las palabras son puentes:
la sombra de las colinas de Meknès
sobre un campo de girasoles estáticos
es un golfo violeta.
Son las tres de la tarde,
tienes nueve años y te has adormecido
entre los brazos frescos de la rubia mimosa.
Enamorado de la geometría

un gavián dibuja un círculo.
Tiembla en el horizonte
la mole cobriza de los cerros.
Entre peñascos vertiginosos
los cubos blancos de un poblado.
Una columna de humo sube del llano
y poco a poco se disipa, aire en el aire,
como el canto del muecín
que perfora el silencio, asciende y florece
en otro silencio.

Sol inmóvil,
inmenso espacio de alas abiertas;
sobre llanuras de reflejos
la sed levanta alminares transparentes.
Tú no estás dormida ni despierta:
tú flotas en un tiempo sin horas.
Un soplo apenas suscita
remotos países de menta y manantiales.
Déjate llevar por estas palabras
hacia ti misma.

2

Las palabras son inciertas
y dicen cosas inciertas.
Pero digan esto o aquello,
nos dicen.

Amor es una palabra equívoca,
como todas.

No es palabra,
dijo el Fundador:
es visión,
comienzo y corona
de la escala de la contemplación
—y el florentino:
es un accidente

—y el otro:
no es la virtud
pero nace de aquello que es la perfección

—y los otros:
una fiebre, una dolencia,
un combate, un frenesí, un estupor,
una quimera.

El deseo lo inventa,
lo avivan los ayunos y las laceraciones,
los celos lo espolean,
la costumbre lo mata.

Un don,
una condena.

Furia, beatitud.
Es un nudo: vida y muerte.

Una llaga
que es rosa de resurrección.
Es una palabra:

al decirla, nos dice.

El amor comienza en el cuerpo
¿dónde termina?

Si es fantasma,
encarna en un cuerpo;
si es cuerpo,
al tocarlo se disipa.

Fatal espejo:
la imagen deseada se desvanece,
tú te ahogas en tus propios reflejos.
Festín de espectros.

Aparición:
el instante tiene cuerpo y ojos,
me mira.

Al fin la vida tiene cara y nombre.

Amar:
hacer de un alma un cuerpo,
hacer de un cuerpo un alma,

hacer un tú de una presencia.

Amar:

abrir la puerta prohibida,

pasaje

que nos lleva al otro lado del tiempo.

Instante:

reverso de la muerte,

nuestra frágil eternidad.

Amar es perderse en el tiempo,

ser espejo entre espejos.

Es idolatría:

endiosar una criatura

«y a lo que es temporal llamar eterno».

Todas las formas de carne

son hijas del tiempo,

simulacros.

El tiempo es el mal,

el instante

es la caída;

amar es despeñarse:

caer interminablemente,

nuestra pareja

es nuestro abismo.

El abrazo:

jeroglífico de la destrucción.

Lascivia: máscara de la muerte.

Amar: una variación,

apenas un momento

en la historia de la célula primigenia

y sus divisiones incontables.

Eje

de la rotación de las generaciones.

Invención, transfiguración:

la muchacha convertida en fuente,

la cabellera en constelación,

en isla la mujer dormida.

La sangre:

música en el ramaje de las venas;
el tacto:
luz en la noche de los cuerpos.

Transgresión

de la fatalidad natural,
bisagra
que enlaza destino y libertad,
pregunta
grabada en la frente del deseo:
¿accidente o predestinación?

Memoria, cicatriz:
—¿de dónde fuimos arrancados?,
cicatriz,
memoria: sed de presencia,
querencia
de la mitad perdida.

El Uno
es el prisionero de sí mismo,
es,
solamente es,
no tiene memoria,
no tiene cicatriz:
amar es dos,
siempre dos,
abrazo y pelea,
dos es querer ser uno mismo
y ser el otro, la otra;
dos no reposa,
no está completo nunca,
gira
en torno a su sombra,
busca
lo que perdimos al nacer;
la cicatriz se abre:
fuente de visiones;

dos: arco sobre el vacío,
puente de vértigos;
dos:
Espejo de las mutaciones.

3

Amor, isla sin horas,
isla rodeada de tiempo,
claridad
sitiada de noche.
Caer
es regresar,
caer es subir.

Amar es tener ojos en las yemas,
palpar el nudo en que se anudan
quietud y movimiento.
El arte de amar
¿es arte de morir?
Amar
es morir y revivir y remorir:
es la vivacidad.
Te quiero
porque yo soy mortal
y tú lo eres.
El placer hiere,
la herida florece.
En el jardín de las caricias
corté la flor de sangre
para adornar tu pelo.
La flor se volvió palabra.
La palabra arde en mi memoria.

Amor:
reconciliación con el Gran todo

y con los otros,
los diminutos todos
innumerables.
Volver al día del comienzo.
Al día de hoy.

La tarde se ha ido a pique.
Lámparas y reflectores
perforan la noche.
Yo escribo:

hablo contigo:
hablo conmigo.
Con palabras de agua, llama, aire y tierra
inventamos el jardín de las miradas.
Miranda y Ferdinand se miran,
interminablemente, en los ojos
—hasta petrificarse.

Una manera de morir
como las otras.

En la altura
las constelaciones escriben siempre
la misma palabra;

nosotros,
aquí abajo, escribimos
nuestros nombres mortales.

La pareja
es pareja porque no tiene Edén.
Somos los expulsados del Jardín,
estamos condenados a inventarlo
y cultivar sus flores delirantes,
joyas vivas que cortamos
para adornar un cuello.

Estamos condenados
a dejar el Jardín:
delante de nosotros
está el mundo.

CODA

Tal vez amar es aprender
a caminar por este mundo.
Aprender a quedarnos quietos
como el tilo y la encina de la fábula.
Aprender a mirar.
Tu mirada es sembradora.
Plantó un árbol.
Yo hablo
porque tú meces los follajes.

POEMAS
[1989–1996]

Estrofas para un jardín imaginario

Los ocho versos describen un jardín más bien rústico, pueblerino. Un pequeño recinto cerrado; muros y dos entradas (Revolución y Patriotismo). Además de las palmeras, que ya existen, deben plantarse buganvillas, heliotropos, un fresno y un pino. Asimismo hay que instalar una pequeña fuente.

Este texto podría ir en una de las entradas del jardincillo, ya sea seguido, como una sola estrofa, en el dintel o en el frontón, ya sea dividido en dos cuartetos en cada una de las jambas:

Cuatro muros de adobe. Baganvillas.
En sus llamas pacíficas los ojos
se bañan. Pasa el viento entre alabanzas
de follajes y yerbas de rodillas.

El heliotropo con morados pasos
cruza envuelto en su aroma. Hay un profeta:
el fresno—y un meditabundo: el pino.
El jardín es pequeño, el cielo inmenso.

Estos cuatro versos podrían ir en la otra entrada, en el dintel o en el frontón:

Rectángulo feliz: unas palmeras,
surtidores de jade; fluye el tiempo,
canta el agua, la piedra calla, el alma,
suspensa en el instante, es una fuente.

Este texto podría ir en el interior del jardín. Por ejemplo, en la fuente. Pienso en un muro sobre el que cayese una cortina transparente de agua que dejase leer los cuatro versos:

La lluvia, pie danzante y pelo suelto,
el tobillo mordido por el rayo,
desciende acompañada de tambores:
abre el árbol los ojos, reverdece.

Colofón

Escrito después de visitar el lugar:

Populoso baldío, unas palmeras,
plumeros desplumados, martilleo
de motores, un muro carcelario,
polvo y basura, patria de ninguno.

Escrito al recordar cierto jardín:

Verdor sobreviviente en mis escombros,
en mis ojos te miras y te tocas,
te conoces en mí y en mí te piensas,
en mí duras y en mí te desvaneces.

«Epitafio sobre ninguna piedra»:

Mixcoac fue mi pueblo: tres sílabas nocturnas,
un antifaz de sombra sobre un rostro solar.
Vino Nuestra Señora, la Tolvanera madre.
Vino y se lo comió. Yo andaba por el mundo.
Mi casa fueron mis palabras, mi tumba el aire:

Mayo de 1989

Verde noticia

A Roger Munier

Nacida al borde de un ladrillo
en un rincón del patio,
brizna de yerba combatiente
contra el aire y la luz,
aire y luz ella misma.

Claridad afilada
en alfileres denodados,
savia tenaz resuelta en transparencia:
sobre diáfanos tallos
instantáneas esmeraldas.

Espiga de rocío,
brotaste de la piedra
como una exclamación.

Acabas de nacer,
tienes mil años y un minuto,
cada día primer día del mundo.

Eres un poco de aire
y una gota de sol,
eres un parpadeo.

Bailas y no te mueves,
ondeante quietud
en la palma del viento.

Haz de lanzas de vidrio y centelleos,
terrestre voluntad vuelta reflejos,
más luz que yerba y más que luz
exhalación palpable y no tocada:
el repentino cuerpo del instante.

Abre la hora su corola,
se inmoviliza el mediodía,
yo escribo en una mesa, me detengo,
oigo el callar de la madera,
miro el verde resol, el tiempo se entreabre.

Respiro

No tiene cuerpo todavía
la despeinada primavera.
Invisible y palpable
salta por una esquina,
pasa, se desvanece,
toca mi frente: nadie.

Aire de primavera.
No se sabe por dónde
aparece y desaparece.
El sol abre los ojos:
acaba de cumplir
veinte años el mundo.

Late la luz tras la persiana.
Brotan retoños en mi pensamiento;
son aire más que hojas,
un aleteo apenas verde.
Giran por un instante y se disipan.
Pesa menos el tiempo.
Yo respiro.

Soliloquio

fluye tenaz entre sombras caídas,
cava túneles, taladra silencios,
insiste, corre bajo mi almohada,
roza mis sienes, recubre mis párpados
con otra piel impalpable hecha de aire,
sus naciones errantes, sus tribus soñolientas
recorren las provincias de mi cuerpo,
pasa y repasa bajo puentes de huesos,
se desliza por mi oreja izquierda,
se derrama por mi oreja derecha,
asciende por mi nuca,
da vueltas y vueltas en mi cráneo,
vaga por la terraza de mi frente,
suscita las visiones, las disipa,
uno a uno con manos de agua que no moja
borra mis pensamientos, los esparce,
negro oleaje, marea de pulsaciones,
rumor de agua que avanza a tientas
repitiendo la misma sílaba sin sentido,
oigo su desvarío sonámbulo
perderse en serpeantes galerías de ecos,
vuelve, se aleja, vuelve,
por mis desfiladeros
interminablemente se despeña
y no acabo de caer
y caigo
interminablemente en su caída,
caigo sin moverme,
caigo
con un rumor de agua que cae,
caigo en mí mismo y no me toco,
caigo en mi centro,
lejos de mí, lejos,
estoy aquí y no sé dónde está aquí,

hoy es hoy,
 siempre es hoy y yo soy una fecha
 perdida entre el antes y el después,
 el sí y el no, el nunca y el siempre,
 el ahora mismo y su solo de flauta
 al filo del vacío,
 las geometrías
 suspendidas en un espacio sin tiempo,
 cubos, pirámides, esferas, conos
 y los otros juguetes de la razón en vela,
 hechuras de cristal, luz, aire: ideas,
 en el abstracto cielo de la mente
 fijas constelaciones,
 ni vivas ni muertas,
 hilos de araña y baba cristalina,
 tejidos del insomnio destejidos al alba,
 río de pensamientos que no pienso: me piensan,
 río, música que anda, delta de silencio,
 callada catarata, marea contra mis tímpanos,
 el deseo y sus ojos que tocan,
 sus manos que miran,
 su alcoba que es una gota de rocío,
 su cama hecha de un solo reflejo,
 el deseo,
 obelisco tatuado por la muerte,
 la cólera en su casa de navajas,
 la duda de cabeza triangular,
 el remordimiento, su bisturí y su lente,
 las dos hermanas, fatiga y desvelo,
 que esta noche pelean por mi alma,
 todos, uno tras otro,
 se despeñan,
 apagado murmullo de ojos bajos,
 confuso rumor de agua hablando a solas,
 no, no es un rumor de agua
 sino de sangre,
 va y viene incesante por mis arterias,

yo soy su cárcel y ella mi carcelera,
no, no es la sangre,
son los días y los años,
las horas muertas y este instante
todavía vivo,
tiempo cayendo
interminablemente en sí mismo,
oigo mi respiración, mi caída, mi despeño,
estoy tendido al lado de mí mismo,
lejos, lejos,
estoy tendido allá lejos,
¿dónde está el lado izquierdo,
dónde el derecho, el norte dónde está?
inmóvil, mecido por la ola sin cuerpo,
soy un latido, un parpadeo
en un repliegue del tiempo,
el instante se abre y se cierra,
una claridad indecisa despunta
¿viene o se va?
¿regresa o se aleja?
ecos de pasos, procesión de sombras
en el teatro de los ojos cerrados,
manar de latidos,
redoble de sílabas
en la cueva del pecho,
salmodias
en el templo de vértebras y arterias,
¿es la muerte que llega?
¿es el día,
el inflexible cada día?
hoy ya no es hoy,
me arrastra un río negro
y yo soy ese río
¿qué hora es,
cruel reloj, reloj sin horas?

México, a 26 de agosto de 1991

Instantáneas

Aparecen, desaparecen, vuelven, pían entre las ramas del árbol de los nervios, picotean horas ya maduras—ni pájaros ni ideas: reminiscencias, anunciaciones;

cometas-sensaciones, pasos del viento sobre las ascuas del otoño, centelleos en el tallo de la corriente eléctrica: sorpresa, rosa súbita;

caracola abandonada en la playa de la memoria, caracola que habla sola, copa de espuma de piedra, alcoba del océano, grito petrificado;

lenta rotación de países, incendios nómadas, parálisis repentina de un desierto de vidrio, transparencias pérfidas, inmensidades que arden y se apagan en un cerrar de ojos;

la sangre fluye entre altas yerbas de menta y colinas de sal, la caballería de las sombras acampa en las orillas de la luna, redoble de tambores en el arenal bajo un planeta de hueso;

melancolía de una tuerca oxidada, coronan a un escarabajo rey de una taza rota, mariposas en vela sobre un fuselaje dormido, girar de una polea sonámbula: premoniciones y rememoraciones;

lluvia ligera sobre los párpados del alba, lluvia tenaz sobre el verano devastado, lluvia tenue sobre la ventana de la convalesciente, lluvia sobre el confeti de la fiesta, lluvia de pies leves y sonrisa triste;

calavera de cuarzo sobre la mesa del insomnio, cavilaciones de madrugada, huesos roídos, tijeras y taladros, agujas y navajas, pensamiento: pasadizo de ecos;

discurso sin palabras, música más vista que oída, más pensada que vista, música sobre tallos de silencio, corola de claridades, llama húmeda;

enjambre de reflejos sobre la página, ayer y hoy confundidos, lo visto enlazado a lo entrevisto, invenciones de la memoria, lagunas de la razón;

encuentros, despedidas, fantasmas del ojo, encarnaciones del tacto,
presencias no llamadas, semillas de tiempo: destiempos.

Lo mismo

Al comenzar la mañana
en un mundo bien plantado
cada cosa es ella misma.

Quietud de la llamarada
de la rosa que se abre
entre los brazos del aire.

Y quietud de la paloma
llegada de no sé dónde,
plumas blancas y ojos rápidos.

Frente a frente, cerca y lejos,
la rosa que se despeina,
la paloma que se alisa.

El viento no tiene cuerpo
y traspasa los ramajes:
todo cambia y nada queda.

La rosa tiene dos alas
y anida en una cornisa
sobre el vértigo posada.

La paloma es flor y llama,
perfección que se deshoja
y en su aroma resucita.

Lo distinto es ya lo mismo.

Houston, a 10 de febrero de 1995

Ejercicio de tiro

La marea se cubre, se descubre, se recubre y siempre anda desnuda.

La marea se teje y se desteje, se abraza y se divide, nunca es la misma y
nunca es otra.

La marea, escultora de formas que duran lo que dura su oleaje.

La marea pule conchas, rompe rocas.

La marea siempre al asalto de sí misma.

La marea, oleaje de sílabas de la palabra interminable, sin fin y sin
principio, que le dicta la luna.

La marea es rencorosa y ciertas noches, al golpear el peñasco, anuncia el fin
del mundo.

La marea, transparencia coronada de espumas que se desvanecen.

La perpetua marea, la inestable, la puntual.

La marea y sus puñales, sus espadas, sus banderas desgarradas, la derrotada,
la victoriosa.

La marea, baba verde.

La marea, adormecida sobre el pecho del sol, sueña con la luna.

La marea azul y negra, verde y morada, vestida de sol y desvestida de luna,
centelleo del mediodía y jadeo de la noche.

La marea nocturna, rumor de pies descalzos sobre la arena.

La marea, al amanecer, abre los párpados del día.

La marea respira en la noche profunda y, dormida, habla en sueños.

La marea que lame los cadáveres que arroja a la costa.

La marea se levanta, corre, aúlla, derriba la puerta, rompe los muebles y después, a la orilla, calladamente, llora.

La marea, la demente que escribe sobre la roca signos indescifrables, signos de muerte.

Los secretos de la marea los guarda la arena.

¿Con quién habla toda la noche la marea?

La marea es proba y, a la larga, devuelve todos sus ahogados.

La tormenta vino y se fue, la marea se queda.

La marea afanosa lavandera de las inmundicias que dejan los hombres en la playa.

La marea no recuerda de dónde viene ni sabe adónde va, perdida en su ir y venir entre ella misma y sí misma.

Allá, por los acantilados, la marea cierra el puño y amenaza a la tierra y al cielo.

La marea es inmortal, su tumba es su cuna.

La marea, encadenada a su oleaje.

Melancolía de la marea bajo la lluvia en la indecisa madrugada.

La marea abate la arboleda y se traga al poblado.

La marea, la mancha oleaginosa que se extiende con sus millones de peces muertos.

La marea, sus pechos, su vientre, sus caderas, sus muslos bajo los labios y entre los brazos impalpables del viento en celo.

El chorro de agua dulce salta desde la peña y cae en la amarga marea.

La marea, madre de dioses y diosa ella misma, largas noches llorando, en las islas de Jonia, la muerte de Pan.

La marea infectada por los desechos químicos, la marea que envenena al planeta.

La marea, la alfombra viviente sobre la que andan de puntillas las constelaciones.

La marea, la leona azuzada por el látigo del huracán, la pantera domada por la luna.

La mendiga, la pedigüeña, la pegajosa: la marea.

El rayo hiende el pecho de la marea, se hunde, desaparece y resucita, vuelto un poco de espuma.

La marea amarilla, la plañidera y su rebaño de lamentos, la biliosa y su cauda de rezongos.

La marea, ¿anda dormida o despierta?

Cuchicheos, risas, susurros: el ir y venir de la marea entre los jardines de coral del Pacífico y del Índico, en la ensenada de Unawatuna.

La marea, horizonte que se aleja, espejo hipnótico donde se abisman los enamorados.

La marea con manos líquidas abre la extensión desierta que puebla la mirada del contemplativo.

La marea levanta estas palabras, las mece por un instante y después, con un manotazo, las borra.

Respuesta y reconciliación

Diálogo con Francisco de Quevedo

I

¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?
Rodaron sus palabras, relámpagos grabados
en años que eran rocas y hoy son niebla.
La vida no responde nunca.
No tiene orejas, no nos oye;
no nos habla, no tiene lengua.
No pasa ni se queda:
somos nosotros los que hablamos,
somos los que pasamos
mientras oímos de eco en eco y de año en año
rodar nuestras palabras por un túnel sin fin.

Lo que llamamos vida
en nosotros se oye, habla con nuestra lengua
y por nosotros sabe de sí misma.
Al retratarla, somos su espejo, la inventamos.
Invento de un invento: ella nos hizo
sin saber lo que hacía,
somos un acaso pensante.
Criatura de reflejos,
creada por nosotros al pensarla,
en ficticios abismos se despeña.
Profundidades, transparencias
donde flota o se hunde, no la vida: su idea.
Siempre está en otro lado y siempre es otra,
tiene mil cuerpos y ninguno,
jamás se mueve y nunca se detiene,
nace para morir y al morir nace.

¿La vida es inmortal? No le preguntes
pues ni siquiera sabe que es la vida.

Nosotros lo sabemos:
ella también ha de morir un día
y volverá al comienzo, la inercia del principio.
Fin del ayer, del hoy y del mañana,
disipación del tiempo
y de la nada, su reverso.
Después—¿habrá un después,
encenderá la chispa primigenia
la matriz de los mundos,
perpetuo recommienzo del girar insensato?
Nadie responde, nadie sabe.
Sabemos que vivir es desvivirse.

II

Violenta primavera, muchacha que despierta
en una cama verde guardada por espinas;
árbol del mediodía cargado de naranjas:
tus diminutos soles, frutos de lumbre fresca,
en cestas transparentes los recoge el verano;
el otoño es severo, su luz fría
afla su navaja contra los arces rojos;
eneros y febreros: sus barbas son de yelo
y sus ojos zafiros que el mes de abril licúa;
la ola que se alza, la ola que se tiende,
apariciones-desapariciones
en la carrera circular del año.

Todo lo que miramos, todo lo que olvidamos,
el arpa de la lluvia, la rúbrica del rayo,
el pensamiento rápido, reflejo vuelto pájaro,
las dudas del sendero entre meandros,
los aullidos del viento
taladrando la frente de los montes,
la luna de puntillas sobre el lago,
hálitos de jardines, palpitación nocturna,

en el quemado páramo campamento de estrellas,
combate de reflejos en la blanca salina,
la fuente y su monólogo,
el respirar pausado de la noche tendida
y el río que la enlaza, bajo el lucero el pino
y sobre el mar las olas, estatuas instantáneas,
la manada de nubes que el viento pastorea
por valles soñolientos, los picos, los abismos,
tiempo hecho rocas, eras congeladas,
tiempo hacedor de rosas y plutonio,
tiempo que hace mientras se deshace.

La hormiga, el elefante, la araña y el cordero,
extraño mundo nuestro de criaturas terrestres
que nacen, comen, matan, duermen, juegan, copulan
y obscuramente saben que se mueren;
mundo nuestro del hombre, ajeno y prójimo,
el animal con ojos en las manos
que perfora el pasado y escudriña el futuro,
con sus historias y vicisitudes:
el éxtasis del santo, la argucia del malvado,
los amantes, sus júbilos, encuentros y discordias,
el insomnio del viejo contando sus errores,
el criminal y el justo: doble enigma,
el Padre de los pueblos, sus parques crematorios,
sus bosques de patíbulos y obeliscos de cráneos,
los victoriosos y los derrotados,
las largas agonías y el instante dichoso,
el constructor de casas y aquel que las destruye,
este papel que escribo letra a letra
y que recorres tú con ojos distraídos,
todos y todas, todo,
es hechura del tiempo que comienza y se acaba.

III

Del nacer al morir el tiempo nos encierra

entre sus muros intangibles.
Caemos con los siglos, los años, los minutos.
¿Sólo es caída el tiempo, sólo es muro?
Por un instante, a veces, vemos
—no con los ojos: con el pensamiento—
al tiempo reposar en una pausa.
El mundo se entreabre y vislumbramos
el reino inmaculado,
las formas puras, las presencias
inmóviles flotando
sobre la hora, río detenido:
la verdad, la hermosura, los números, la idea
—y la bondad, palabra desterrada
en nuestro siglo.
Instante sin duración ni peso,
instante fuera del instante:
el pensamiento ve, los ojos piensan.

Los triángulos, los cubos, la esfera, la pirámide
y las otras figuras de la geometría,
pensadas y trazadas por miradas mortales
pero que están allí desde antes del principio,
son, ya legible, el mundo, su secreta escritura,
la razón y el origen del girar de las cosas,
el eje de los cambios, fijeza sin sustento
que en sí mismo reposa, realidad sin sombra.
El poema, la música, el teorema,
presencias impolutas nacidas del vacío,
edificios ingrátidos
sobre un abismo contruidos:
en sus formas finitas caben los infinitos,
su oculta simetría rige también el caos.
Puesto que lo sabemos, no somos un acaso:
el azar, redimido, vuelve al orden.
Atado al suelo y a la hora,
éter ligero que no pesa,
soporta el pensamiento los mundos y su peso,

torbellinos de soles convertidos
en puñado de signos
sobre un papel cualquiera.
Enjambres giratorios
de transparentes evidencias
donde los ojos del entendimiento
beben un agua simple como el agua.
Rima consigo mismo el universo,
se desdobra y es dos y es muchos
sin dejar de ser uno.
El movimiento, río que recorre sin término,
con los ojos abiertos, los países del vértigo
—no hay arriba ni abajo, lo que está cerca es lejos—
a sí mismo regresa
—sin regresar, ya vuelto
surtidor de quietud.
Árbol de sangre, el hombre siente, piensa, florece
y da frutos insólitos: palabras.
Se enlazan lo sentido y lo pensado,
tocamos las ideas: son cuerpos y son números.

Y mientras digo lo que digo
caen vertiginosos, sin descanso,
el tiempo y el espacio. Caen en ellos mismos.
El hombre y la galaxia regresan al silencio.
¿Importa? Sí—pero no importa:
sabemos ya que es música el silencio
y somos un acorde del concierto.

México, a 20 de abril de 1996

© 1979, 1985, 1987, 1988 Octavio Paz
© 1979 Editorial Seix Barral, S. A.

Edición digital y maquetación: SnrB 2020

Antología poética
OCTAVIO PAZ



Selección de
ELIOT WEINBERGER

